

# Ricardo de la Cierva

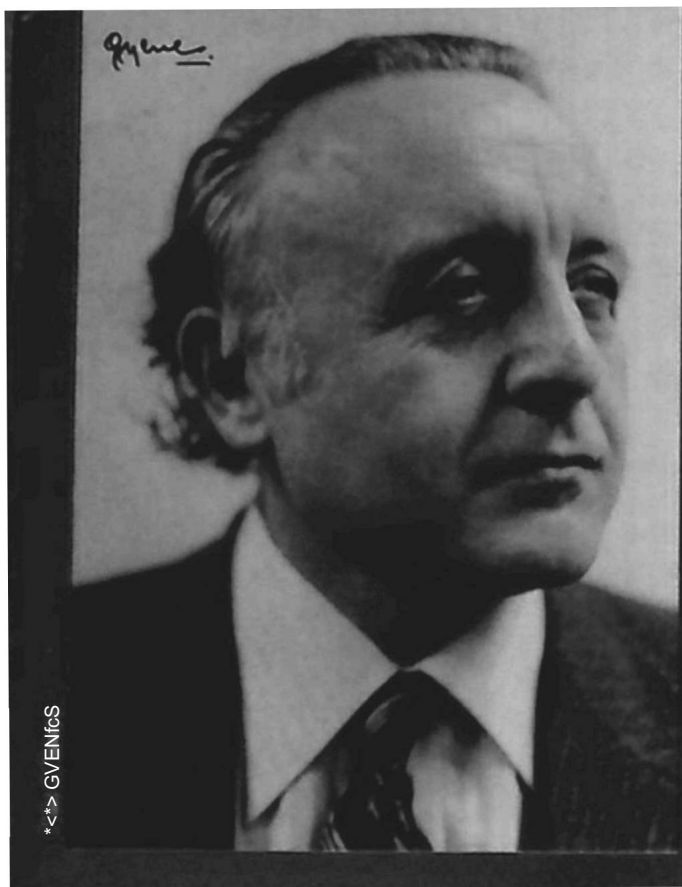


## EL MITO DE LA SANGRE REAL

Razón de amor y razón de Estado: los «matrimonios desiguales» en España desde Alfonso X el Sabio a los Reyes Católicos, a Alfonso XIII y la Infanta Elena. La Pragmática de Carlos III no existe. Don Juan: «Reinar después de morir». ¿Hay limitaciones al matrimonio del Príncipe Felipe?

Editorial  FÉNIX

2ª EDICIÓN



«Ricardo de la Cierva está presente desde décadas atrás en los escaparates de la vida pública, en la vanguardia del interés intelectual y político de los españoles.

«ILUMINAR: ésta ha sido la gran vocación y la más noble de las obsesiones y consecuciones de Ricardo de la Cierva: iluminar lo que está oscuro de nuestra más reciente Historia, lanzar un foco de luz sobre lo que no veíamos o muchos no querían o no querían ver y, sobre todo, meter la linterna y salvar de las sombras lo que otros han querido encubrir, tapar, distorsionar, falsificar o esconder.

«Si pasó como un tanque sobre una columna de orugas, sobre aquel columnista diletante y resentido, pero, al fin y al cabo, un rival polémico menor, ante Santiago Carrillo despliega un ejército de documentos, datos, referencias y pruebas que demuestran la responsabilidad inmediata y personal de aquel sujeto...»

«Como esos serenos antañones que, al extender su percha de gas sobre el farol antiguo, iluminaban un recodo oscuro y siniestro de la ciudad. De la Cierva ha dedicado su vida, la está dedicando, a esclarecer lo que los otros pretenden obscurecer, exhumar lo que otros quieren enterrar, testimoniar con la verdad lo que otros pretenden deformar con la mentira. Esta es la gran motivación de su vida como lo prueba el título de su próximo libro: NO NOS ROBARÁN LA HISTORIA..



## LIBROS ANTERIORES DE EDITORIAL FENIX:

- R. de la Cierna **LOS AÑOS MENTIADOS**. Falsificaciones y mentiras sobre la Historia de España del siglo XX. 1993, hoy en quinta edición.
- R. de la Cierva **EL TRIPLE SECRETO DE LA MASONERÍA**. Constituciones y rituales nunca publicados en España. 1994, hoy en tercera edición.
- R. de la Cierva **LA OTRA VIDA DE ALFONSO XII**. Quién era el padre de Alfonso XII. Quiénes sus cuatro mujeres principales. Quiénes sus cinco hijos. La leyenda rosa de Mercedes. La venganza de Cristina la Implacable. Resuelto el misterio de Francisco Silvela. 1994, hoy en cuarta edición.
- R. de la Cierva **CARRILLO MIENTE**. 156 documentos contra 103 falsedades. 1994, hoy en sexta edición.
- General R. Casas de la Vega **EL TERROR, MADRID 1936**. Investigación histórica y lista de víctimas identificadas, 1994, hoy en 2ª edición.
- R. de la Cierva **NO NOS ROBARÁN LA HISTORIA**. Nuevas mentiras, falsificaciones y revelaciones. Aparición marzo de 1995.

## **PROYECTOS DE EDITORIAL FENIX PARA 1995:**

- General R. Casas de la Vega. **FRANCO MILITAR.** Primer estudio militar de la vida de Franco. Aparición octubre 1995.
- R. de la Cierva **LAS PUERTAS DEL INFIERNO.** La Iglesia de nuestro tiempo ante la Modernidad y la Revolución. La Masonería, la resurrección del comunismo y de la teología de la liberación. Aparición noviembre de 1995.
- Mercedes de la Cierva. **CUENTOS DE NAVIDAD.** Surge una joven narradora con imaginación nueva y recursos sorprendentes. Aparición noviembre de 1995.



**RICARDO DE LA CIERVA**

## **EL MITO DE LA SANGRE REAL**

**Razón de amor y razón de Estado: los "matrimonios desiguales" en España desde Alfonso X el Sabio a los Reyes Católicos, a Alfonso XIII y la Infanta Elena. La Pragmática de Carlos III no existe. Don Juan: "Reinar después de morir". ¿Hay limitaciones al matrimonio del Príncipe Felipe?**

Editorial  **FÉNIX**

Primera edición: Mayo de 1995

Segunda edición: Mayo de 1995

© Ricardo de la Cierva 1995

© Editorial FÉNIX S.L.

Domicilio social:

Madridejos (Toledo)

Delegación en Madrid: Rosales 14, Montecpríncipe

28660 Boadilla del Monte

Teléfonos 715 52 21 y 351 07 31 - Fax 351 07 31

Depósito Legal: AV-85-1995

ISBN: 84-88787-09-X

Fotomecánica: AS Folocomposición

Imprime: MIJAN Artes Gráficas

Fotografías de la boda de la infanta Elena adquiridas  
al Archivo Gráfico de la Agencia EFE. El resto de ilustraciones archivo Fénix.

Distribución exclusiva: Grupo Distribuidor Editorial, S.A.

Ferrer del Río, 35, 28028 Madrid

La editorial no devuelve los originales no solicitados  
ni mantiene correspondencia sobre ellos.



## INTRODUCCION

*Para Mercedes 55*

Desde que el Principado de Asturias y sus habitantes se incorporaron a la unidad del Reino de España, la historia del Principado ha estado íntimamente ligada a la historia de España. En el siglo XVIII, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia. En el siglo XIX, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia. En el siglo XX, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia.

Para el estudio de la historia del Principado de Asturias, es necesario tener en cuenta los hechos que han marcado su desarrollo. En el siglo XVIII, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia. En el siglo XIX, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia. En el siglo XX, el Principado de Asturias fue uno de los reinos que más contribuyó a la independencia de España frente a Francia.

## INTRODUCCION

Desde que el Príncipe de Asturias y sus hermanas se asomaron a la edad núbil los cronistas dinásticos y las revistas del corazón abrieron el debate sobre los matrimonios de amor y los matrimonios de Estado; y coincidieron, casi siempre, en que los Infantes sólo pueden y deben casarse con personas de sangre real: príncipes con princezas, princezas con príncipes. Nuestra Constitución de 1978, que trata la sucesión al Trono expresamente, no impone más limitación al matrimonio de quienes tengan derecho a la sucesión que no incurrir en la prohibición del Rey y de las Cortes. El general Franco, en las Leyes Fundamentales refundidas tras la Ley Orgánica del Estado en 1967, exigía además la "estirpe regia" y la edad de treinta años para que un sucesor a título de Rey accediera al trono. Esas limitaciones desaparecieron en la Constitución de 1978.

Pero como los cronistas dinásticos y las revistas del corazón se empeñaban en la exigencia de la sangre real decidieron resucitar la vigencia de la Pragmática Sanción dictada (sin consultar a las Cortes) por el Rey Carlos III en 1776. Resucitaron a la Pragmática pero no demostraron haberla leído. Y citaron una serie de casos en que los Reyes posteriores a Carlos III, en los siglos XIX y XX, aplicaron la Pragmática para desposeer de la sucesión a las personas de la familia real que contrajeran matrimonio morganático. El caso más detonante es el de don Alfonso XIII, que exigió en 1933, en virtud de la Pragmática, la renuncia al trono a sus hijos mayores don Alfonso y don Jaime, con lo que se abrió el camino de la corona al tercer infante, don Juan de Borbón.



Resulta que yo soy uno de los poquísimos españoles -no creo que rebasen la media docena- que hemos sido capaces de tragamos íntegra la Pragmática de Carlos III, publicada dentro de la Novísima Recopilación de Carlos IV y reproducida recientemente en hermoso facsímil por el Boletín Oficial del Estado en 1973, cuando el precio del papel era todavía asequible para el Estado antes de la rutilante aparición de la señora Salanueva, que lo encareció por motivos del más acendrado socialismo. Resulta que no se trata de una ley sucesoria sino de un conjunto de disposiciones de Derecho Privado -para todo hijo de vecino, no sólo para la familia real- que exigen el consentimiento de los padres para el matrimonio de los hijos y privan a éstos de la legítima si se casan sin ese consentimiento. Esta es la Pragmática; aunque Carlos III disimuló bajo estas normas de derecho civil la envidia que le recomía por la boda de su maduro hermano el infante don Luis que se empeñó en casarse ya cincuentón con una bella aragonesa de dieciocho, noble pero no princesa. Era preciso, pues, contar la historia completa del infante don Luis, personaje atrayente si los hay, patrono de los matrimonios regios por amor; y lo hago cumplidamente en este libro.

Pero no presento ahora a mis lectores un ensayo de frivolidades ni una Historia rosa. Ni mucho menos. A propósito de la Pragmática -a la que llamo fementida y demuestro por qué- me remonto hasta las fuentes de la sucesión en la Corona de España: las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, cuyas disposiciones se reproducen exactamente en todas las Constituciones españolas, desde la de 1812 a la de 1978. La Corona es la institución fundamental del Estado y de la nación española. La sucesión a la Corona no es una frivolidad rosa sino un importantísimo problema que debemos tener todos completamente claro y ahora no lo está. Porque no sólo los cronistas dinásticos sino algún joven y

eminente tratadista de Derecho Constitucional ha proclamado en nuestros días la vigencia de la Pragmática. Creo que se equivoca pero tengo que demostrarlo.

La Casa de Borbón, que vino a España en 1700, introdujo dos cambios traumáticos en la sucesión regia. Primero, la ley de Felipe V en 1713, una de las piezas más antifeministas de la historia española; con ella nunca hubiera reinado Isabel la Católica. Segundo, la Pragmática de Carlos III. Resulta que el propio hijo y sucesor de Carlos III, don Carlos IV, derogó la ley de Felipe V aunque se olvidó de publicar el restablecimiento de la Ley de Partida; ese terrible olvido, mal subsanado por Fernando VII, dio origen a las espantosas guerras civiles del siglo XIX. El mismo Carlos IV derogó la Pragmática al rehabilitar al ya difunto infante don Luis. De ese importante acto nunca hablan los fanáticos de la Pragmática.

Había estudiado yo desde hace muchos años estos problemas de la sucesión pero se me ocurrió poner en orden mis notas y publicarlas en este libro con motivo de un debate organizado por Julián Lago en Telecinco la semana anterior a la boda de la infanta Elena. Defendí en ese debate la libertad plena de la Infanta para casarse con quien quisiera sin renunciar por ello a su número dos en el orden actual de la sucesión. Desde entonces a su boda el Rey no exigió a su hija la renuncia y doña Elena conserva todos sus derechos. De esta forma don Juan Carlos ha terminado con el divorcio más que secular entre los usos dinásticos y las Constituciones españolas, que coexistían de manera contradictoria. La Pragmática de Carlos III, derogada ya por Carlos IV, por el Código civil y por nuestra vigente Constitución ha recibido respetuosa sepultura en el nicho de la Historia del que nunca debió salir para amenazar a la libertad de nuestros Príncipes con su espectral presencia.

Así nuestra Monarquía, la más antigua y gloriosa de Occidente si hacemos remontar sus orígenes, como quiere la Historia, a la primera mitad del siglo V (las estatuas de aquellos Reyes de España que vivieron la transición de la Antigüedad a la Edad Media adornan la Plaza de Oriente y el paseo de las Estatuas del Retiro) se alinea con las demás de Europa que han ido suprimiendo gradualmente, como indica Juan Balansó, todas las trabas por desigualdad a la sucesión regia. Es el caso de Inglaterra, de Bélgica y Holanda y de las Monarquías escandinavas.

Después de las Partidas de Alfonso X el Sabio estudio la sucesión regia en la Edad Media, detecto la presencia de grandes matrimonios "desiguales" como les llamó Carlos III (que nunca usó el horrible término de "morganáticos") y presento la legislación fundamental de la Casa de Borbón en Francia cuyo primer rey, Enrique IV, contrajo un (segundo) matrimonio morganático del que proviene la dinastía española de Borbón. Hay mucha sangre bastarda y mucha sangre "desigual" entre los antecesores del actual Rey de España. Un matrimonio "desigual" por ambas partes, si se me permite la contradicción, es nada menos que el de los Reyes Católicos.

En el siglo XIX la Corona de España y la sangre real de España se degradaron hasta extremos insospechados. Al aparecer en la historia la admirable y tristísima figura de don Alfonso XII la sangre real ya era un simple mito. •Pero a los cronistas dinásticos y los partidarios de la Pragmática "les dará un muere" como decimos en Murcia cuando sepan, por este libro, que el matrimonio de don Alfonso XIII fue desigual y morganático en toda regla, porque doña Victoria Eugenia -la princesa Ena- no tenía sangre real; su "otra abuela" Julia Hauke era una plebeya de origen polaco.



Analizo después la renuncia de don Alfonso XIII al trono y el caso de don Juan de Borbón. Mi admirado amigo don Luis María Anson ha escrito un libro, *Don Juan*, que he estudiado muy a fondo, como se merece, en mi libro reciente, *No nos robarán la Historia*. En ese libro reconozco las aportaciones esenciales del señor Anson pero me opongo firmemente a varias de sus tesis fundamentales; la descalificación absoluta de Franco, la consideración de don Juan como "Rey de derecho" y como "Juan III", la presunta estrategia de don Pedro Sainz Rodríguez para condicionar la historia de España desde 1931. Todo eso no es Historia sino historia-ficción, que en buena parte se basa en una biografía de Franco tan errónea, lamentable y tergiversada como la que ha escrito el historiador inglés Paúl Preston. El Don Juan, el Franco y el Don Pedro de Luis María Anson son personajes ficticios. Yo conocí a los tres y nada tenían que ver con lo que ahora propone el señor Anson.

El cual ha seguido, tras su libro, en su campaña de exaltación necrológica sobre don Juan. Relato en este libro, con más humor y tolerancia que indignación, los nuevos capítulos de esa campaña. Pero ya estaba este libro en prensa cuando el señor Anson añade un capítulo nuevo; la historia del monumento a don Juan. No sé por qué todo este desbordamiento juanista en ABC me suena un poco a solemne y frenética despedida.

Recibo cientos de cartas y llamadas sobre *No nos robarán la Historia*. El libro apareció hace dos semanas y hoy mismo la Presidenta de Editorial Fénix ha encargado con urgencia la tercera edición. Un preparadísimo lector me propone que el Obispado de Segovia instituya la festividad de la Transexualización de San Fuencisla, y fija la fecha litúrgica para el 30 de febrero, día que Preston atribuye,

según mi comunicante, a la caída de la Dictadura de Primo de Rivera en 1930 en la pág. 85 de la edición española. Ese es Preston de cuerpo entero; el 30 de febrero, como es sabido, no existe ni en los años bisiestos y la Dictadura cayó el 30 de enero de ese año. Hay cientos y cientos de cartas y errores más, que tengo bien catalogados para mi próximo libro amarillo de mentiras históricas, entre las que resalta una nueva ofensiva contra el Alcázar de Toledo, cuya gesta gloriosa pretenden negar y enfangar el susodicho e infeliz Paúl Preston y un señor Isabelo que se emperrea en repetir las descalificaciones de Matthews y de Southworth y de otros jenízaros del rojerío histórico. Prepárense los malandrines y follones para la próxima primavera. Tengo una nueva documentación colosal sobre el Alcázar y puedo asegurar a mis lectores que, como expondré en el próximo libro amarillo, el Alcázar, hoy como ayer, no se rinde. No sólo era verdad el Alcázar sino una verdad mucho mayor de lo que suponíamos. Insisto: prepárense.

Sin embargo después del *Carrillo miente*, del *No nos robarán la Historia*, de este libro que hoy les ofrezco y del espléndido ensayo del general Casas de la Vega *El terror, Madrid 1936* los próximos libros de Editorial Fénix serán, Dios mediante, el *Franco militar* del general Casas, si como espero nos lo entrega a tiempo; y mi libro que lleva doce años en gestación, *Las Puertas del Infierno*, (la Iglesia de nuestro tiempo ante la Modernidad y la Revolución). Esperamos presentar el libro del general Casas de la Vega en Octubre, y el mío en noviembre.

Mi último libro, *No nos robarán la Historia* ha resultado profético. Apenas apareció en las librerías cuando el señor Jorge Pujol, acostumbrado a dictar sus *ukases* al pobre señor González, le reclamó los documentos catalanes que se conservan en el Archivo Histórico Nacional en

Salamanca. En nombre del señor González la desmemoriada (privada de memoria histórica) ministra de Cultura (sic) accedió obsequiosamente a la orden del señor Pujol. No recordaban el señor Pujol ni ella que el patrimonio nacional de la cultura está por encima de los patrimonios regionales; aunque a la vez el señor González accedió a borrar el término Nación española, que figura varias veces en nuestra Constitución, por una nueva exigencia de los diputados del señor Pujol que alegaban la "realidad plurinacional de España", una estupidez que no figura en parte alguna de nuestro texto constitucional. Encima el señor Pujol amenazó con presentarse en Salamanca, donde casi sesenta mil personas se habían manifestado contra el despojo de un Archivo nacional. Olvida el señor Pujol que muchos predecesores suyos y de su partido -el señor Cambó al frente de ellos- tomaron parte activa en la lucha interior y exterior de la guerra civil a favor de Franco. Instituciones de Valencia, de Mallorca y de otros puntos de España (estoy esperando la reclamación de Murcia) se han apresurado a poner en ridículo a don Jorge Pujol al reclamarle los documentos que históricamente les pertenecieron y que se conservan hoy felizmente en los grandes archivos y bibliotecas de Cataluña. Si el señor Pujol se asoma por Salamanca le van a correr a gorrazos, sobre todo cuando la Marquesa de Tarradellas, la egregia señora doña Antonia Maciá, ha descalificado las pretensiones de don Jorge Pujol en su intento de raptar los archivos de una Historia común en nombre de una nación inexistente. Que no se acerque por Salamanca; porque el resto de los españoles no somos el señor González ni la señora Alborch.

## ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

Si quisiera reseñar aquí todas las fuentes que he consultado o tenido en cuenta para este libro necesitaría reproducir buena parte del catálogo de mi biblioteca. En las notas a pie de página he citado la fuentes esenciales, tanto para bibliografía como para documentación. Ahora me limito a evocar algunas especialmente orientadoras que puedan servir al lector como ampliación de este libro.

Ante todo pido perdón por anticipado por haberme introducido, aunque sea con excelentes guías, en campos que no domino, como la Edad Media y el Derecho Constitucional. Acepto, desde luego, cualquier corrección o matización. He seguido la admirable edición facsímil de *Las Siete Partidas* publicada en 1974 por el Boletín Oficial del Estado en tres grandes volúmenes, sobre la edición salmantina de 1555 con estupendo y Utilísimo glosario de Gregorio López. Para la problemática general de la sucesión vista desde la Historia he consultado permanentemente la obra de mi maestro el profesor Jesús Pabón *La otra legitimidad* publicada por Prensa Española en 1956 al servicio de don Juan de Borbón y que tan injustamente desagradió don Juan de Borbón en uno de sus más reprobables borboneos. Los estudios genealógicos que he preferido son los de van Kerrebrouck sobre la Casa de Borbón, el de von Wernitz sobre las dinastías europeas (Madrid, Bitácora, 1990) y -lo cortés no quita lo valiente- los libros de Juan Balansó, que recientemente está algo enfadado conmigo y con la familia real, me parece; él sabrá por qué. Clara Isabel de Bustos y Fernando Gracia han publicado este mismo año dos interesantes apuntes biográficos sobre la Infanta Elena.



Los entresijos de las bodas reales los conoce como nadie, en su libro sobre el tema y en muchos artículos, Jaime Peñafiel, muy bien orientado en los problemas históricos; y los ambientes regios y aristocráticos no pueden comprenderse en España (y no sólo en España) sin las colosales dotes de observación de Jesús Mariñas, que provoca cada semana alivios y soponcios a la alta y la altísima sociedad española con sus crónicas de *Epoca*, que sólo son rosáceas en la superficie.

Estoy estudiando la historia de la Casa de Borbón para un libro que hasta ahora nadie ha escrito; entre la copiosísima bibliografía quiero destacar la que contiene el estudio *La Maison de Bourbon et l'oeuvre capétienne*, publicado por el Institut de la Maison de Bourbon en 1987. Además de la historia genealógica de van Kerrebrouck, realmente magistral.

Una obra histórica general con enorme poder de orientación es la del profesor Luis Suárez, *Historia de España antigua y media* publicada en tres tomos por Rialp. Es una maravilla de síntesis y de percepción histórica profunda. Naturalmente que he tenido en cuenta mi *Historia general de España*, publicada en doce tomos por Planeta. En una y otra puede hallar el lector copiosas bibliografías.

Al acercamos a la época actual he de citar algunos de mis libros que tratan problemas abordados en el presente estudio, desde diversas ópticas. En Planeta publiqué en 1992 *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre*. En esta Editorial Fénix se han sucedido *Los años mentidos*, *La otra vida de Alfonso XII* y *No nos robarán la Historia*.

En el libro que he citado en último lugar incluyo un estudio sobre el *Don Juan* de Luis María Anson (Plaza y

Janés 1994) que ahora amplió aquí. Sobre el conde de Barcelona publiqué toda la documentación esencial en *Franco y don Juan, los reyes sin corona*, editado por "Epoca" en 1993. Lo que tenía que decir sobre don Juan y sobre sí mismo lo dijo don Pedro Sainz Rodríguez en sus dos libros de Planeta *Testimonio y recuerdos* y la primera edición de *Un reinado en la sombra*. Por favor no consulten la edición cuarta y póstuma de este último libro; está mutilada despiadadamente. La gestación de la operación sucesoria en tiempos de Franco está insuperablemente descrita y documentada por Laureano López Rodó en sus cuatro tomos de memorias y en *La larga marcha hacia la Monarquía*, uno de los libros mas decisivos de los últimos treinta años. Las estupendas memorias de Gonzalo Fernández de la Mora, *Río Arriba* (Planeta 1995, premio Espejo de España que algún imbécil (en sentido etimológico) ha saludado como "el regreso de los ultras" son de imprescindible consulta en sus amargos capítulos sobre la Corona.

Para comprender el problema y las soluciones constitucionales de la sucesión es necesario consultar los cuatro tomos de textos, enmiendas y debates constitucionales editados por las Cortes Generales en 1980. Hasta hoy no había vuelto yo a repasar aquellos debates, en cuyo título de la Corona intervine bastantes veces; y concretamente en defensa de la famosa "enmienda Satrústegui" que consagraba a don Juan Carlos como "legítimo heredero de la dinastía histórica" en el sentido que allí explicamos y aprobamos, que nada tiene que ver con quienes ponen en duda la legitimidad de don Juan Carlos desde que accedió al trono en 1975. La renuncia de don Juan fue un gesto nobilísimo y sacrificial, pero simbólico; ni fue necesario ni suficiente para la legitimidad de su hijo. Don Juan se equivocaba al pensar lo contrario; se equivocaba en casi todo.

Podría añadir cientos de citas más. Con las indicadas aquí y en las Notas se comprende, creo, todo lo esencial.

# **INDICE DE MATERIAS**

## **CAPITULO 1: ALFONSO X EL SABIO SIGUE**

### **VIGENTE..... 1**

Las colgadas de Sevilla.....	3
Con quién deben casarse los Infantes.....	8
Los "foragidos" vuelven a Sevilla.....	12
Los matrimonios morganáticos.....	16
La ley de Partida: la teoría.....	2
Alfonso X no pudo cumplir su ley.....	26

## **CAPITULO 2: LA ASCENDENCIA DESIGUAL**

### **Y BASTARDA DE LOS REYES**

### **CATOLICOS..... 35**

Los matrimonios regios en la Edad Media.....	37
Entra don Enrique de Trastámara.....	41
El complicado caso de Isabel y Fernando.....	46

## **CAPITULO 3: LA SUCESIÓN EN LA CASA**

### **DE FRANCIA..... 59**

Sin problemas -hasta el final- en la Casa de España- Austria.....	61
La extraña legitimidad de Talleyrand.....	66
La Ley Fundamental de sucesión.....	70
La práctica sucesoria de Enrique IV.....	72
Felipe V cambia la ley sucesoria.....	76



**CAPITULO 4: LA FEMENTIDA PRAGMATICA  
DE CARLOS III..... 81**

La Infanta ganó el referendum de Telecinco.....	83
Entra el Infante don Luis.....	92
Don Luis se enamora de una "desigual".....	97
Una ley de Derecho civil y privado.....	100
La aplicación subrepticia a la realeza.....	104
Destierro y rehabilitación de don Luis.....	107
La Pragmática y las Constituciones.....	110

**CAPITULO 5: LA DEGRADACION DE LA CO-  
RONA EN EL SIGLO XIX: LA  
SANGRE REAL DE ALFONSO  
XII..... 117**

Fernando VII ¿Deseado o indeseable?.....	119
Los disparates de Isabel II.....	129

**CAPITULO 6: EL MATRIMONIO MORGANA-  
TICO DE ALFONSO XIII..... 139**

Las bodas de las hermanas y las hijas de Alfonso XII.....	141
Boda tumultuosa y doble progeie del Infante Carlos Casería.....	149
El matrimonio desigual de Alfonso XIII.....	156
Una pista falsa sobre la hemofilia.....	161

**CAPITULO 7: DON JUAN DE BORBON: REI-  
NAR DESPUES DE MORIR .... 169**

Alfonso XIII abandona el trono de España.....	171
Las renunciaciones de 1933.....	180
Por Dios, que dejen tranquilo a don Juan.....	186

**CAPITULO 8: POR LA SENDA DE LA CONS-  
TITUCION ..... 191**

La legitimidad de don Juan Carlos I.....	193
Legítimo heredero de la dinastía histórica.....	197
La sucesión en la Constitución vigente.....	200

## CAPITULO 1

# ALFONSO X EL SABIO SIGUE VIGENTE

INTRODUCCIÓN

## CAPITULO 1

# ALFONSO X EL SABIO SIGUE VIGENTE

## CAPITULO 1

### ALFONSO X EL SABIO SIGUE VIGENTE

#### LAS COLGADURAS DE SEVILLA

En la mañana perfecta del 18 de marzo de 1995 -si se dice perfecta no haría falta añadir el adjetivo siguiente, sevillana- la infanta Elena de Borbón, hija mayor de los Reyes Juan Carlos y Sofía, se casaba con un altísimo joven llamado Jaime de Marichalar. No voy a empezar este libro con una crónica de La Boda por antonomasia, porque todos los medios de comunicación han sabido servirla como exigía un público insaciable; los periódicos han lanzado cuadernos memorables, las revistas han agotado sus tiradas quíntuples, detrás de su buque insignia, el *Hola*, sólo superado en cuanto a densidad informativa por *Epoca*; las cintas de las emisoras de radio deben repasarse para iluminar los entresijos y las de televisión, a gozoso remolque de la señal maestra seleccionada por Pilar Miró, digna realizadora de tales imágenes, convirtieron La Boda en acontecimiento mundial instantáneo, elevaron a los cielos la imagen de España que se arrastraba por el fango socialista cotidiano, borraron por unos días, milagrosamente, la peste de la cloaca nacional y mantuvieron a la nación entera arrobada frente a los televisores. Es decir que sobre La Boda todo está dicho, todo está oído y todo está visto, excepto lo esencial, lo mismo que sucedió con don Juan de Borbón, abuelo de la gentil desposada, con motivo de su muerte. (Ahora, con motivo de La Boda, el gran fundamentalista del juanismo, Luis María Anson, ha intentado con gesto



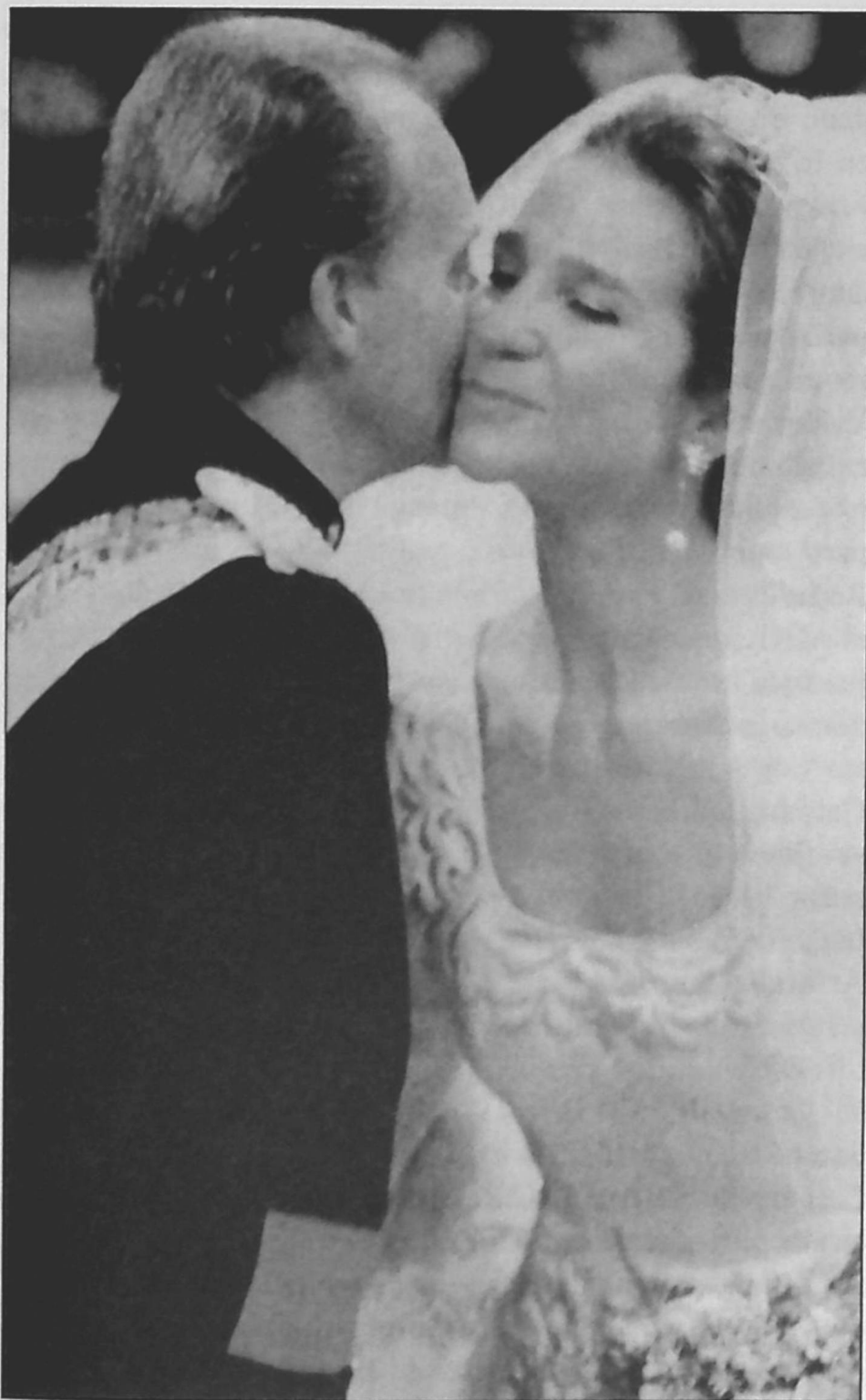
casi macabro sacar a don Juan de su paz eterna y colocarlo al frente de la lista de invitados, con poco éxito por fortuna). Comenté con todo respeto la muerte de don Juan ofreciendo a su recuerdo, desde la Historia, lo que me parecía esencial en torno a su vida y su muerte; ahora voy a exponer, desde la misma Historia, lo que me parece realmente esencial en torno a la boda de la infanta Elena.

Además del éxito de todos los medios de comunicación para servir al entusiasmo del gran público conviene añadir la casi total ausencia de notas discordantes. Nada empañó la perfección de Sevilla y la perfección de la boda. Hasta el ligero "olvido" de la infanta Elena al no pedir a su padre el Rey, con un gesto, la preceptiva venia para pronunciar el "sí quiero" me pareció muy conveniente como prueba de que el acontecimiento podía realizarse con deslices veniales -más o menos como la coincidencia de modelos entre doña Carmen Romero de González y la señora civil de don Camilo José Cela-; ya se sabe que en la Grecia clásica, y Sevilla fue una gran ciudad clásica, se procuraban ligeras disimetrías para humanizar los cánones de la arquitectura. Lo que pasa es que, tras estudiar detenidamente todo el contexto, creo a doña Elena muy capaz de haberse olvidado a propósito de pedir una venia que tenía más que asegurada con la presencia reconfortante del Rey padrino.<sup>1</sup>

Si no se hubiera registrado en La Boda una sola nota discordante el resultado hubiera parecido demasiado perfecto y por lo tanto escasamente humano. En este tipo de acontecimientos la perfección consiste en que las notas discordantes están previstas y por lo tanto previamente

---

<sup>1</sup> Sobre la figura y la muerte de don Juan de Borbón en su contexto histórico ver mi libro *Franco y don Juan, los reyes sin corona*, Madrid. Epoca, 1993.



*Para la boda de su hija el Rey prescindió de la Pragmática de Carlos III. Era una ruptura histórica con los llamados "usos dinásticos". No hay más ley sucesoria que la Constitución de 1978.*

desactivadas. Las mínimas disonancias que acabo de mencionar -la evocación ansoniana de don Juan como convidado de piedra, levemente agravada por la reproducción, en la tornaboda, del Manifiesto de Lausana en su 50 aniversario, válganos Dios; la identidad de los modelitos exclusivos y el olvido de la venia- no fueron notas discordantes sino eso, bemoles apenas apuntados para realzar la perfección del conjunto. Notas discordantes de verdad sólo recuerdo una: el artículo *Una estampa sepia* de Manuel Vicent en *El País* del 19 de marzo. Manuel Vicent es un excelente escritor y un antiguo miembro del partido comunista; ahora no sé por dónde anda en relación a Chechenia pero es igual. El diario del señor Polanco, invitado a La Boda, reflejó el acontecimiento quizás mejor todavía que el ABC, quizás porque ahora el ABC del fundamentalismo juanista trata de arrebatar a su gran rival el monopolio de diario gubernamental gracias al contubernio con el ministro Belloch y a la tenaz ofensiva contra el juez Baltasar Garzón. Sin embargo *El País* tenía que hacer un guiño a su clientela roja y republicana; y le encargó el guiño al señor Vicent. El cual evocó desmañadamente la anterior boda de una infanta de España, la de la princesa de Asturias Mercedes a comienzos de siglo; de forma cansina y rutinaria, sin nombrar a doña Mercedes, sin que los lectores se enterasen de qué boda iba el autor. A continuación suelta una coz al régimen socialista y puesto ya en trance equino enhebra una sarta de groserías inútiles contra doña Elena y su novio, sacadas todas del despanzurrado baúl donde se pudren los resentimientos antimonárquicos de la izquierda tradicional española. El señor Vicent habrá sido comunista pero ahora oficia de republicano federal a punto de convertirse al radicalismo de Lerroux. Le ha salido un artículo nupcial de joven bárbaro, de los que alzaban el velo de las novicias para perpetuar la especie. Pero los jóvenes bárbaros nacieron, como se sabe, domesticados; el

señor Vicent, imagino que sin saberlo, cumplía la previsión de nota discordante para humanizar las infinitas perfecciones de La Boda. Menudo papelón.

Los espectadores ajenos al embrujo de Sevilla preguntaban siempre por las colgaduras que ostentaban, naturalmente, las sílabas NO y DO separadas por una especie de ocho alargado. Los entendidos aclaraban que no era el anagrama del noticiario de Franco sino el ingenuo jeroglífico que don Alfonso X el Sabio ofreció como lema a la ciudad que siempre le fue fiel en medio de tantas conjuras y peligros que contra él se urdieron: NO-M'ADEJA-DO. Alfonso X el Sabio fue la gran presencia real que amparó desde la Historia la boda de la infanta Elena. El arzobispo oficiante, monseñor Carlos Amigo O.F.M., que prestó su majestuosa figura y su dicción solemne y popular al esplendor de la ceremonia, regaló a la Infanta, junto con su cabillo, una perfecta reproducción de las *Tablas alfonsíes*, obra excelsa de la astronomía medieval que se debe a los cuidados del Rey Sabio, y cuyo original se guarda en el tesoro catedralicio. A estas dos presencias de don Alfonso, -las colgaduras con el lema de la ciudad, el gran regalo de boda- hemos de añadir otras dos. En primer lugar la presencia física del Rey poeta -sus restos- que reposan en la catedral de Sevilla, con lo que su recuerdo personal se agregó a la asistencia de tantas personas reales el 18 de marzo de 1995. Y además una presencia invisible pero decisiva para doña Elena; la Ley de Partida, creada también por Alfonso X el Sabio, en virtud de la cual doña Elena de Borbón puede mantener, después de su matrimonio con don Jaime de Marichalar, el segundo puesto en el orden sucesorio de la corona de España.

Pero nos falta contemplar de cerca esa otra presencia invisible de don Alfonso X el Sabio en la boda de la Infanta



Elena. La presencia que permite a la Infanta conservar a la plena luz de la Ley su número dos en la sucesión al trono.

### ¿CON QUIEN DEBEN CASARSE LOS INFANTES?

Desde hace ya varios años se ha producido un debate concreto sobre la sucesión a la Corona que se reaviva con motivo de cualquier acontecimiento dinástico. En 1992 afloró por primera vez el debate cuando las revistas del corazón hicieron su agosto -durante varios meses- a propósito de lo que parecía noviazgo del príncipe de Asturias don Felipe con la hermosa aristócrata Isabel Sartorius, que pertenece a la casa de los condes de San Luis. El título tiene el mismo origen que el famoso, aunque hoy olvidado topónimo madrileño conocido como Red de San Luis, el cruce de la actual Gran Vía, junto a la Telefónica, con la calle de la Montera y el arranque de las dos calles estrechas de Hortaleza y Fuencarral. El San Luis de referencia era don Luis José Sartorius, arriscado periodista sevillano de origen polaco que hizo fortuna en política y finanzas durante el reinado de Isabel II a mediados del siglo XIX, se adscribió al partido moderado de Narváez y llegó a la presidencia del Consejo de Ministros hasta que fue perseguido por la Revolución de 1854, conocida como Vicalvarada. El señor Sartorius y sus secuaces formaron lo que hoy podría llamarse un grupo de presión que dominaba la prensa y la cultura gracias a bien dirigidos "subsidios" (como ahora) y fomentaba en provecho propio una corrupción avasalladora, en alianza con la reina madre doña María Cristina de Borbón, la antigua Gobernadora; por eso las turbas partidarias de la Revolución de 1854, exageradamente cantada por Carlos Marx en persona, quemaron a la vez el palacio de



Alfonso X el Sabio, Rey de Castilla y León, miniatura contemporánea en la catedral de Santiago. Sus Siete Partidas están hoy vigentes para la sucesión al trono.

María Cristina en la calle de las Rejas, junto a la cuesta de Santo Domingo, y el palacio de Sartorius (cuyas hazañas de corrupción se conocían como "polacadas") en la calle del Prado. Así terminó la carrera ascendente del sevillano, a quien Isabel II hizo, por su nombre, conde de San Luis, si bien cuando se calmaron las aguas don Luis José volvió a la política activa en altos puestos de representación pero no al poder ejecutivo.

Ante el posible noviazgo, luego diluido, del príncipe Felipe y luego, ante el proyecto matrimonial de la infanta Elena, felizmente realizado, se reavivó, a veces de forma casi virulenta, la polémica sobre las limitaciones de los hijos de don Juan Carlos y la Reina Sofía a la hora de escoger consorte. El gran público asistía indiferente a las disputas dinásticas y generalmente se inclinaba en favor de la plena libertad de los infantes para casarse con quien les viniera en gana, sin más límites que los establecidos en la vigente Constitución de 1978. El gran público demostraba con ello que en una nación tan sobrecargada de Historia como es España nuestro pueblo posee una memoria histórica profunda; el pueblo de España, en efecto, conectaba a través de los siglos, sin advertirlo, con la Ley de Partida compilada y propuesta por don Alfonso X el Sabio.

La afluencia de tan altos nombres históricos nos está demostrando ya que la polémica sobre el orden de sucesión a la Corona de España no es discusión bizantina ni entretenimiento baladí. España es una Monarquía, como decíamos, desde principios del siglo VIII y si queremos incluir a los reyes godos en la lista dinástica (como hizo justamente Carlos III al encargar sus estatuas, que con todas las demás dinastías debían situarse en lo alto del nuevo Palacio Real, pero hubieron de repartirse por la Plaza de Oriente y el Retiro por su enorme peso de mármol) la fecha de nuestra



iniciación monárquica deberá remontarse hasta el siglo V; España es la Monarquía más antigua y venerable del mundo, con perdón de las mentiras sobre el rey Arturo y las tradiciones legendarias del Japón. La sucesión monárquica sólo se ha interrumpido dos veces; durante unos meses trágicos de 1873, por la primera República; y desde 1931 a 1936, por el fracaso total y sangriento de la segunda República. El general Franco instituyó a España como Reino en 1947 pero desde diez años antes ya había marcado el futuro con la expectativa monárquica e incluso dinástica que cuajó en 1969 y se realizó en 1975. El Rey es el jefe del Estado, símbolo de la unidad y permanencia de España; no gobierna directamente pero tiene mucho más poder que el que muchos creen, como demostró don Juan Carlos en la tarde y noche aciaga del 23 de febrero de 1981. La Corona, al ostentar la jefatura del Estado y de los ejércitos, y ejercer, de forma abierta ante la Historia y el futuro, el poder moderador, es una institución de importancia esencial y primordial. Determinar con claridad el derecho de sucesión a la Corona no es divertimento de frívolos cronistas dinásticos, cuyos disparates ante la Historia y la realidad nacional nos tienen ya más que hartos. Es un asunto nacional de primer orden, que merece un debate muy serio y profundo, con audiencia pública y permanente. Sin atribuirme el menor reflejo de infalibilidad, ésa es la razón por la que me he decidido a escribir este libro urgente, en vista de los disparates que se han proferido en tomo al matrimonio de la infanta Elena, con tiros, por elevación, sobre los proyectos o posibilidades matrimoniales del príncipe Felipe.



## LOS FORAGIDOS VUELVEN A SEVILLA

Hace unos párrafos he hablado de memoria histórica. Que me perdone el ilustre sevillano don Felipe González pero eso sí que es memoria histórica y no la invocación al miedo que, con memoria mucho más viciada y retorcida que la de sus paisanos, se ha atrevido a recomendar el señor González como motivo socialista en las elecciones municipales que se celebran en la primavera de 1995. Escribo antes de las elecciones y sin el menor interés de mezclarme en política; sólo me interesa la Historia. Pero si los españoles suscitan de verdad, en éstas y las próximas elecciones, la memoria histórica, el señor González, su ajado clan sevillano y sus socialistas corruptos tendrán que salir del disfrute político por la puerta falsa y perseguidos a gorrazos por la indignación popular, como el conde de San Luis en 1854 y don Manuel Azaña en el otoño de 1933. Esa es la memoria histórica de verdad y no la que preconiza desde una comprensible histeria política el señor González, protagonista pasivo, muy a su pesar, de un estupendo acto de justicia poética durante la boda de la infanta Elena. El señor González y sus compañeros trataron de evaporarse discretamente para no someterse, después de la boda, al veredicto del pueblo sevillano. No lo consiguieron. Muy caballerosamente el Rey don Juan Carlos dedicó al señor González, a la salida de la catedral, una de sus sonrisas más anchas de aquella mañana feliz. Pero cuando el pueblo de Sevilla veía pasar a don Felipe el sevillano y demás miembros de su gobierno les dedicó los únicos abucheos trascendentales de aquella jornada que con ese merecidísimo y profético reproche alcanzaba otra de sus cimas de perfección. Ni siquiera los partidarios de don Sancho el Bravo, enemigo de su padre don Alfonso X, se atrevieron hace siete siglos a presentarse por las buenas en Sevilla para rendir homenaje al Rey hasta que

el Rey murió. Esa es la memoria histórica de Sevilla y no la que trata de evocar el político que quiso llamarse irreverentemente, al principio clandestino de su carrera, Isidoro de Sevilla.

Voy a permitirme refrescarle al señor González la memoria histórica con la ayuda de dos fuentes; los periódicos de los últimos trece años, complementados por los estupendos análisis de Federico Jiménez Losantos y otros supremos especialistas en la historia contemporánea de la corrupción; y la no menos estupenda *Historia de Sevilla* de mi distinguido amigo don José María de Mena, (Sevilla 1980).

Resulta que según Mena, al final del reinado de Alfonso X el Sabio la población de Sevilla estaba compuesta por "caballeros hijosdalgo, moros pazguatos, almogávares, cristianos villanos... y caballeros foragidos" así, con g. En la boda de la Infanta Elena las proporciones habían cambiado ostensiblemente. Los caballeros y damas hijosdalgo formaban la inmensa mayoría de la población sevillana que actuó en las calles, en la iglesia del Salvador y en las horas previas y siguientes al acontecimiento como el más fantástico coro popular que pudiera soñar el autor de una trilogía dramática para nuestro tiempo. Los moros presentes nada tenían de pazguatos; una princesa de Marruecos irradiaba simpatía y gracia de buena vecindad, que ojalá (palabra mora) se confirme en los próximos roces pesqueros; y el sultán de Brunei, como los príncipes del petróleo, trenzaron una alfombra de harén en aviones, amor y lujo para delicia de las manijas de todo el mundo. Comparecieron también los almogávares, que algún cronista medieval definió como "venidos de la España profunda" para participar en las grandes empresas catalanas y ahora los mandaba Jordi Pujol, que por un solo día, y sin que sirva de precedente, se mereció el hábito del Temple que colgó, antes de dedicarse

a la piratería, su paisano Roger de Flor. (Nadie pudo acusar con verdad al señor Pujol el 18 de marzo de ejercer el menor intento de piratería política y eso que tenía a su víctima principal, el señor González, a dos pasos). Los cristianos villanos se habían convertido ya en caballeros villanos por obra y gracia de don Claudio Sánchez Albornoz y por tanto habían dejado atrás cualquier sombra de su ejecutoria. "Se llamaban foragidos -dice Mena- los caballeros que se habían ido fuera de su reino de origen (foragidos es igual que fora-egidos, o fora-exidos, es decir exiliados fuera). ....Los caballeros que se habían desnaturado en los años de 1271 con motivo de las guerras civiles... se les permitió volver a Sevilla". En este sentido, que significa "los que se marcharon fuera" para ejercer actividades discutibles, me atrevo a reproducir para la boda de 1995 el regreso de los caballeros foragidos de 1271. Y miren ustedes las bromas que proporciona la memoria histórica, según Mena (p. 131); el jefe de todos ellos se llamaba don Felipe.

Algunos no necesitaban haberse marchado para sus hazañas; como los hermanos Guerra, bizcocheros de Triana, cuya descendencia tanto brilló en las primeras carreras de Indias, según expliqué con todo detalle en mi Historia de América publicada en 1993. Mena no nos cuenta cómo fueron recibidos los caballeros foragidos de don Felipe cuando regresaron a la muerte de Alfonso X el Sabio. A sus sucesores de 1995 nada menos que mil millones de espectadores en todo el mundo pudieron ver, aunque fugazmente, cómo les trataba la memoria histórica del pueblo sevillano.

Pero volvamos a nuestro análisis dinástico. Establecida ya la importancia que tiene en nuestros días el debate sobre la sucesión regia, empecemos por explicar que son los tan traídos y llevados matrimonios morganáticos.

# LAS SIETE

## PARTIDAS DEL SABIO REY

don Alonlo el nono. nucuamente Clofadaspor el Licen-  
ciado Gregt rio Lope/ delConiçjoRcalde  
India defuMageítad.



fmpreiToenk.libmunc.i PorAndrea de Poi tonar!;, ImpreffbrdcfuMagetLkL

Año. M. D. L. V.

Con priuilegio Imperial.

qEila tañado el pliego a cinco marauedú ,

*Portada de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, puestas en vigor por Alfonso XI.*



## LOS MATRIMONIOS MORGANATICOS

España es, por tanto, un Reino, regido por una Monarquía nacional, desde la primera mitad del siglo V. Cuando Carlos III, uno de los titulares más famosos de esa Monarquía, quiso cerrar el paso a su hermano menor, el ex-cardenal infante don Luis de Borbón, que se había enamorado de una joven aragonesa, noble pero no de estirpe regia, dictó con fuerza de Ley una Pragmática que esgrimen como si fuese una bomba nuclear los fanáticos de la sangre real; los que se empeñan en mantener hoy la vigencia de la Pragmática y en coartar la libertad del príncipe Felipe y sus hermanas a la hora de elegir consorte. Hablaremos detenidamente de la Pragmática de Carlos III (que no es exclusiva, ni principalmente, una ley de sucesión a la Corona); en ella no se habla de sangre real ni de matrimonios morganáticos, sino que con término mucho más castellano se cita solamente a los matrimonios *desiguales*.

¿Qué es un matrimonio morganático?. El Diccionario de la Real Academia (ed.1970, que acostumbro usar) dice que significa lo mismo que "matrimonio de la mano izquierda" así definido: "El contrato entre un príncipe y una mujer de linaje inferior, o viceversa, en el cual cada cónyuge conservaba su condición anterior. Llámase así porque en la ceremonia nupcial el esposo daba a la esposa la mano izquierda". El propio Diccionario revela la etimología del término: "Del bajo latín *morganaticu*, del alemán medieval *morgangeba*, regalo matinal, en alemán *morgengabe*". El autorizado Joan Corominas (ed.1994, Gredos) concreta algo más: "Tomado del bajo latín *matrimonium cid morganaticum*, es decir, boda en que el esposo sólo garantiza a su esposa y a su descendencia la llamada *morganatica* o *morgangeba*, "dádiva de la mañana" que aquél entrega a ésta en la maña-

na de las nupcias". Por su parte el diccionario británico Collins (ed. 1986) dice así: "Matrimonio entre persona de alto rango y persona de bajo rango, por el cual la última no queda elevada al rango superior y en ningún caso tiene derecho a la sucesión del título y propiedades de la parte más alta. ". La etimología es semejante a la indicada por Corominas, aunque se refiere al latín medieval y al antiguo alto alemán, con término parecido en el inglés antiguo.

Nótese en estas definiciones que nuestro Diccionario habla de estos matrimonios como cosa del pasado; "cada cónyuge *conservaba* su condición anterior". El Diccionario se refiere sólo a príncipe o princesa pero tanto Corominas como Collins amplían el término, con mejor acuerdo, a personas de diferente rango, sean o no príncipes; lo cual me parece conforme con la iconografía europea, que varias veces nos ofrece retratos "de la mano izquierda" que se refieren a miembros de la nobleza o de la alta burguesía que dan esa mano a su esposa de clase inferior. Ese es el significado que pretende Carlos III cuando habla en su Pragmática de matrimonios desiguales.

Si el matrimonio desigual es, para el actual Diccionario, cosa anticuada (en su momento lo demostraremos histórica y jurídicamente) el otro concepto que enarbolan como bandera de pureza dinástica los monárquicos profesionales, el concepto de *sangre real* es, por supuesto, una metáfora; pero también algo peor que una metáfora, un mito hoy insostenible. El Diccionario no habla de sangre real; sí de "sangre azul" que significa, con metáfora evidentísima, "de noble linaje". También define a los "príncipes de la sangre" como los miembros de la Casa de Francia que pertenecen a la familia real y por tanto pueden acceder al trono. De sangre real, entre nosotros, no se ha atrevido a hablar en una ley más que el general Franco, como en su momento vere-

mos; por más que Franco no exigió expresamente para acceder a la corona de España la "sangre real" sino la "estirpe regia" que es concepto mucho más amplio e indeterminado. Aun así esa ley de Franco está expresamente derogada, en virtud de otra ley de Franco (hemos llegado a este régimen por reforma, no por ruptura) en las disposiciones finales de nuestra vigente Constitución. Ni Carlos III, ni otro rey de España alguno, ni otra disposición legal alguna, hablan de sangre real. El magnífico diccionario Collins cita "the blood", la sangre, en sentido semejante al nuestro: "descendencia real o noble".

Es decir que la "sangre real" no se encuentra por parte alguna como requisito para acceder en España a la realeza; ni mucho menos, hasta Carlos III, como exigencia que deben cumplir los consortes del Rey o de la Reina propietaria, como suele decirse en la tradición dinástica española. Con esto de la sangre real sucede algo parecido a lo que buscamos a veces como "derecho divino de los reyes"; teoría de idolatría absolutista que ningún autor importante ha defendido, como no sea algún plumífero de tercera, lacayo de algunos círculos palatinos en pleno delirio teórico de la monarquía absoluta. La "sangre real" forma parte, pues, de la mitología, no del derecho dinástico; pero es que en algunas ocasiones resonantes la sangre real es un sarcasmo. Porque ¿cuáles son los límites genealógicos mínimos de la sangre real?. El fundador de una dinastía puede haberse elevado desde las filas de la nobleza, o de la milicia, o del simple oportunismo; de hecho muchas veces no ha provenido de una estirpe regia, como exigía el general Franco y exigen los monárquicos profesionales. ¿Cuántos apellidos regios exigimos a una persona para que su sangre se considere real?. Si exigimos cuatro, u ocho, como hacen algunas Ordenes militares muy alejadas de sus sacrificios fundacionales y adormecidas en los oropeles nobiliarios, la reina



*Sepulcro del hijo de Alfonso X, don Sancho IV, y la reina María de Molina en la catedral de Toledo. Doña María salvó el trono de su marido, de su hijo y de su nieto.*



Victoria Eugenia de España, esposa de don Alfonso XIII, ¿poseía ese numero de apellidos regios?. Más aún, ¿es que los hijos bastardos que han llegado a reyes en España (vamos a examinar en este libro dos casos con nombre y apellidos) han sido reyes ilegítimos?. Sobre todo un importante y popular monarca no muy lejano de nuestro tiempo, que como creo haber demostrado históricamente no fue más que hijo putativo del Rey. Con lo que no necesito hablar de la sangre real del último Sha de Persia, en honor a su bella esposa que adornó la boda de doña Elena. Ni Reza Pahlevi ni Farah Diba podrían hablar ni de una gota de sangre real, ni falta que les hizo.

Por tanto, como mostraremos con mucho mayor detalle, no existen hoy los matrimonios morganáticos o desiguales, y la sangre real es tan irrelevante como la sangre azul para efectos dinásticos. Ahora vamos a volver a don Alfonso X el Sabio, cuyo descanso eterno, como el de su padre don Fernando el Santo, fue testigo de excepción, aunque nadie lo recordase en las crónicas, para la boda de la Infanta Elena.

## LA LEY DE PARTIDA: LA TEORIA

El Rey de Castilla don Alfonso X el Sabio, que por un momento tuvo al alcance de la mano la corona imperial de Alemania, está pidiendo a gritos una biografía cabal, que tenga en cuenta las investigaciones recientes, estimabilísimas, sobre la Edad Media española. La historia de España es un desierto biográfico; gracias en buena parte a la obsesión de los historiadores marxistas para ofrecernos detallados cuadros sobre la evolución del precio de la cebada,

seguimos sin saber apenas algo sobre las vidas de los hombres y mujeres que han hecho realmente nuestra Historia, y que no son solamente, ni principalmente, las masas anónimas, carne de estadística. Pero sabemos lo suficiente sobre el Rey Sabio para conocer sus afanes en tomo a la sucesión del reino; la proyección española, no sólo castellana, de esos afanes; y la tremenda divergencia entre la ley de sucesión que él propuso y la sucesión que se verificó en la práctica.

Sin embargo la ley propuesta por don Alfonso X -la Ley de Partida- es tan importante que hoy sigue vigente; porque de ella se han calcado las disposiciones sucesorias de todas las Constituciones españolas y muy especialmente la de 1978 que hoy rige nuestros destinos.

Las Siete Partidas, código general de las leyes del reino preparado personalmente por el cultísimo Rey Sabio al frente de un espléndido equipo de juristas desde 1251 (el año anterior al comienzo de su reinado) , terminado y propuesto siete años después, constituye una obra ingente cuya finalidad era codificar y fijar con fuerza de ley la recepción del Derecho Romano (como se estaba intentando en toda la Europa continental) en aquel siglo XIII maravillosamente revolucionario para la cultura europea, el siglo en que se crearon las Universidades, surgió la estrella de Santo Tomás de Aquino y se alzaron al cielo las catedrales góticas. Las Siete Partidas son un conjunto de leyes numeradas y agrupadas por títulos pero no sólo son eso; en ellas podemos contemplar como en una asombrosa panorámica los usos, costumbres, ideales y circunstancias de una nueva Edad Media en que se abría Europa a una vitalidad y una expansión insospechada.

En cuanto a las disposiciones sucesorias al trono regio las Siete Partidas no surtieron efecto inmediato. Sometido a

presiones terribles, que alentaba contra él buena parte de su propia familia, de la nobleza y de la Iglesia, sostenido en sus peores momentos de angustia casi sólo por la ciudad y el pueblo de Sevilla, "la que no m'a dejado", Alfonso X dejó plantada la Ley de Partida que no fue promulgada efectivamente hasta el Ordenamiento de Alcalá, durante el reinado de su bisnieto Alfonso XI ya en el siglo siguiente; pero desde entonces (1348) las Siete Partidas arraigaron para siempre, hasta el punto que hoy son para muchos casos derecho supletorio y para algunos, como la sucesión al trono de España, derecho vigente. Debemos comprobar por tanto lo que dicen las Partidas sobre esa sucesión.<sup>2</sup>

En la Segunda Partida, título XV, ley II, leemos:

**Mayoría en nacer primero es muy grande señal que muestra Dios a los hijos de los Reyes, aquellos que él la da entre los otros sus hermanos que nacen después de él.**

Y después de recordar, según la usanza de aquella época de fe, algunos precedentes bíblicos más o menos traídos por los pelos, entra don Alfonso en el asunto de la sucesión. Pero notemos que el Rey de Castilla no habla de Castilla sino de España al establecer la ley sucesoria que hoy nos rige. Alfonso X hablaba mucho de España; cuando quiso establecer una armada de guerra en la recién reconquistada ciudad de Cartagena creó para servirla toda una Orden Militar naval, a la que denominó de Santa María de España,

---

<sup>2</sup> Cito según la edición glosada por Gregorio López y publicada en 1555, reproducida en facsímil, admirablemente, por el Boletín Oficial del Estado antes, por supuesto, de los pedidos de papel realizados por doña Carmen Salanueva, a quien interesaban otras partidas.

como ha revelado el profesor Torres Fontes; y se dejó guiar, para el dominio del Estrecho, para sus empresas intrapeninsulares y para su política europea de altos vuelos imperiales, por una auténtica estrategia de España.

**Por con todo eso los hombres sabios y entendidos, catando el pro comunal de todos... tuvieron por derecho que el señorío del reino no lo hubiese sino el hijo mayor, después de la muerte de su padre. Y esto usaron siempre, en todas las tierras del mundo do el señorío hubieron por linaje; y mayormente en España. Y por excusar muchos males que acaecieron y podrían aún ser hechos, pusieron que el señorío del reino heredasen siempre aquellos que viniesen por la línea derecha. E por ende establecieron que si hijo varón no hubiese, la hija mayor heredase el reino. Y aun mandaron que si el hijo mayor muriese antes que heredase, si dejase hijo o hija que quedase de su mujer legítima, que aquél o aquélla lo hubiese, y no otro ninguno. Pero si todos éstos falleciesen, debe heredar el trono el más propincuo (próximo) pariente que hubiese, siendo hombre para ello y no habiendo hecho cosa por la que lo debiese perder. De donde todas estas cosas es el pueblo tenido de guardar porque de otra guisa no podría el Rey ser cumplidamente guardado si ellos así no guardasen el reino. Y por ende cualquiera que contra esto hiciese, haría traición conocida y debe haber tal pena como de suso (arriba) es dicho de aquellos que desconocen señorío del Rey.**

En la Ley de Partida, por tanto, se establece claramente la sucesión masculina entre los hijos del Rey de mayor a menor; luego suceden las hijas del Rey por orden de nacimiento; y si no hubiera hijos ni hijas se pasará a la línea más próxima, es decir a los hermanos del Rey según el mismo



criterio. Es también importante que la Ley de Partida establece la exclusión de un sucesor si tiene alguna carencia o ha hecho algo por lo que deba perder la sucesión; es decir, si carece de aptitud por la causa que sea. También debemos notar que esta ley y este título se inscriben en el ámbito del derecho público; se refieren a la sucesión en la realeza y luego, en el título siguiente, se hablará de la Corte.

En esta ley de Partida no se habla para nada de matrimonios morganáticos o desiguales; sino únicamente, como acabamos de ver, se exige para suceder en el trono que el sucesor provenga de un matrimonio legítimo, es decir bendecido por la Iglesia que era entonces la única fuente de legitimación matrimonial.

Ya fuera de la ley sobre sucesión regia las Partidas equiparan al Rey y a los nobles en cuanto a las condiciones de sus consortes; que deben ser, para el Rey, “de noble linaje” pero no necesariamente de regia estirpe. Hay otros consejos más que exigencias: la mujer del Rey debe ser hermosa, para evitar otras tentaciones; y rica, para acrecentar el patrimonio regio. Como estamos viendo estas condiciones (sin excluir la bastardía) dejaron de cumplirse varias veces.

Dice el título XXI, ley I: “Caballería fue llamada antiguamente la compañía de los nobles ornes, que fueron puestos para defender las tierras”. Los caballeros son pues la milicia, los defensores. Y tienen en España un origen popular; se escogieron al principio, dice don Alfonso, entre los cazadores del monte, los carpinteros, herreros y pedreros, por su habilidad y su fuerza. Y también los carniceros, “porque usan matar las cosas vivas y esparcir la sangre dellas”. Sin embargo esta selección de caballeros por el criterio de la fuerza no salió demasiado bien y por eso se decidió después escogerlos entre los hombres de buen linaje,

que fueron llamados en España hijosdalgo, que significa hijos de bien; en otras partes les llamaron gentiles. Pero esta hidalguía y gentileza se adquiría por tres maneras. "La una por linaje, la otra por saber, la tercera por bondad de costumbres y de maneras".

Es interesantísima esta definición de la nobleza por el Rey Sabio; así como la identificación del caballero-defensor con el hidalgo y el noble; y el carácter moral de la nobleza, a la que se puede acceder desde la villanía por el bien obrar y la sabiduría. En la ley III se mantiene un concepto de la nobleza relativamente abierto para la Edad Media: "Hidalguía, según dijimos en la ley anterior, es nobleza que viene a los ornes por linaje." El noble no debe hacer mengua de su condición en el matrimonio; lo que podría suceder si el hidalgo casa con villana o la hidalga con villano. Aun así si el padre es hidalgo y la madre villana el hijo se considera hidalgo; aunque no será ya noble. (Para que un hijo sea noble deben ser nobles o hidalgos su padre y su madre). No sería hidalgo, en cambio, el hijo de hidalga y villano; aunque las Partidas dejan abierta expresamente la posibilidad de que un villano o villana sea elevada a la hidalguía, por ejemplo según las razones de ennoblecimiento que se nos acaban de comunicar.

Es decir que la ley de Partida es muy abierta para su tiempo en cuanto a la sucesión regia -para la que no se exige más que el matrimonio legítimo de los padres- y para el acceso y sucesión de la hidalguía. Es cierto que, sin definirlos, apunta la Ley una sombra sobre matrimonios desiguales, pero la desigualdad puede corregirse por matrimonio de la siguiente generación o por elevación decretada por el Rey, creador de la nobleza originaria, que se reclutaba entre los oficios duros de villanía para la mejor defensa del reino. Lo que importa al propósito de este libro es que

se mantiene en las Partidas el concepto medieval del Rey como *príinus inter pares* de la nobleza; la nobleza, y luego la alta nobleza de otros países europeos, como Francia e Inglaterra, está formada por los "pares" del Rey, que en España le alzaban sobre el pavés entre protestas de igualdad: "Nosotros que valemos tanto como vos, y juntos más que vos". Para la sucesión regia el Rey Sabio ni siquiera expresa las cautelas que luego aduce para la sucesión nobiliaria. Aquella Monarquía medieval estaba muy cerca del pueblo y no se había sometido, ni de lejos, a las rigideces borbónicas que trató de imponer Carlos III. Aquella monarquía y su ley fundamental sucesoria es la que hoy sigue vigente entre nosotros. Las cenizas del Rey Sabio se estremecerían misteriosamente cuando entraban en la catedral de Sevilla la infanta Elena y don Jaime de Marichalar.

#### ALFONSO X NO PUDO CUMPLIR SU LEY

Alfonso X el Sabio es una prueba viviente de que los intelectuales no sirven para la política. Como escritor, como poeta, como investigador y coordinador de la Historia, de las ciencias y de las leyes ocupaba ya en vida un altísimo sitio en la historia de la cultura española y europea. Como político fue un desastre sin paliativos; sólo pudo conservar su querida ciudad y reino de Murcia por la generosa ayuda de su suegro don Jaime I el Conquistador; y cuando sus nobles principales, los prelados del reino y hasta su propia familia íntima se revolvieron contra él sólo pudo librarse de caer prisionero de sus enemigos gracias a la inquebrantable fidelidad de Sevilla.

Alfonso de Castilla nació en Toledo el año 1221, pri-



*La Pulchra Leonina, catedral de León. En el siglo XIII se alzaron las catedrales y las Universidades de Europa. Castilla y Alfonso X fueron grandes transmisores de la cultura clásica oriental.*



mogénito de Femando III el Santo y la princesa Beatriz de Suabia, de la casa imperial alemana. Se educó primero en Galicia, donde aprendió aquella lengua acariciadora que luego utilizó con tanta maestría en sus *Cantigas*. Ya entonces dio muestras de una profundísima vocación por todos los ámbitos de la cultura pero no se entregó exclusivamente a ella; intervino con decisión, valor y eficacia en la conquista del reino de Murcia, adquirió en Cartagena ideas muy claras sobre la importancia estratégica del Estrecho y la necesidad de establecer una cabeza de puente castellana en Africa. Se enamoró, cuando aún era infante, de una dama noble, doña Mayor Guillén de Guzmán, con quien tuvo una hija bastarda, doña Beatriz, a la que después legitimó para casarla como prenda de paz con el rey Alfonso III de Portugal; una nueva prueba de la amplitud con que se procedía en la Edad Media en el delicado terreno de los matrimonios regios. Luego se casó con doña Violante (Yolanda se decía en Francia) de Aragón, hija de Jaime I y la princesa Violante de Hungría. Como no lograba sucesión pretendió repudiar a doña Violante para casase con una belleza nórdica, Cristina de Noruega, hija del rey de Dinamarca; pero a la noticia de la llegada de Cristina la Reina Violante dio a luz a la infanta Berenguela, por lo que don Alfonso casó a la danesa con su hermano don Felipe, arzobispo electo de Sevilla, que aún no había recibido las órdenes sagradas.

Alfonso X inició su reinado en 1252, con treinta y un años. Sus primeras decisiones eran teóricamente necesarias pero le enajenaron el favor de la nobleza; devaluó la moneda, provocó con ello un alza general de precios que trató vanamente de contrarrestar fijando topes máximos y recor-tando los gastos suntuarios a que se entregaban los nobles. A lo largo de sus treinta y dos años de reinado vivió entre las turbulencias que se originaron de estas primeras medidas de sana economía e imprudente política; porque además

no desplegó la energía suficiente para explicarlas e imponerlas, como le sucedió con la Ley de Partida.

En la primera fase de su reinado completó la Reconquista en la Andalucía baja. Incorporó al reino de Castilla las ciudades de Jerez, Arcos de la Frontera, Medina Sidonia y Lebrija. Se apoderó, hacia Poniente, del condado de Niebla y fijó con su yerno Alfonso III las fronteras definitivas con Portugal. Intentó una cruzada en el norte de Africa y capturó la ciudad de Salé que no pudo resistir después el asedio del moro. Trató de intervenir, sin éxito, en Navarra y en Gascuña; y se dedicó en cuerpo y alma al *fecho del Imperio*, la pugna por la corona imperial de Alemania que le ofreció, con amplia aquiescencia en Europa, la ciudad de Pisa, adelantada del bando gibelino y deseosa de intervenir en la gran aventura comercial del Estrecho que el rey castellano preparaba con base principal en el puerto de Sevilla. La Santa Sede no aprobó la candidatura imperial de Alfonso al frente del bando gibelino y el Imperio fue para Rodolfo de Habsburgo, cabeza de una dinastía que dos siglos y medio después alcanzaría también el trono de España.

El rey de Granada era vasallo de Castilla; las recientes conquistas de don Alfonso fijaron una nueva frontera y parecían asegurar virtualmente, junto con la incorporación del reino de Murcia, el fin de la Reconquista como empresa multisecular. Los imperios almorávide y almohade habían sido arrojados allende el Estrecho y por eso Alfonso X pudo dedicarse a sus sueños imperiales europeos. Pero pronto chocó con una dura e inesperada realidad. Los principales caballeros "foragidos" le traicionaban una y otra vez, ofrecían sus servicios al rey moro de Granada y a los reyes enemigos de Africa. Los musulmanes más o menos encubiertos de la Andalucía cristiana organizaron un levantamiento general contra Alfonso a partir de 1264, apoyados

por el reino de Granada y con evidentes complicidades desde Túnez y Marruecos. El infante don Felipe, hermano del rey, se suma con su hueste a los enemigos históricos del reino. Las tropas reales hacen frente briosamente a la campaña pero sufren pérdidas muy sensibles. El peligro se agrava cuando Abu Yusuf, sultán de los benimerines, -la tercera gran oleada invasora de aquella época- desembarca en Tarifa con propósito de restaurar todo Al-Andalus. Don Nuño de Lara, el caballero más importante de Castilla, muere luchando en Ecija; el infante don Sancho, arzobispo de Toledo, perece al defender el reino de Jaén; y lo más grave es que el infante don Fernando de la Cerda, primogénito de Alfonso X y jefe del ejército, fallece por enfermedad en Ciudad Real cuando iba a emprender viaje para dirigir la campaña. Así en ese año 1275 se plantea en Castilla el gran pleito dinástico de Alfonso el Sabio. La guerra se ensombrece; el maestre de Santiago, con casi todos sus caballeros, cae destrozado en el desastre de Modín y Alfonso X tiene que restaurar la Orden dismantelada con los caballeros de su reciente Orden naval de Santa María de España.

Según el proyecto de Alfonso el Sabio en su ya propuesta ley de Partida debía proclamarse como heredero del trono al hijo de don Fernando de la Cerda, don Alfonso, nieto del Rey. Pero la costumbre medieval de origen germánico se impuso a la nueva legislación romanista; en circunstancias de peligro para el reino se necesitaba un sucesor fuerte capaz de dirigir las operaciones y no un sucesor niño. Las Cortes de Segovia reconocieron por heredero al segundo hijo de Alfonso X, el infante don Sancho, llamado justamente el Bravo. Los infantes de la Cerda, apoyados por el Rey y por la ley de Partida, contaban con su tío el rey Felipe III de Francia. Pero la propia reina Violante huyó de Sevilla con la infanta viuda de don Fernando de la Cerda -la princesa Blanca de Francia, hija de San Luis- y sus

hijos, en busca de la protección de su hermano Pedro III de Aragón. Parece a punto de estallar la guerra civil en Castilla entre los partidarios de don Sancho y los del niño don Alfonso de la Cerda. En 1283 don Sancho, casi en rebeldía contra su padre, reúne junta de nobles y prelados en Valladolid que depone al rey, encastillado en Sevilla, y le sustituye por Sancho IV. Alfonso llega a la abyección en medio de su desgracia; pide ayuda a los benimerines, declara sucesor a don Alfonso de la Cerda, y si faltaren éste y su hermano menor entrega el reino al rey de Francia; y anegado por el fracaso y la amargura muere en Sevilla en 1284, tras haber maldecido solemnemente a su hijo.

Sancho IV, que siempre contó con la gran mayoría del pueblo, de la nobleza y de la Iglesia, tuvo su mejor acierto en la elección de esposa: la que se conoce en la Historia como María de Molina. La cual, por cierto, no puede considerarse de sangre real según los puristas dinásticos y los monárquicos profesionales; porque si bien fue hija del infante don Alfonso (señor) de Molina, su madre fue doña Mayor Téllez de Meneses (Wernitz) tercera esposa del infante y de rancia nobleza pero no regia estirpe. Era doña María, por tanto, pariente consanguínea de su esposo el Rey Sancho IV. El matrimonio se celebró además sin la preceptiva dispensa, por lo que no fue considerado legítimo hasta su convalidación por el Papa, después de arduas gestiones y fallecido ya el Rey Sancho.

María de Molina , con su discreción y su firmeza, ayudó al Rey Sancho IV en su lucha por el afianzamiento del trono y le animó en su victoriosa campaña contra los benimerines de Africa, que fueron rechazados por segunda vez aunque no renunciaron a sus propósitos de conquista hispánica. Felipe IV el Hermoso de Francia, empeñado en aumentar su influencia en Castilla, promovió la ruptura del matrimonio



de Sancho y María pero el Rey Bravo rompió valientemente con el futuro ejecutor de los Templarios. También don Lope de Haro, señor de Vizcaya y privado del Rey trató de separarle de su esposa porque doña María se opuso cerradamente a la entrega en arrendamiento de los tributos del reino al prestamista judío Abraham el Barchilón. La Reina María redujo muchas rebeldías contra su esposo y consiguió una fructífera paz con Francia. A veces participó personalmente, con valor excepcional, en la defensa del Rey y su familia contra conjuraciones nobiliarias que se estrellaban en su firmeza. Sancho IV murió de tuberculosis en Toledo el año 1285 y la Reina ejerció de hecho la regencia para preservar los derechos de su hijo niño Fernando IV. Consigue, contra infinitas intrigas en las que terminará participando su propio hijo, salvar la Corona de Castilla que vuelve a su tutela cuando Fernando IV el Emplazado muere tísico en 1312. Entonces la anciana Reina de hierro toma bajo su protección a su nieto Alfonso XI, que cuenta con un año de edad, y al servicio del nuevo Rey niño salvó por tercera vez a la corona de Castilla. Murió en 1321 esta gran Reina, la mujer más importante de la historia española junto a Isabel la Católica y Teresa de Jesús. La posible eficacia de un matrimonio desigual, como fue el suyo, quedaba demostrada ante la Historia.<sup>3</sup>

Alfonso XI, el gran rey de Castilla que derrotó y expulsó definitivamente a los benimerines y convirtió al Estrecho de Gibraltar en un paso castellano del Mediterráneo hacia la Europa occidental y nórdica, fue también el monarca legislador que promulgó en el Ordenamiento de Alcalá las Siete

---

<sup>3</sup> Las luchas dinásticas en la época de Alfonso X el Sabio están muy bien descritas en la *Enciclopedia de la cultura española*, Madrid, Editora Nacional, 1963; y en Ajiménez Landi, *Una ley de sucesión y quince-siglos de Historia*, Madrid, Aguilar, 1968.



*La progenie lejana (le Alfonso el Sabio: Alfonso XI y Pedro I el Cruel. Una historia regia de glorias y bastardías con la mirada puesta en el dominio del Estrecho de Gibraltar.*

Partidas de su bisabuelo Alfonso X el Sabio. Una vez que las Partidas adquirieron fuerza de ley se impuso definitivamente en España la Monarquía hereditaria tras una transición prolongada y traumática en que se fue retirando, con graves dificultades, la tradición germánica de la monarquía electiva. Alfonso X el Sabio no pudo imponer su inteligente y abierta legislación sucesoria pero la dejó sembrada en buena tierra y fue su propia sangre, su gran bisnieto Alfonso XI, quien la fijó para el resto de la Historia de España.

Los inmensos servicios de María de Molina a la Corona castellana y a la nueva tradición dinástica española hicieron que el acceso de la mujer al trono, como permitían las Partidas y jamás toleró la legislación fundamental del reino de Francia, pareciera en España una posibilidad natural. Gracias a esa posibilidad reinaría en Castilla y en España Isabel I, la Reina Católica. Gracias también a las Partidas conserva la infanta Elena, después de su boda en Sevilla, el segundo lugar en la línea de sucesión española.

## CATINIA

# LA ASCENDENCIA DESIGUAL Y BASTARDA DE LOS REYES CATOLICOS

## LOS MATRIMONIOS REYES EN LA EDAD MEDIA

### CAPITULO 2

## LA ASCENDENCIA DESIGUAL Y BASTARDA DE LOS REYES CATOLICOS



## CAPITULO 2

### **LA ASCENDENCIA DESIGUAL Y BASTARDA DE LOS REYES CATOLICOS**

#### LOS MATRIMONIOS REGIOS EN LA EDAD MEDIA

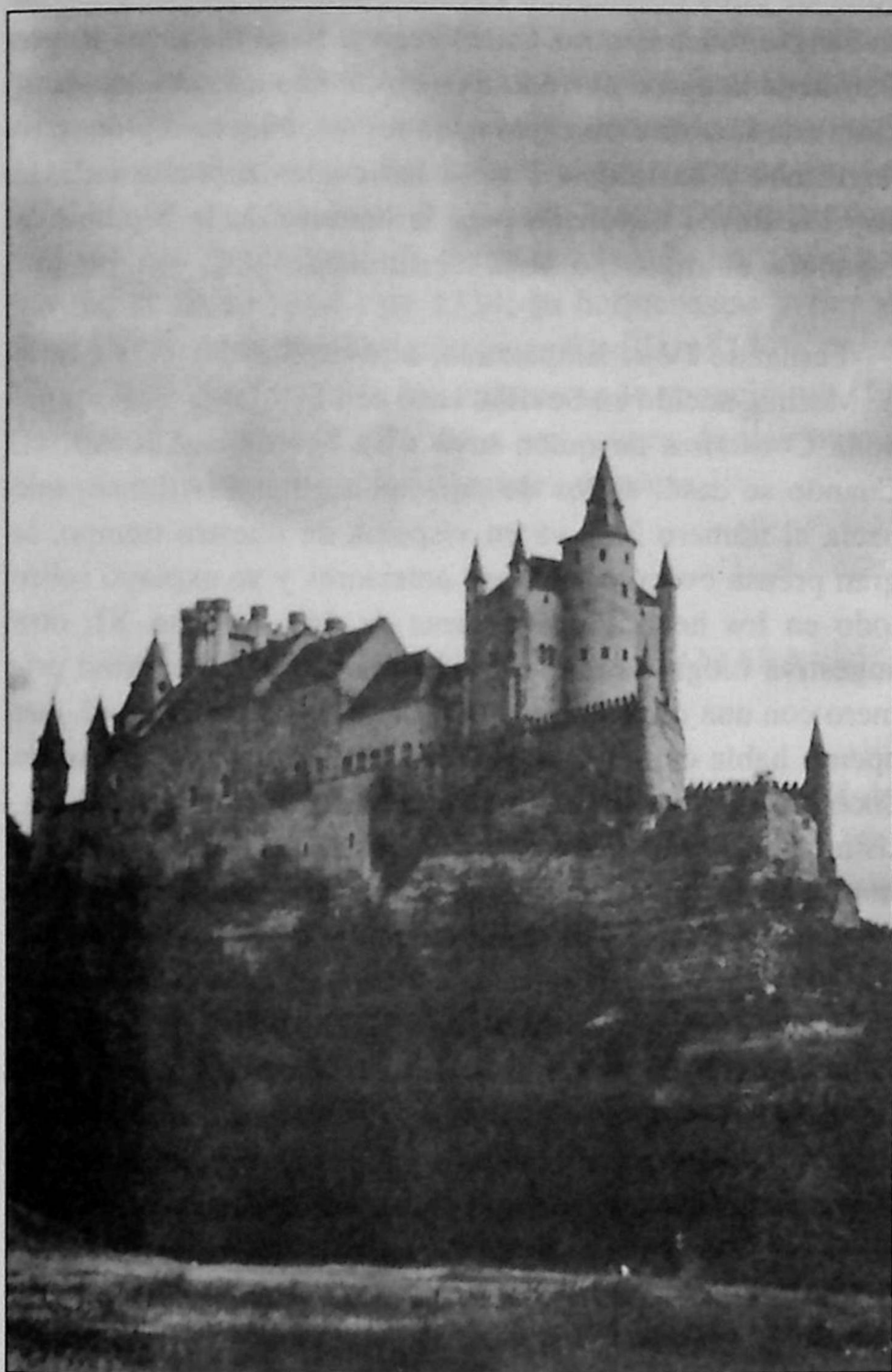
Desde los orígenes de la realeza europea (y podríamos remontarnos hasta los matrimonios regios o imperiales en la Antigüedad) la institución real, la Corona, es tan importante para el Estado y para la sociedad que los matrimonios reales se conciertan siempre, sin excepción alguna, por razón de Estado, en el caso, que creo general, de que las personas reales y quienes sobre ellas influyen se consideren ante todo servidores del Estado y del pueblo; porque si predomina en un monarca el talante tiránico que por esencia es irracional y arbitrario, los matrimonios que concierte el tal responderán por encima de todo al gusto o al capricho personal, como en el caso extremo del Barba Azul de Inglaterra, Enrique VIII. Esta preeminencia de la razón de Estado, cuyas raíces se pueden detectar hasta en las monarquías tribales o en las nómadas, no excluye de manera absoluta ni completa la razón de amor, que a veces se combina con la razón de Estado. Pero aunque pueden citarse muchos reyes y reinas enamorados de sus cónyuges, la generalidad de los reyes varones y algunas reinas excepcionales (imagínese el lector el ejemplo de Catalina de Rusia, devoradora de machos) buscaban el amor al margen del matrimonio, entre sus concubinas ocasionales y permanentes; el propio Alfonso X el Sabio, que ya tenía experiencia en estas lides cuando preparaba las Siete Partidas, se preocupó de institucionalizar la figura de la barragana, e inclu-

so de prohibir al Rey que admitiese como tal a la mujer juglaresa que canta y baila, lo que andando los siglos le costó una fortuna a la infeliz y bellísima Elena Sanz, la favorita de don Alfonso XII<sup>3</sup> Pero no pretendo en este libro hacer historia escabrosa de la realeza, que sería, por supuesto, soberanamente divertida, sino explicar con la Historia en la mano los problemas actuales de la sucesión a la Corona de España. En la Edad Media, hasta la consolidación de las grandes Monarquías (que es una de las marcas iniciales de la Edad Moderna) los reyes eran casi siempre guerreros y jefes del ejército y si bien buscaban para los matrimonios de su Casa alianzas político-militares de gran estilo, que renovaban felizmente la sangre de las dinastías, no desdeñaban en modo alguno los matrimonios con damas (o caballeros, con menor frecuencia) de la nobleza autóctona, ya que ni en la Ley de Partida, como acabamos de ver, ni en otras leyes fundamentales o usos dinásticos de Europa se exigía la sangre real para los consortes sino que bastaba que la candidata perteneciera a la nobleza y sobre todo que el matrimonio fuese legítimo. Pero aun estas reglas elementales, que generalmente se guardaban, reconocieron ostensibles excepciones en la Edad Media, para desesperación actual de los puristas dinásticos.

Los Reyes Católicos, doña Isabel de Castilla y don Fernando de Aragón, son los fundadores de la Casa de España, que a través de su hija la reina Juana de Castilla se fundió con la imperial de Austria; Isabel y Fernando son los creadores de la España moderna, y hasta de España en sentido pleno. Los Reyes Católicos son la cifra de nuestra Monar-

---

<sup>4</sup> He revelado y documentado este curioso episodio -en que el abogado del Estado sacó a relucir las Partidas- en mi libro *La otra vida de Alfonso XII*, Madridejos. Fénix. 1994, que puso al borde del infarto a ciertos monárquicos profesionales.



*El Alcázar de Segovia, reconstrucción de una fortaleza sarracena por Alfonso VI de Castilla. Segovia fue la clave para la llegada al trono de Isabel la Católica.*

quía; de ellos descienden nuestros actuales Reyes y llevan su sangre muchas otras Casas reales. Pues bien, los Reyes Católicos llegaron al trono a partir de una ascendencia próxima con fuertes elementos nada regios, e incluso plebeyos, ilegítimos y bastardos. Pese a los cuales suponen todavía hoy los Reyes Católicos para la historia de la Monarquía española el arquetipo de la legitimidad.

Fernando IV el Emplazado, hijo de Sancho IV y María de Molina, nacido en Sevilla, casó con la infanta de Portugal doña Constanza de quien tuvo a su heredero Alfonso XI. Cuando se casó, siglos después, el siguiente Alfonso, que hacía el número XII, ya en vísperas de nuestro tiempo, la gran prensa evocó a los once anteriores y se explayó sobre todo en los hechos y aventuras de don Alfonso XI, otra sugestiva biografía que permanece inédita. Le casaron primero con una niña, la hija del infante don Juan Manuel, que apenas había cumplido los doce años; pero don Alfonso no encontró mejor solución para evitar los desmanes del nobilísimo señor, que continuaba la tradición levantisca de la nobleza castellana, desmandada desde la muerte de San Fernando III hasta que la domeñaron los Reyes Católicos con el apoyo del pueblo. El matrimonio no se consumó y Alfonso XI se casó con doña María, hija del rey de Portugal Alfonso IV. Tuvo con ella dos hijos; don Pedro, que sería llamado el Cruel (con gran indignación de sus partidarios, que eran y son numerosísimos en Sevilla) y don Fernando, primogénito que apenas tuvo tiempo de nacer.

Pero desde el año anterior a su matrimonio con la infanta portuguesa don Alfonso XI convivía con la más hermosa mujer de Castilla, doña Leonor de Guzmán, de la que llegó a enamorarse profunda y duraderamente. He aquí una colisión en que la razón de Estado, es decir la amistad con el cada vez más floreciente y prometedor reino lusitano, ven-



ció a la razón de amor, porque doña Leonor de Guzmán era de muy noble linaje y bien pudo ser elegida Reina. Frente a la parquedad y la tardanza de su sucesión legítima, don Alfonso XI tuvo nueve hijos de doña Leonor, todos varones menos una; el primogénito de esta unión ilegítima fue un bastardo de grandes dotes y aguzado sentido político, don Enrique de Trastámara. El heredero don Pedro nació en Burgos el 30 de agosto de 1334; su hermanastro y futuro rival don Enrique había nacido ya en Sevilla, el 13 de enero del mismo año. Desde su nacimiento se le conoció por "El Bastardo", que pese a ello iba a ser cabeza de una nueva dinastía a la que aguardaban grandes destinos.

#### ENTRA DON ENRIQUE DE TRASTAMARA

Pero de momento la historia de Castilla, la historia de España, se desarrolla sobre un prolongado escenario de tragedia y de hecho sus episodios más alucinantes han servido como inspiración de incitantes dramas históricos. Don Pedro, el heredero legítimo, sucede a su padre Alfonso XI con dieciséis años de edad. Su madre, la Reina viuda María de Portugal, aprovecha la juventud inexperta de su hijo para saciar su sed de venganza contra la concubina de su esposo, Leonor de Guzmán, a quien manda apresar y asesinar. Una enfermedad, al parecer mortal, amaga sobre don Pedro y suscita una grave cuestión sucesoria, en la que participa la progenie de La Cerda y un infante de Aragón; pero don Pedro se recupera y se hace rápidamente con el poder. Tres años después de sentarse en el trono aceptó un importante matrimonio de Estado con Blanca de Borbón, princesa de la sangre en Francia, hija de Pedro, duque de Borbón y conde de Clermont y de Isabel de Valois; y hermana de Juana de

Borbón, Reina de Francia por su matrimonio con el futuro Carlos V de Valois, el Prudente. Ya ocupaban por tanto los Borbones, aunque no como propietarios sino como consortes, el trono de Francia y el trono de Castilla; aunque no es éste el momento de explayarnos en la historia de esa Casa, que siglos después sería la de Francia y la de España. (Preparo, desde hace tiempo, una historia de la Casa de Borbón; hay miles de libros sobre partes de esa historia que, sin embargo, y en toda su amplitud, nadie se ha atrevido a escribir).

Blanca de Borbón era una princesa inteligente y vivaz, y cuando se casó en Valladolid el 3 de junio de 1353 con don Pedro I de Castilla cabalgó al paso entre el entusiasmo de la ciudad, precedida por su cuñado don Enrique el Bastardo que le llevaba las riendas. Pero don Enrique, ya muy inclinado al reino de Francia, se indignó tanto como el rey de Francia cuando supo que su hermanastro, que sólo cohabitó un par de días con la nueva reina, la abandonó para reunirse con su verdadero amor, otra hermosísima noble castellana que se llamaba María de Padilla, que dio a don Pedro un hijo varón, don Alfonso, y tres hijas. Todo lo que sucedió tras la boda oficial y legítima de don Pedro sigue envuelto en la leyenda, en la calumnia y en la eficaz propaganda acumulada por don Enrique de Trastámara y su progenie; por eso me limito a reseñar, con suma cautela, los hechos que creo comprobados. El Rey ordenó la prisión de la desgraciada doña Blanca en varios castillos: Arévalo, Toledo, Sigüenza, Jerez y Medina Sidonia. Allí murió por fin la Reina Blanca de Borbón en 1361, a los veintitrés años de edad, seguramente asesinada por un balletero según Landi; o envenenada en su prisión de Tudela según el preciso genealogista van Kerrebrouck, de donde tomo los datos sobre doña Blanca. Poco después murió también la amante regia, María de Padilla, a quien don Pedro, desolado y enloquecido, pro-

clamó reina de Castilla tras alegar que estaba casado secretamente con ella, sin que faltase un complaciente obispo que avaló el disparate. Las Cortes, reunidas en Sevilla, confirmaron la proclamación de la Padilla y legitimaron a sus hijos. El varón, don Alfonso, fue jurado heredero de la Corona y al fallecer poco después fue declarado el derecho de las tres hijas a la sucesión de Castilla. En medio de aquella farsa trágica se cumplía por vez primera la Ley de Partida.

Pero desde que el Rey abandonó a la Reina doña Blanca se aplazó indefinidamente la consumación de la Reconquista y España entera ardió en guerra civil, pronto convertida en guerra internacional; la primera guerra europea que se libraba en España; o si se quiere se trataba de un episodio español en la interminable Guerra de los Cien años. Es imposible siquiera resumir aquí los complicados avatares del conflicto que atravesó por diversas fases y se planteó también como una guerra de sucesión. Castilla, apoyada por Inglaterra, luchaba contra Aragón, apoyado por Francia, naturalmente. Los mejores guerreros de Europa acudieron para enfrentarse en los campos de Castilla, cuyas ciudades estaban también divididas entre don Pedro y el Bastardo, que ocultaba cada vez menos sus pretensiones al trono. El príncipe de Gales, aquí llamado Príncipe Negro, luchó en favor de don Pedro; las Compañías Blancas de Bertrand Du Guesclin, que habían empezado a salvar a Francia contra la presión inglesa, ayudaron a los aragoneses y a don Enrique.

Pero don Pedro no resultó enemigo fácil. Consiguió la alianza del rey de Mallorca. Seguía manteniendo relaciones con varias mujeres, de las que tuvo más hijos. Las Compañías Blancas de mercenarios franceses proclamaron rey de Castilla al Bastardo don Enrique. Don Pedro logró para sus hijas con María de Padilla altos matrimonios ingleses, con

los duques de Lancaster y Cambridge, de la familia real. Los dos hermanos que se hacían llamar reyes de Castilla van a enfrentarse decisivamente en la campaña por Toledo, la ciudad que había sido la primera en alzarse contra don Pedro. Este acude temerariamente al combate con escasas fuerzas de Andalucía y unos centenares de moros aliados. Pero el enemigo es mucho más fuerte y don Pedro tiene que encerrarse en el castillo de Montiel, donde resiste durante diez días. Se ve perdido, intenta la huida y es apresado por un traidor que le entrega en el campamento de Bertrand DuGuesclin, donde está también el Pretendiente. El final sigue entre jirones de leyenda, pero una tradición tenaz describe el combate a muerte entre los dos hermanos, y la decisión del guerrero francés: "Ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi señor". Enrique apuñala al rey de Castilla; es el primer y único rey de las dinastías españolas que perece asesinado por un español. El 23 de marzo de 1372.

Bastardo y fratricida, Enrique II consigue sin mayores dificultades la adhesión del reino de Castilla, harto de guerra civil. Y acierta con habilidad a desarticular las amenazas exteriores que pretenden arrebatarle el trono. Denota al rey Fernando I de Portugal, que se había presentado en La Coruña; Enrique II entra en territorio enemigo y ocupa la ciudad de Braga, de donde tiene que salir a uña de caballo para conjurar una amenaza de moros en la frontera andaluza. Juan de Gante y su esposa Constanza -hija de don Pedro y la Padilla- se hacen llamar reyes de Castilla y organizan una expedición de desembarco, abortada por la cooperación de la marina castellana y la francesa en la toma de la Rochela; y en la destrucción de la escuadra inglesa en sus aguas.

Pero he aquí que Enrique II, el fratricida, el hijo bastardo de Leonor de Guzmán, es también el tatarabuelo de Isabel 1 de Castilla y de Fernando de Aragón, los Reyes Católicos.^-





*Enrique II el Bastardo, fundador de la Casa de Trastámara, con su hijo el futuro Juan I de Castilla.*

## EL COMPLICADO CASO DE ISABEL Y FERNANDO

Después de las tormentas y los crímenes que ensangrentaron el período entre don Alfonso X el Sabio y don Pedro el Cruel, el reino de Castilla entra en una fase de calma dinástica, hasta la nueva erupción que precede a la llegada de Isabel la Católica. Enrique II el bastardo y fratricida, prestigiado ante la nobleza y el pueblo por sus victorias exteriores, cubre de dádivas y sobornos a la nobleza del reino para acallar sus impacencias, por lo que se gana el sobrenombre de Enrique el de las mercedes. Casado con doña Juana de Peñafiel, dama nobilísima pero no de sangre real, tuvo de ella a su heredero que le sucedió pacíficamente como Juan I de Castilla, casado en Soria en 1275 con la infanta Leonor de Aragón, hija del Rey don Pedro IV y de doña Leonor de Sicilia. Las dos grandes coronas peninsulares, tan acerbamente divididas en la guerra por la sucesión de don Pedro el Cruel, empezaban así su marcha de aproximación matrimonial que llegaría al más feliz término con los Reyes Católicos. De esta forma los matrimonios regios, que cada vez se configuran más como instrumentos para la alta política de Estado, se transforman a la vez en nudos para la preparación de la unidad española y pronto también de la unidad ibérica. No sucedía así sólo en España; el imperio francobritánico de los Plantagenet había cuajado gracias a matrimonios reales.

Cuando Juan I sube al trono de Castilla en 1379 se alza contra él desde las sombras trágicas del pasado la amenaza póstuma de don Pedro el Cruel. La legitimada infanta Constanza, hija de don Pedro, había fracasado, como vimos, en el asalto al trono de Castilla que tramó su esposo Juan de Gante, duque de Lancaster, tras la victoria naval de Enrique II y la escuadra francesa frente a la Rochelle. Pero la tena-

ciudad de la casa de Lancaster era ya entonces legendaria y para cancelar el peligro inglés el hábil rey de Castilla Juan I concierta y consigue el matrimonio de su hijo y sucesor, Enrique (futuro Enrique III) con Catalina de Lancaster, hija de Juan y Constanza, nieta de Pedro el Cruel y María de Padilla. La sangre bastarda de doña María, la amante de don Pedro, consigue por fin el trono castellano al unirse a la sangre bastarda de los Trastámara en la persona de Enrique III. Para sellar la paz y la nueva alianza el rey Juan I concede a Enrique y Constanza, en prenda de la sucesión, el Principado de Asturias que desde entonces han ostentado en España trece príncipes de la Casa de Trastámara, once de la Casa de Austria, siete de la Casa de Borbón hasta don Alfonso XII, uno, efímero, de Saboya, el hijo de don Amadeo, y dos Borbones de la Restauración anterior, según Juan Balansó que cierra su lista en 1976 con don Alfonso, el primogénito desposeído de Alfonso XIII.<sup>5</sup> Me alegro de esta cita porque si bien he tenido algunos leves roces con Juan Balansó siempre le he considerado como un especialista muy notable en historia dinástica, aunque discrepo frontalmente de él en el importante problema de la Pragmática. En 1976, cuando publicaba la lista citada, no mencionó en la sucesión de Príncipes de Asturias a don Juan de Borbón, que según los monárquicos profesionales lo era desde 1933; ni a don Juan Carlos, que según los mismos fundamentalistas del juanismo lo era desde 1941. Creo que Balansó hizo muy bien en evitar esa inclusión, que sólo reflejaría una realidad fantasmagórica.

Enrique III de Castilla asumió la misión histórica de abrir a España las rutas y el horizonte del Atlántico, según

---

<sup>5</sup> J. Balansó, *La Casa Real de España* Madrid, Mirasierra, 1976.

la tradición sevillana de Alfonso X, Sancho IV y Alfonso XI. Sus expediciones conquistaron las islas Canarias, plataforma española para el Descubrimiento de América. Consolidó el principado de Asturias, para el que designó primero a su hija doña María y luego a su efectivo sucesor, Juan II, el padre de Isabel la Católica. Cuando ésta nació en Madrigal el 22 de abril de 1451 llevaba en su sangre dos torrentes de bastardía; el de don Enrique de Trastámara, su tatarabuelo fratricida; y el de doña María de Padilla, y su tatarabuela y concubina de don Pedro el Cruel. Legitimada después, su bisabuela doña Constanza de Castilla había nacido también ilegítima. Por supuesto que todas estas demostradas "impurezas" de la sangre real me importan, como historiador, un rábano; y que me alegro infinito de la llegada de doña Isabel I al trono de Castilla y de España. Pero cada vez comprendo menos las exageraciones de los monárquicos profesionales que exigen una sangre real químicamente pura en los matrimonios de nuestros príncipes del siglo XX y no se dignan echar una leve ojeada sobre los ingredientes sanguíneos de nuestros príncipes y reyes de todos los siglos anteriores.

Don Fernando, futuro rey de Aragón y Navarra, futuro Rey de España por su matrimonio con Isabel de Castilla, era también tataranieto de Enrique de Trastámara, como ella, por tanto llevaba sangre bastarda y fratricida en sus venas. Era hijo del Rey Juan II de Aragón, nacido en Medina del Campo y casado en primeras nupcias con la Reina Blanca de Navarra. Fernando era hijo del segundo matrimonio de don Juan II con doña Juana Enríquez, de noble sangre pero no real; por tanto nuestros monárquicos *pragmatistas* (fanáticos de la Pragmática) le hubieran descartado airadamente para la sucesión regia, aunque por fortuna para España les faltaban aún cinco siglos antes de nacer. Juana Enríquez era hija del Almirante de Castilla don Fadrique y de su noble.



pero no regia esposa doña María de Ayala y Córdoba. Don Fadrique Enríquez era hijo de don Alonso del mismo apellido, que proviene del más alto Enrique del reino, el propio rey Enrique II, que como reflejo de su bastardía personal engendró este otro linaje bastardo de los Enríquez gracias a una de sus concubinas preferidas, bellísima y judía. Por tanto don Fernando el Católico, hijo de Juana Enríquez, llevaba en su sangre dos aportaciones bastardas y posiblemente dos herencias magnificadas; porque además de don Enrique II la decidida segunda esposa de Juan II de Aragón intervino con pocos escrúpulos en la eliminación, se dice, del Príncipe de Viana, hijo del primer matrimonio de su esposo y gran obstáculo en el camino de su hijo hacia el trono de Aragón y de España.

La gloria de Granada y de las Indias ha borrado todos estos pecadillos pero tampoco el camino de doña Isabel al trono de Castilla transcurrió por un valle de rosas. Las dos casas reales de Castilla y Aragón provenían, a la muerte sin sucesión de don Martín el Humano, rey de la Corona aragonesa, del mismo tronco: Juan I de Castilla. Su primer hijo Enrique III reinó, como sabemos, en Castilla; su hijo segundo, el infante don Fernando "el de Antequera", así llamado por su importante triunfo al capturar esa ciudad del reino moro de Granada, fue elegido Rey de Aragón en el admirable Compromiso de Caspe. Don Fernando de Antequera era el político perfecto; árbitro de Castilla aun en vida de su hermano enfermo Enrique III y sobre todo cuando al morir éste se encargó de tutelar a su sobrino niño Juan II; organizador eficaz de una nueva cruzada para reanudar la Reconquista; jefe del ejército castellano y experto en lo que siglos después se llamarían relaciones públicas y propaganda política, la figura imponente de don Fernando presagiaba ya la unidad de España, cuyos dos reinos fundamentales, Castilla y Aragón, se reunieron bajo la misma dinastía en el

compromiso de Caspe, "hecho dominante y decisivo de la primera mitad del siglo XV" como le califica el máximo especialista para esta época, profesor Luis Suárez,<sup>6</sup> cuya trilogía sobre la España antigua y medieval recomendando vivamente al lector que desee profundizar en este interesantísimo período. El 24 de junio de 1412 los compromisarios de los tres reinos que integraban la Corona de Aragón eligieron rey a don Femando de Antequera que tomó el nombre de Femando I y mantuvo además la regencia de Castilla. Casado con Leonor de Alburquerque, (nieta de Alfonso XI de Castilla y de su concubina Leonor de Guzmán) aportaba así otra fuente de sangre bastarda -la tercera-a la herencia de don Femando el Católico. Su hijo Juan II de Aragón sería, como sabemos, el padre de don Femando II.

Pero nos habíamos olvidado de Isabel de Castilla. La casa de Trastámara, nacida de una rebeldía y un crimen, mantuvo sus turbulencias en sus dos ramas de Castilla y Aragón hasta la primera unificación bajo el poder personal de don Femando de Antequera, y después de éste, hasta la definitiva pacificación por obra de sus nietos, los Reyes Católicos.

Juan II de Castilla casó en primeras nupcias con la infanta María de Aragón, hija de don Femando de Antequera y por tanto prima hermana suya; una temprana aparición en el trono español de la endogamia, que arminaría en tiempos venideros la sangre de nuestros reyes. Nació de este matrimonio el futuro Enrique IV y tres hijas que murieron a poco. La Reina falleció en la villa segoviana de Villacastín en 1445 y dos años después don Juan II se casó con la infanta Isabel de Portugal, que le dio otros dos hijos legítimos

---

<sup>6</sup> En su magna obra *Historia de España antigua y media*, Madrid Rialp, 1979. III p. 269.

doña Isabel y don Alfonso; esta Reina se encerró en Arévalo (acompañada por la infanta Isabel) donde vivió con sus facultades mentales cada vez más perturbadas hasta su muerte lejana en 1496. Era un fantasma patético en los momentos en que su hija había logrado la mayor gloria histórica de España.

El pobre Enrique IV de Castilla era un desastre total; aunque ahora algunos historiadores creen que para resaltar sus victorias y sus hazañas, el círculo de los Reyes Católicos ennegreció exageradamente la caótica situación de la España anterior, tanto en Aragón como en Castilla. Esto no es una historia de España sino un conjunto de reflexiones sobre la historia de nuestras sucesiones; pero tengo la impresión de que hablar de caos y desastre sólo es una imagen pálida de realidad tan triste.

Cuando don Enrique IV, todavía príncipe de Asturias, había cumplido doce años, su padre se empeñó en casarle con doña Blanca de Aragón, hija del primer matrimonio de don Juan II y por tanto hermana del desdichado Príncipe de Viana. Los niños esposos aguardaron unos años hasta las velaciones pero después de convivir otros doce fue anulado el vínculo a petición del esposo que alegó impotencia de los dos.

Ya era Rey de Castilla don Enrique, y contaba con treinta años de edad, cuando decidió intentar de nuevo el matrimonio para alcanzar descendencia. Eligió para ello a una bella princesa de Portugal, doña Juana, a la que casi doblaba la edad. La nueva Reina vino a la corte de Castilla con varias damas de compañía y don Enrique IV, que mostró desapego hacia su hermosa mujer, se encaprichó de una de ellas, Guiomar de Castro, sin que nadie se lo explicase; porque no podía compararse con la Reina ni en belleza ni en simpatía.

La Reina no le dio más vueltas y propinaba soberanas palizas a su rival, a quien el Rey alejó de la Corte pero sin dejar de frecuentarla. Este concubinato no tuvo descendencia, como tampoco algún otro intento del monarca, a quien todo el mundo, acordándose de su confesión para disolver su primer matrimonio, llamaba El Impotente.

Ocurrieron entonces acontecimientos imprevistos. El 23 de septiembre de 1461 murió en extrañas circunstancias el heredero de la Corona de Aragón, príncipe de Viana, y don Juan II, a instancias de su segunda esposa Juana Enríquez, proclamó heredero al hijo de los dos, don Fernando. Muy poco después, tras largos años de aparente esterilidad, la Reina de Castilla tuvo una hija, a la que se llamó también Juana; y como el Rey se excedió en los regalos al favorito de la Reina (y suyo) don Beltrán de la Cueva, conde de Ledesma, todo el mundo creía estar seguro de que don Beltrán era el padre de la presunta hija del Rey, apodada como La Beltraneja. El misterio no se ha resuelto aún; en una reciente tesis doctoral leída ante la Facultad de Medicina, en la que tuve el honor de participar, el ilustre decano propuso el proyecto de investigar la paternidad de la Beltraneja por el método del ADN y me invitó a intervenir como asesor histórico. Por supuesto que acepté inmediatamente; los resultados de la investigación no podrán ya cambiar la historia de España, pero prometen ser espectaculares en uno o en otro sentido. Todas estas cosas disminuyen todavía más, si cabe, mi escasa fe en las virtudes milagrosas de la sangre real.

De hecho todo sucedió como si la recién nacida fuera efectivamente la Beltraneja. Su hermosa madre, en todo caso, se siguió comportando como regia casquivana y no le faltaron ocasiones. Harto de ella don Enrique IV la entregó a la custodia del arzobispo de Sevilla que la encerró en el cas-



tillo de Alaejos donde la Reina se enamoró del bello alcaide a quien dio dos hijos varones; logró escaparse con su amante pero fue capturada y terminó sus días, todavía joven, en un convento madrileño. Pese a la generosa defensa que un médico-historiador célebre, el doctor Gregorio Marañón, hace de la Beltraneja y sus padres, el cronista de la época, Alonso de Palencia, se fía más de la opinión peyorativa del pueblo.

Las veleidades de doña Juana y las desventuras de don Enrique IV atizaron la inquietud del pueblo y la rebeldía de la nobleza que incubó, según la costumbre castellana, una guerra civil en regla. Con dos bandos, según era usual; el de don Beltrán de la Cueva, que apoyaba a Enrique IV y a su hija; el del marqués de Villena, que intentó, con los suyos, el secuestro del Rey y del favorito. Enrique IV tomó una decisión demencial; entregó al infante don Alfonso a la tutela del marqués de Villena, bajo la condición de que, para proclamarle heredero, habría de casarse con la Beltraneja; lo cual equivalía a declarar a doña Juana hija de don Beltrán porque de lo contrario el matrimonio se celebraría entre hermanos de padre. Fue jurado don Alfonso y su padre le devolvió el maestrazgo de Santiago del que antes le privó a beneficio de don Beltrán; para compensar al valido le hizo duque de Alburquerque, y de ahí que el nombre de Beltrán aparezca en los actuales duques del mismo título.

El 5 de junio de 1465 el bando de los enemigos del Rey montaron un vil espectáculo que por la ciudad donde se celebró se conoce como farsa de Avila. Degradaron a la efigie del Rey, exhibida en lo alto de un tablado donde luego juraron por nuevo Rey de Castilla a don Alfonso, el primer Alfonso XII, de doce años. Varias ciudades, entre ellas Toledo y Sevilla, Burgos y Córdoba, aceptaron la proclamación humillante, y lo mismo hizo la hermana de don Alfonso, la infanta Isabel. Pero don Enrique pacificó con

su presencia el territorio y como le había fallado un intento anterior de casar a su hermana, ahora quiso prometerla a don Pedro Girón, maestre de Calatrava, quien falleció providencialmente, quizás por la emoción.

Se recrudeció la guerra civil, con ventaja para las tropas reales; y todo parecía volver a su cauce por la muerte del presunto Alfonso XII en julio de 1468. Enrique IV no se atrevió a proclamar a la Beltraneja y celebró vistas con su hermana en la venta de los Toros de Guisando, la preciosa manada de verracos ibéricos en piedra que acampa a las afueras de San Martín de Valdeiglesias. Enrique repudiaba a la licenciosa Reina Juana, cuando todo el mundo se había enterado de la historia de sus bastardos. Reconocía por Princesa de Asturias a su hermana; y por consiguiente admitía que la Beltraneja no era hija suya. Después de la Farsa de Avila y el reconocimiento de Guisando la dignidad de la Corona se arrastraba por los suelos. Isabel había cumplido diecisiete años y ya sabía perfectamente lo que quería.

Isabel de Castilla, inteligente princesa muy bien formada y de facciones perfectas, fue la primera novia de Europa nacida en las casas reales de España. La pretendían Alfonso de Portugal, Fernando de Aragón, un hermano de Luis XI de Francia y varios miembros de la más alta nobleza castellana. Pero ella se informó cabalmente, comprendió lo que significaba el matrimonio de Castilla y Aragón -la razón de Estado- y averiguó, con mucha insistencia, que el heredero aragonés era, además, el mejor mozo de todos sus pretendientes. Le eligió y se comprometieron en secreto. En este matrimonio capital para el ser y la historia de España la razón de Estado se combinó perfectamente con la razón de amor. Doña Isabel sería siempre fiel a su esposo, del que estuvo completamente enamorada. Fernando la quería y la respetaba; pero le fue todo menos fiel.



Enrique III de Castilla que inició la expansión española en el Atlántico.

El rey de Aragón sirvió como *exemplar* al Príncipe de Maquiavelo; pero como el único florentino era un machista confeso perdió la ocasión de tomar como modelo parejo —tanto monta— a doña Isabel de Castilla. Decidida a llegar al trono tras la desaparición de su hermano Alfonso, la princesa Isabel desplegó unas dotes políticas asombrosas. Por lo pronto aprovechó una ausencia de su hermano Enrique IV para recibir en Valladolid a su prometido Fernando de Aragón y casarse secretamente con él, que llegó a la ciudad castellana disfrazado de mozo de muías. La heredera escribió al Rey de Castilla pidiéndole la venia para el casamiento, como se había estipulado en el tratado de los Toros de Guisando pero no obtuvo respuesta; Enrique IV temía la reacción negativa de Francia, opuesta estratégicamente a la unificación de los reinos españoles. Pero Isabel no se paró en barras. Como doña María de Molina, su excelsa predecesora, se casó sin la necesaria dispensa papal (por el parentesco que la unía a don Fernando) y no faltó un Obispo, el de Segovia, que falsificase la correspondiente Bula; en la historia de España nunca falta un obispo para cualquier cosa. El matrimonio se celebró en la misma ciudad de Valladolid el 19 de octubre de 1469.

Enrique IV, aleccionado por los enviados de Francia y los enemigos de la real pareja, se revolvió contra la Princesa de Asturias, declaró el incumplimiento de los pactos de Guisando (en lo que llevaba razón) desheredó a doña Isabel y a fin de cuentas declaró hija legítima y heredera suya a doña Juana la Beltraneja, para quien se buscó un esposo entre los príncipes franceses de la sangre, nada menos que el duque de Berry, hermano de Luis XI y previamente rechazado por Isabel, a quien repugnaba su figura enfermiza y retorcida. El bando isabelino, cada vez más poderoso, hizo volver grupas a don Enrique IV que reconoció de nuevo a su hermana, decisión de la que luego se echó atrás .



Pero puso fin a tantos vaivenes con su muerte, el 11 de diciembre de 1474, sin que, como en los casos de la reina Blanca de Borbón y el príncipe de Viana, quepa descartar históricamente un eficaz veneno. Como la Ley de Partida no estaba vigente en Aragón, Isabel de Castilla se proclamó reina en su fiel ciudad de Segovia antes de que su esposo regresara de un viaje a los estados de su padre; Isabel se dejaba engañar a veces por Fernando en cuestiones de amor pero jamás en el campo de la política. Por voluntad de Isabel fueron nombrados árbitros -para evitar el pleito dinástico- el cardenal Mendoza y el arzobispo de Toledo, que decretaron en la Concordia de Segovia lo que la Historia resume como Tanto monta, monta tanto; Isabel era Reina propietaria de Castilla y Fernando, ya Rey de Nápoles y pronto Fernando II de Aragón, sería Fernando V de Castilla como asociado a la corona de su esposa. Así quedó concertada la paz del matrimonio y la unidad de España; aunque los luego llamados Reyes Católicos tuvieron que luchar hasta el fin y la victoria para asegurar su trono frente a una gran coalición de enemigos interiores y exteriores, que se agruparon en torno al gran Rey don Alfonso V de Portugal cuando pretendió serlo también de Castilla al desposarse con la Beltraneja. La pronto revelada capacidad militar de Fernando, la inmensa popularidad y excelente dirección logística de Isabel lograron el triunfo en la guerra de sucesión. Tras de la cual los regios esposos se dispusieron a sus gigantescas empresas históricas; el saneamiento y reforma del reino, el remate de la Reconquista en Granada, la expansión europea de España y el descubrimiento de un nuevo horizonte para toda la humanidad, a poniente de la Mar Oceana.

Pero antes, a raíz de su matrimonio, Isabel de Castilla había sido la única persona del mundo que supo ganar por la mano en un conflicto político al modelo maquiavélico, don Fernando de Aragón.

## CAPITULO 3

### LA SUCESION EN LA CASA DE FRANCIA

#### LOS PROBLEMAS HASTA EL FINAL EN LA CASA DE ESPAÑA-AUSTRIA

## CAPITULO 3

### LA SUCESION EN LA CASA DE FRANCIA

El problema de la sucesión en la Casa de Francia se plantea desde el momento en que el rey muere sin hijos varones. En la época de los capetinos, la sucesión era siempre por línea masculina, y el rey era sucedido por su hijo mayor. Si no había hijos varones, la sucesión pasaba a la hija mayor, que se casaba con el heredero de una casa real extranjera. Este sistema de sucesión por línea masculina se mantuvo hasta el reinado de Felipe IV, cuando se introdujo la sucesión por línea femenina. Este cambio se produjo por la necesidad de asegurar la sucesión en la Casa de Francia, ya que el rey Felipe IV no tenía hijos varones. Este cambio se produjo por la necesidad de asegurar la sucesión en la Casa de Francia, ya que el rey Felipe IV no tenía hijos varones.

Los reyes de la Casa de Francia se casaron con reinas de otras casas reales, lo que permitió la unión de territorios y el fortalecimiento de la dinastía. Este sistema de sucesión por línea masculina se mantuvo hasta el reinado de Felipe IV, cuando se introdujo la sucesión por línea femenina. Este cambio se produjo por la necesidad de asegurar la sucesión en la Casa de Francia, ya que el rey Felipe IV no tenía hijos varones. Este cambio se produjo por la necesidad de asegurar la sucesión en la Casa de Francia, ya que el rey Felipe IV no tenía hijos varones.

### **CAPITULO 3**

## **LA SUCESION EN LA CASA DE FRANCIA**

### **SIN PROBLEMAS -HASTA EL FINAL- EN LA CASA DE ESPAÑA-AUSTRIA**

Los Reyes Católicos fundan la Casa de España, que con ellos se eleva, desde las oscuras abyecciones de la anterior decadencia, al rango de primera potencia europea y mundial. Era la época de las grandes Monarquías europeas, que luchaban por la hegemonía en el Continente y en el mundo. En las nuevas circunstancias se imponía cada vez más una estrategia que abarcase a todo el planeta y los matrimonios regios se convirtieron ya, abiertamente, en elementos esenciales para montar esa estrategia de poder. La razón de amor quedaba sumergida en la razón de Estado.

Los Reyes Católicos casan a su primogénita, Isabel, con don Alfonso, heredero de Portugal y cuando éste fallece con el nuevo heredero, don Manuel. Reina de Portugal, heredera también de Castilla y Aragón, la princesa española murió al dar a luz a un hijo, don Miguel, que hubiera sido Rey de España y Portugal pero el proyecto hubo de posponerse, por la muerte del heredero, hasta que lo realizó en el siglo siguiente Felipe II. Ya había fallecido el heredero varón de los Reyes Católicos, el infante don Juan, que combinó la razón de Estado y la razón de amor en su joven matrimonio con Margarita de Habsburgo, hija del emperador Maximiliano. Pero el príncipe español murió literalmente de amor por sus efusiones conyugales que los médicos preten-

dieron moderar, sin que la Reina Católica lo permitiese. La niña fruto de estos ardores nació sin vida. Empeñados en enlazar con la Casa de Portugal, los Reyes Católicos casaron a otra de sus hijas, la infanta María, con el rey don Manuel cuando enviudó de la infanta Isabel; y para asegurarse la alianza inglesa entregaron a la infanta Catalina, llamada de Aragón, al príncipe Arturo, heredero de Inglaterra. Murió el príncipe de Gales y doña Catalina casó con el nuevo heredero Enrique, que sería VIII de Inglaterra, Defensor de la fe antes de renegar de Roma y sádico ejecutor de sus siguientes esposas, aunque no se atrevió a tanto con la infeliz Catalina de Aragón que murió encerrada por el déspota. La muerte y la desgracia se cebaron, pues, en la progenie de los Reyes Católicos cuya única esperanza se cifró en doña Juana, casada con Felipe de Habsburgo, el Hermoso, hijo del emperador Maximiliano. La herencia paranoica de la dinastía castellana destruyó la vida de doña Juana que desató su locura tras la muerte prematura de su esposo el que fue Felipe I; pero fue madre de Carlos, rey de España y emperador de Alemania, el monarca español que hizo realidad el sueño imperial de Alfonso X el Sabio.

La Casa de España prolongada en la de Austria reinó sobre España y su imperio durante los Siglos de Oro, presidió también, en la segunda mitad del siglo XVII, la decadencia de la Corona y el Imperio y desembocó en la nada con el último de sus reyes, Carlos II. Pero a lo largo de esos dos siglos no existieron para España y su gran dinastía problemas sucesorios. Carlos I sucedió a su madre, tras las regencias de su abuelo Fernando y el cardenal Cisneros, aunque hubo de reprimir la revuelta de las Comunidades de Castilla y las Germanías de Valencia. Trazó, con apoyos en Inglaterra y los Países Bajos, que traspasó a la Monarquía española desde la herencia imperial austríaca, un esquema estratégico cuya clave fue el matrimonio de su hijo Felipe II





*Fantasmagórica presentación de un retrato de María de Médicis, con sangre de comerciantes, al primer Borbón Rey de Francia, Enrique IV.*

con la heredera legítima y católica de Enrique VIII, María Tudor; pero el matrimonio y el gran proyecto se frustraron por la muerte y la falta de sucesión de María. Felipe II necesitó cuatro matrimonios para conseguir un sucesor varón, que fue aceptado unánimemente por toda la Monarquía universal de España, pese a sus limitaciones. A Felipe III sucedió normalmente su hijo, el lúbrico y haragán Felipe IV y a éste el último rey español de la Casa de Austria, Carlos II.

Ya el reino de Francia, cuyos grandes monarcas llevaban sangre española, había tomado el relevo de España en la hegemonía europea. Para todas las transiciones sucesorias se observó la vigente Ley de Partida, incluso al decidirse el espinoso problema de la sucesión del patético Carlos II, que murió entre conjuros y exorcismos contra su impotencia, sin hijos y sin esperanza para España, aunque con una misteriosa y congénita dignidad.

Por lo que acabo de indicar nada añadiré aquí sobre las sucesiones de la casa española de Austria hasta la última, la de Carlos II. Los Siglos de Oro, los de Colón, Carlos V. el Gran Capitán, Cortés, Pizarro, Felipe II, Santa Teresa y San Ignacio, Cervantes y Velázquez, son una de las épocas más fantásticas de la historia humana; pero caen fuera del alcance de este libro, porque no trajeron problemas en el campo de la sucesión, que es el nuestro. Ya hablé sobre ellos en *Yo, Felipe II*, que va por la séptima edición; y pienso volver a fondo sobre Carlos V.

La sucesión de Carlos II se resolvió, en apariencia, por la última voluntad válida del Rey subnormal y doliente; pero en realidad por la clarividencia del Consejo de Estado, que se encontraba ante un espantoso dilema impuesto por la prepotencia del amo de Europa, Luis XIV de Francia: o se

entregaba la Corona de España a su dinastía, la Casa de Borbón o España y su Imperio se troceaban y repartían entre las potencias. El otro gran rival, Austria, que consideraba como suya a la dinastía española creada por los Reyes Católicos, podía emprender una guerra europea y de hecho así lo hizo; pero carecía del poder militar y coactivo de Luis XIV y no sería capaz de impedir la repartición de España y las Indias. Las presiones de las embajadas francesa y austríaca, el empeño de la Reina vacilante, Mariana de Neoburgo, en asegurar su futuro personal al margen de los intereses de España, contrastaban con el enorme respeto del pueblo español por su pobre Rey y con la decisión del Consejo, guiado por el cardenal Portocarrero, para preservar por encima de todo la unidad de la Corona y el Imperio. Si además esto se lograba de acuerdo con la Ley de Partida, mejor que mejor; pero la sucesión de Carlos II se decidió por un análisis correcto, en el Consejo de Estado, del juego mundial de poderes. Carlos II había hecho ya un primer testamento el 13 de noviembre de 1698 en favor de José Fernando de Baviera, que falleció al año siguiente. No quedaban más posibilidades que Francia o el Imperio de Austria. El 6 de junio del año 1700 el Consejo de Estado, reunido en Madrid, se pronunció por unanimidad, (con la excepción del conde de Aguilar) en favor del candidato designado por Luis XIV de Francia.

Entretanto se agravaba, por dos veces, la débil salud del Rey y doña Mariana de Neoburgo le preparó a la firma un testamento en que decidía la sucesión en favor del archiduque Carlos de Austria, que luego fue emperador. Pero Carlos II, guiado por una profunda y extraña intuición que no puede explicarse por sus escasas luces, se negó a firmar. Cedió en cambio al requerimiento solemne del cardenal Portocarrero, que sólo buscaba, como el resto del Consejo, la salvación y la integridad de la Corona y el Imperio. El 3

de octubre de 1700 Carlos II, al borde de la tumba, firmó conscientemente su testamento definitivo en que otorgaba la sucesión de todos sus reinos y posesiones de España, Europa, las Indias, Africa y el Pacífico a Felipe de Borbón, duque de Anjou, nieto de Luis XIV y de su esposa María Teresa, hermana mayor del rey agonizante. A falta de Felipe la corona recaería en el duque de Berry, hermano menor del de Anjou. La sucesión pasaría después a Carlos de Habsburgo y luego al duque de Saboya. A los veintiséis días la salud del Rey volvió a entrar en crisis. Los médicos le mezclaban pócimas con aguardiente. El 1 de noviembre de 1700 sufrió un ataque de epilepsia que no pudo superar. Murió cerca de las tres de la tarde. El cardenal Portocarrero abrió ante el Consejo y los Grandes presentes el testamento, rigurosamente redactado según la Ley de Partida, como explica cabalmente el profesor Pabón. La casa de Borbón, en la persona de Felipe V, llegaba al trono de España.<sup>7</sup>

### LA EXTRAÑA LEGITIMIDAD DE TALLEYRAND

Hasta este momento no conozco un estudio histórico-jurídico sobre la sucesión al trono de España -y a otros de Europa- tan importante y documentado como el que dedicó mi admirable maestro don Jesús Pabón a la defensa de la dinastía y los derechos al trono de don Juan de Borbón y Battenberg, y que acabo de citar en la última nota. Llamo maestro a Pabón, aunque no tuve la suerte de asistir con asiduidad a sus clases; andaba entonces en otros campos

---

<sup>7</sup> Cf. Jesús Pabón, *La otra legitimidad*, Madrid, Prensa Española 1956, p. 157.



del saber pero tuve la suerte de recibir una impresión indeleble cuando me acerqué varias veces a su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras y poco después en la Escuela Oficial de Periodismo. Pero hablé con él, estudié hasta la última de sus líneas publicadas y tuve el honor de que citara con elogio exagerado a dos de mis primeras obras históricas. Por eso comparto la opinión de uno de sus grandes discípulos, el profesor Carlos Seco Serrano, cuando se queja amarga y justísimamente -casi diría que abomina- del comportamiento y las opiniones ingratas de don Juan de Borbón contra el gran maestro de la Historia que se sacrificó por él al actuar por un tiempo como jefe de la causa juanista dentro de España. Con perdón de mi amigo Luis María Anson, éste me parece uno de los rasgos más lamentables, incluso repulsivos, del Conde de Barcelona.

Sin embargo, desde mi renovada expresión de respeto, no tengo más remedio que discrepar del profesor Pabón en algunas apreciaciones sobre la legitimidad dinástica; no en sus tesis sobre la Corona de España, que son certeras y profundas, sino en torno a la ley fundamental de la sucesión en Francia. Y no siempre, porque cuando se apoya en Baudrillart confirma plenamente cuanto voy a tomar aquí de Saint-Simon y van Kerrebrouck. Dice también con toda razón que tras los turbiones napoleónicos, Talleyrand impuso a Europa su criterio de que no había otro rey posible para Francia que Luis XVIII de Borbón, el que luego fue artífice de la Restauración. Y daba como motivo que ninguna otra persona encarnaba la **legitimidad**, palabra clave para el movimiento histórico que tuvo lugar en Europa desde Waterloo a la revolución de 1848.

Todo ello es cierto. Pero añade Pabón que en la legitimidad renovada de la Casa de Borbón se incluía toda la tra-

dición borbónica: "todas las leyes y normas de la Monarquía francesa", con inclusión de la Ley Sálica plena, o exclusión total de las hembras respecto del trono; la imposibilidad del matrimonio morganático, "porque la posición del príncipe era excepcional en todo; y no podía casarse, como un particular, con quien quisiese, sino con quien conviniese al reino. Y la exclusión del hijo de ese matrimonio morganático, y la posición marginal de los bastardos también estaba en la tesis de Talleyrand".<sup>8</sup>

Con todo respeto para el profesor Pabón creo sinceramente que Talleyrand era la persona menos indicada para hablar de legitimidad después de las devastaciones revolucionarias; y que su idea de la legitimidad no coincide, en la referencia a los matrimonios morganáticos, con las leyes fundamentales de la Casa de Francia. Talleyrand me parece uno de los personajes menos respetables y más abyectos de la historia europea. Servidor de Luis XVI, obispo de Autun, traidor a su Rey y a la Iglesia, miembro regicida de la Asamblea que contribuyó con su voto a la ejecución del rey legítimo, lacayo de Napoleón, a quien trató de traicionar al menos por dos veces, criado oportunista, nuevamente, de los Borbones tras la derrota de Napoleón, este Proteo de la política y el egoísmo tenía sobre la legitimidad la misma idea, en la práctica, que sobre la lealtad y la coherencia.

---

\* Pabón, op. cit. p. 24.



*Luis XIV de Francia impuso a España la dinastía de Borhón y dulcificó para España la ley sálica de Francia; las mujeres podían reinar aunque cuando se agotasen todas las líneas masculinas.*

## LA LEY FUNDAMENTAL DE SUCESION

Para comprender la nueva legislación sucesoria del primer Borbón español, Felipe V., necesitamos fuentes más fiables sobre la legislación fundamental de la Casa de Francia, de la que provenía Felipe de Anjou. Vamos a buscarlas en la obra de uno de los primeros genealogistas franceses de hoy, Patrick van Kerrebrouck, que se remite a las *Mémoires de Saint-Simon*.<sup>9</sup>

**Estas costumbres, superiores a toda ley escrita, han hecho, en nuestro país, una monarquía de bronce que no se deja doblegar desde hace diez siglos, escribía Barbier d'Aurevilly.**

**Para conocer la ley fundamental de la sucesión a la corona de Francia, sigamos a Saint-Simon: "El reino no pertenece como una tierra a un particular, sino que constituye un fideicomiso que se afecta perpetuamente al primogénito, de generación en generación...Un rey de Francia no tiene el poder de disponer de su corona, la cual sigue por derecho y en virtud de ella misma a esa primogenitura de generación en generación... la monarquía no es ni electiva ni hereditaria; es un fideicomiso, una sustitución hecha por la nación a una Casa entera, para que goce de ella y reine sobre ella de varón en varón, nacido o por nacer en legítimo matrimonio, gradualmente, perpetuamente y para siempre, de un primogénito a otro, tanto como dure esa Casa, con exclusión de toda mujer y en cualquier línea o grado que esto se pueda realizar".**<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> *La maison de Bourbon*, cd. del autor, 1967 p. 239s.

<sup>10</sup> P. van Kerrebrouck., op. cit. p. 240.



La ley fundamental de la sucesión regia en Francia, desde Hugo Capeto, una ley no escrita sino emanada del derecho consuetudinario, consiste, pues, según los tratadistas actuales del legitimismo francés (cuyo trabajo genealógico no tiene rival, entre los que conozco) en los puntos siguientes, y sólo en ellos:

1. -Sucesión por primogenitura masculina, con exclusión absoluta de las mujeres, y designación del primogénito vivo de la primera línea, luego de las siguientes hasta que se encuentre un heredero varón. (Ley sálica absoluta) . Según el autor citado esta exclusión total de la sucesión femenina, que viene de los primeros tiempos de la dinastía capeta, fue fijada definitivamente en el siglo XIV. .

2. -El sucesor debe ser fruto, sin excepción, de matrimonio católico y legítimo. Queda excluida del trono toda bastardía.

3. -El Rey debe ser consagrado, para resaltar el origen divino de la Corona.

No existe, pues, en la tradición del legitimismo francés, la menor mención a los matrimonios desiguales o morganáticos; solamente se requiere el matrimonio canónico válido. Los legitimistas franceses de hoy no admiten el divorcio civil, aunque si la anulación canónica.

Todo cuanto acabo de indicar queda confirmado en el estudio *La Maison de Bourbon et l'oeuvre capétienne*, editado en 1987 por el Instituto de la Casa de Borbón en París. El cuerpo de este estudio se dedica a *Lois fondamentales et succession de France* y me parece fundado y convincente, dotado, además, de una importante bibliografía. No nos atañe en este libro aplicar esa doctrina a la actual sucesión a un trono de Francia que no existe más que como recuerdo y como símbolo. Pero desde el punto de vista histórico y jurídico este trabajo me parece cabal.

## LA PRACTICA SUCESORIA DESDE ENRIQUE IV

En virtud de esta ley fundamental el primer Rey propietario de Borbón, Enrique IV, era el primer candidato al trono una vez extinguida la línea capeta de los Valois tras la muerte de Enrique III el 2 de agosto de 1589; pero no pudo acceder a la corona hasta que abjuró del protestantismo y abrazó la religión católica. Pero su genealogía, y su mismo matrimonio, no consistía exclusivamente en la sangre real, como vamos a ver. El ejemplo es capital; se trata del primer rey que pertenece a la Casa de Borbón, de la que proviene la actual dinastía española.

Recorrí los bastiones y las estancias del castillo de Pau en busca de las huellas dejadas en él por Isabel II y su familia cuando llegaron allí después de ser expulsados por los revolucionarios de 1868. Encontré algunos fantasmas de aquel esperpento, que marcó para siempre la mirada triste del príncipe adolescente de Asturias, el futuro Alfonso XII, porque los horrores de la convivencia familiar, disimulados precariamente durante el disfrute del poder, se desataron en el destierro y el infortunio. Poco antes la emperatriz Eugenia de Montijo, esposa del último Bonaparte coronado, había restaurado el castillo con nostalgia borbónica, muy explicable en una hermana de la duquesa de Alba. Y se había preocupado muy especialmente de adornar con banderitas blancas y flores de lis el gran dormitorio de la planta superior donde Juana de Albret, la reina de Navarra y hugonote fanática, había dado a luz al príncipe Enrique el 13 de diciembre de 1553. El apellido Borbón le vino por su padre, Antonio, duque de Vendôme, par de Francia y primer príncipe de la sangre, servidor primero de los Valois en sus campañas contra nuestro Carlos V, convertido luego al protestantismo, reconvertido después a la religión católica y jefe

del ejército católico en la guerra civil de religión. El cambio de credo religioso por conveniencias políticas ya había sido un recurso en la casa de Borbón antes de Enrique IV.

Enrique, conde de Viana, príncipe de Navarra, jefe del partido hugonote en 1569, se proclamó rey de Navarra tres años después a la muerte de su madre, que le había educado en el calvinismo, religión que había profesado también su voluble progenitor borbónico. Naturalmente el rey de España Felipe II, que anteponía la causa de la religión a cualquier razón de Estado, no hubiera consentido un rey protestante en Francia. La nobleza y el pueblo de Francia sabían que el joven rey de Navarra poseía todas las notas de legitimidad para suceder al último Valois. Todas las notas excepto una: su condición de reconocido hereje. Por eso fue la presión de Felipe II, el monarca más poderoso de su tiempo, la que impulsó a Enrique de Navarra hacia la abjuración, que él mismo se encargó de explicar con cinismo característico: "París bien vale una misa". Abjuró en efecto y abrazó la religión católica en la abadía real de Saint-Denis el 25 de julio de 1593 y fue consagrado rey de Francia en la catedral de Chartres en febrero del año siguiente. Felipe II había salvado a Francia para el catolicismo.

Con tal estratagema ocuparon los Borbones el primero de sus tronos en propiedad. Las mujeres de la familia ya habían llegado, como sabemos, a las coronas de Francia y de España en calidad de consortes; y la sangre de Enrique el Bearnés, como se conocía al rey converso de Francia, venía de muchas aportaciones nobles pero no reales. Por ejemplo su abuela materna, esposa de Carlos de Borbón, era Francisca d'Alen<sup>on</sup>, viuda del duque de Longueville; y muchísimos casos más. La vida privada de Enrique IV, como se sabe, transcurrió entre continuos desórdenes y desmanes que le merecieron el sobrenombre de "Vert Galant"

pero el pueblo de Francia exhibió siempre unas inmensas tragaderas para estas minucias, hasta que después de aguantar al más degenerado de sus reyes, Luis XV el Bienamado, guillotiné al mejor padre de familia y más honrado de todos, Luis XVI.

Enrique IV casó primero con Margarita de Valois, la Reina Margot que ha reencarnado en el cine Isabelle Adjani; duquesa de Valois como hija del penúltimo rey Enrique II. Hubiera podido reinar en España pero no en Francia, porque la ley Sálica la excluía del trono al que llegó por matrimonio. La sangre real de Margarita no era de la máxima pureza; como hija de la reina de Francia Catalina de Médicis, riquísima hembra proveniente de una insigne familia de comerciantes florentinos, en una época en que la sangre de mercaderes se oponía por el vértice a la sangre real. Pero Enrique consiguió que el Papa le anulase el matrimonio con Margarita y entonces se casó con otra Médicis, María, princesa de Toscana y dotada de la misma sangre mercantil, aunque ennoblecida por interesadas aportaciones regias, como la de su madre, la archiduquesa Juana de Austria. La familia de Médicis, cuya verdadera sangre fue siempre el dinero, contó con políticos notables y tiránicos, privó de la libertad a la República de Florencia, logró más de una vez el Pontificado, promovió los mejores brotes del Renacimiento y cometió, en conjunto, la más aberrante serie de crímenes que registra para una sola familia la historia de Europa. Su sangre servía, evidentemente, como sangre real; pero no lo era. Pero Enrique IV tuvo la suerte de no contar entre sus contemporáneos con ningún monárquico profesional que le reprochase la dudosa realeza de sus matrimonios.





*Retrato triunfal de Felipe V, primer Barbón de España, (pie derogó la ley de Partida.*

## FELIPE V CAMBIA LA LEY SUCESORIA

Nuestro rey Felipe V de España y las Indias, fundador de la Casa de Borbón española desde 1700, fue designado por el Consejo de Estado y por el testamento de Carlos II en virtud de una precisa aplicación de la Ley de Partida; pero una vez asegurado el trono su preocupación sucesoria le impulsó a derogar la Ley de Partida para implantar en España la ley histórica de la sucesión francesa. Los efectos de este cambio trascendental no se notaron en todo el siglo XVIII y primer tercio del XIX; tres de los hijos varones de Felipe V -don Luis I, don Fernando VI y don Carlos III—reinaron sucesivamente en España. Pero la nueva ley sucesoria impuesta por el primer Borbón actuó como una bomba histórica a distancia cuyo estallido en 1833 provocó una cadena de guerras civiles que empezaron entonces y terminaron en 1939 porque en cierto sentido nuestra guerra civil de 1936 fue también la cuarta guerra carlista.

Felipe V de Borbón se enfrentó a muerte en la guerra de Sucesión de España, provocada por Inglaterra y Austria contra la hegemonía continental de Luis XIV, con el archiduque Carlos de Austria que se proclamó Carlos III de España y fue después emperador Carlos VI. Casó primero con María Gabriela de Saboya, adorada por el pueblo, que ayudó decisivamente a su marido a conservar el trono en la guerra de Sucesión, que fue también una desgraciada guerra civil entre Castilla y los reinos de la antigua corona aragonesa. Felipe V luchó, hasta en el campo de batalla, por su corona; se convirtió en un auténtico español y defendió a España contra las desmesuradas apetencias de su abuelo Luis XIV; consiguió la adhesión del pueblo de Castilla que se echó al campo y a la guerra irregular por él; abandonó en gran parte la presencia europea de España para reforzar la

Monarquía atlántica, "la España de ambos hemisferios" como la llamaría un siglo después la Constitución de Cádiz; frenó en seco la decadencia española y fue el primero de los grandes Borbones que devolvieron a la España del siglo XVIII su rango de gran potencia mundial, aunque el general Franco, nunca supe por qué, llegó a maldecir en bloque al siglo XVIII español, cosa extraña en quien sabía mucha más historia de España de lo que creen sus apresurados enemigos.

Pero no es objeto de este libro hablar de la historia de Felipe V sino de su sangre real y su ley sucesoria. Vamos a ello.

Todos los reyes de la Casa de Borbón en el siglo XVIII, como había sucedido con todos los reyes de la Casa de España y Austria, escogieron a sus esposas, yernos y nuerras entre príncipes y princesas de sangre real, aunque esa sangre se había renovado en otros tiempos, según hemos recordado, con aportaciones poco regias. La primera excepción y por lo tanto el primer problema en este terreno se planteó por el infante don Luis, hermano de Carlos III, como veremos en el capítulo siguiente. Felipe V cambió la ley sucesoria pero como en todo el siglo XVIII, desde el propio Felipe V a Carlos IV, España contó siempre con herederos varones, la serie de nuestros Reyes en aquella época hubiera sido exactamente la misma de haber regido la tradicional Ley de Partida. Aun así conviene presentar la modificación de Felipe V, por los efectos que alcanzó en el siglo siguiente.

La nueva legislación sucesoria de Felipe V tenía dos fines: asegurar la perpetuidad de la Casa de Borbón en España; y tranquilizar a las potencias europeas que temían la unión personal de las coronas de Francia y España, que

hubiera creado con los dos reinos una potencia mundial hegemónica y hubiese roto el equilibrio europeo que se buscaba tras la guerra de sucesión española. El profesor Jesús Pabón ha explicado la complicada trama legislativa de la sucesión en su obra citada. Voy a seguirle.

Felipe V había logrado en España la suficiente adhesión popular, nobiliaria, institucional y eclesiástica hasta el punto que Inglaterra y Austria, en 1712, consideraron ya imposible echarle de España. En ese año se iniciaron los preliminares para la paz de Utrecht, que daría fin a la guerra de sucesión española. Felipe V. renunciaba a la corona de Francia por cédula de 5 de noviembre de 1712. Las negociaciones para la paz -en las que no intervenía Austria, porque el archiduque Carlos se negó a renunciar al trono español- se aceleraron. El armisticio entre España, Francia y Gran Bretaña se había firmado el 19 de agosto de 1712 en París. Inglaterra reconoció a Felipe V de Borbón como rey de España en virtud del tratado de Madrid que se firmó el 27 de marzo de 1713; y el siguiente 11 de abril Francia firmó con Inglaterra y sus demás aliados, excepto Austria, el tratado de Utrecht. España concierta allí mismo la paz con los mismos aliados a partir del siguiente 13 de julio. En el tratado se confirma la separación de las Coronas de Francia y España, a cambio del reconocimiento de Felipe V como Rey de España.

En este contexto - firmada ya su renuncia al trono de Francia, concluida la paz con Inglaterra- Felipe V decide y promulga la nueva ley sucesoria de España que lleva la fecha de 10 de mayo de 1713. Se conoce como *Auto acordado*, porque, a propuesta del Consejo de Estado, mereció la aprobación del Real Consejo de Castilla; y también la de las Cortes, que consagraron la nueva ley -llamada Nuevo Reglamento- como ley fundamental del reino, "con dero-



gación de las leyes y costumbres contrarias". La principal ley a la que se aplicaba esta derogación era, expresamente, la Ley de Partida.

La nueva ley sucesoria de los Borbones no es exactamente la ley sálica, que excluía brutalmente a las mujeres del trono, en todo caso, sin excepciones. Se trata de una ley semisálica; porque -a sugerencia prudentísima del propio Luis XIV de Francia- Felipe V permitía la llegada de una mujer al trono, aunque una vez agotadas las líneas masculinas.

**Sin embargo de la Ley de Partida...a fin de conservar en la sucesión la agnación rigurosa, fuesen preferidos todos los descendientes varones por la línea recta de varonía a las hembras y sus descendientes, aunque ellas y los suyos fuesen de mejor estado y línea...**

**Y siendo acabadas íntegramente todas las líneas masculinas del príncipe, infantes y demás hijos y descendientes míos legítimos varones de varones, y sin haber, por consiguiente, varón agnado legítimo y descendiente mío en quien pueda recaer la corona según los llamamientos anteriores, suceda en dichos Reinos la hija o hijas del último reinante varón agnado mío en quien feneciese la varonía y por cuya muerte sucediese la vacante.<sup>11</sup>**

El Auto Acordado o Nuevo Reglamento adquirió fuerza de ley al ser publicado por Felipe V. Se incluyó en la colección legislativa vigente, y en ella permaneció incluso después de su derogación secreta en Cortes por Carlos IV, que no publicó la Pragmática correspondiente y dejó con ello

---

<sup>11</sup> J. Pabón, op. cit. p. 38; y 242s.

plateado para el futuro el espantoso problema dinástico que la familia real española sólo quiso solucionar con una guerra civil sangrienta, intermitente y secular. Pero antes de esa Pragmática secreta hemos de analizar otra, la de Carlos III, que ha alimentado también graves conflictos de futuro, hasta nuestros días. La derogación de la Ley de Partida por los Borbones que habían llegado con ella al trono de España, y su restauración secreta y luego traumática por Carlos IV y su hijo Fernando VII fueron actos explosivos a distancia, cuyas consecuencias trágicas no pudieron imaginar los Borbones que promovieron los cambios.

## CAPITULO 4

### LA FEMENTIDA PRAGMATICA DE CARLOS III

## CAPITULO 4

### LA FEMENTIDA PRAGMATICA DE CARLOS III

## CAPITULO 4

### LA FEMENTIDA PRAGMATICA DE CARLOS III

#### LA INFANTA GANO EL REFERENDUM DE TELE5

Una tarde de marzo de 1995 me llamó el escritor Fernando Gracia, que acababa de publicar una biografía de la Infanta Elena (a la vez que la periodista de ABC Clara Isabel de Bustos) para anunciarme una sesión del programa que dirige con tan anchísimo éxito mi siempre joven amigo Julián Lago en Telecinco, *Por hablar que no quede*. Las dos biografías son interesantes; y a propósito de la suya me dijo Fernando Gracia que Julián Lago, uno de los creadores (que ya es mucho) más incisivos e imaginativos de nuestras televisiones (que sobreviven entre la inundación colonial y la bazofia autóctona gracias a la inquietud de personas como él, como Antonio Mercero, a muy excepcionales colaboradores como Jiménez Losantos y Pepe Oneto y a la capacidad de insinuación de algunos (as) presentadores) iba a plantear, una semana antes de la boda de la Infanta, una pregunta tremenda: "¿Puede una Infanta de España casarse sólo por amor?". Fernando Gracia se asombró mucho cuando yo le advertí que mi respuesta era absolutamente afirmativa; porque él, a fuer de monárquico cabal y multigeneracional, pensaba lo contrario y además esperaba que yo defendiera su misma posición. Debo decir en su honor que cuando supo que yo estaba, con la Historia en la mano, a favor de la plena libertad de la Infanta y del mantenimiento, tras su boda con Jaime de Marichalar, de





*Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, empeñada en conquistar para sus hijos principados en Italia.*

los derechos sucesorios (nada menos que el número dos tras el Príncipe de Asturias) el conocido periodista y escritor me invitó, en nombre de Julián Lago, a participar en el programa.

Tuvimos mucha suerte; la cuestión era muy sugestiva ante la desbordante expectación que se había creado en torno a la boda de la Infanta; y además ésa era una de las frecuentes noches bobas de nuestras televisiones, que fuera del programa de Lago exhibían sus habituales tostonazos y la enésima repetición de películas ajadas. Cuando Natalia Escalada me revelo después la cifra estimada de audiencia, que era enorme, me quedé de piedra. Un tercio de los españoles en edad televisiva nos había visto y escuchado.

La verdad es que aquello no fue el desarrollo de una pregunta oportunista sino todo un referendum. Antes de que empezara la sesión el selecto público presente, formado casi totalmente por universitarios jóvenes, contestó a la pregunta; el sesenta por ciento dijeron sí, el treinta no. Los chicos estaban a favor de la libertad plena de la Infanta y de la conservación de sus derechos. Entonces empezó el debate, tras el cual volvieron a votar los presentes y se dio cuenta de más de cincuenta mil llamadas del auditorio lejano. Ya podía aprender el Ministerio del Interior a cuantificar de forma tan fulgurante un resultado electoral. Luego contaré la cifra definitiva.

Me pareció un honor participar en ese debate, por la calidad de los expertos que acudieron a la llamada de Lago. Gabriel Cisneros, ponente de la Constitución en el Congreso y yo mismo (perdón por la jactancia, que no es eso, sino credencial) que fui entonces vicepresidente de la Comisión Constitucional del Senado (que estudió y enmendó seriamente el título sobre la Corona) aportamos el punto de vista

constituyente; y coincidimos en que la única norma sucesoria vigente hoy es la Constitución de 1978, en cuya disposición derogatoria número 3 se dice: "Asimismo quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo establecido en esta Constitución". Las condiciones que establece la Constitución en el título II, de la Corona, no incluyen exigencia de sangre real en el o la cónyuge del sucesor, sino que en el art. 54.4 se dice:

**Aquellas personas que teniendo derecho a la sucesión en el trono contrajeran matrimonio contra la expresa prohibición del Rey y de las Cortes Generales quedarán excluidas de la sucesión a la Corona por sí y por sus descendientes.**

Así completado en el párrafo siguiente, número 5:

**Las abdicaciones y renunciaciones y cualquier duda de hecho o de derecho que ocurra en el orden de sucesión a la Corona se resolverán por una ley orgánica.**

Faltaban unos días para la boda de la Infanta Elena. No se había producido, ni se produjo después, pese a ciertos agoreros más monárquicos que el Rey, prohibición del matrimonio de doña Elena por parte del Rey -que fue padrino de la boda- ni de las Cortes, cuyo presidente asistió a la ceremonia. No se había propuesto aún la ley orgánica a que se refiere la Constitución, al no haber renunciado ni duda de hecho o de derecho por quienes podían dudar eficazmente sobre el caso. Cuando uno de los asistentes al debate trató de interpretar "la voluntad del legislador" contra la libertad de la Infanta le dije, abreviadamente, que el legislador estaba allí; porque tanto Gabriel Cisneros como yo nos declaramos a favor de esa libertad. Lo mismo hizo, con su alta representación, el decano de la Diputación de la Grandeza,

duque de San Carlos. El frente contrario no era despreciable; además de Fernando Gracia lo formaba el profesor Bruno Aguilera, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Extremadura y tal vez el propio Julián Lago, moderador del debate. El historiador y genealogista Jaime de Salazar, me pareció entender, se mantuvo neutral pero favorable a la conveniencia de la renuncia.

El profesor Aguilera, joven, profundo y brillante, había publicado un trabajo muy serio en que aceptaba, no faltaba más, lo dispuesto por la Constitución pero -ahí estaba la clave- mantenía la vigencia del gran fantasma legislativo e histórico que se cernía sobre el caso: la celeberrima Pragmática Sanción firmada por Carlos III el 23 de marzo de 1776 y publicada cuatro días más tarde. En ella, según reza su hermosa portada,

**se establece lo conveniente para que los hijos de familias, con arreglo a las leyes del Reyno, pidan el consejo y consentimiento paterno antes de celebrar esponsales, haciendo lo mismo en defecto de padre a las madres, abuelos y deudos más cercanos, y a falta de ellos hábiles a los tutores y curadores, bajo de las declaraciones y penas que se expresan.<sup>12</sup>**

Ya tenemos, pues, encima a la Pragmática de Carlos III, el argumento supremo de quienes pretenden exigir a los consortes de nuestros Infantes la sangre real, por lo que les prohíben en nombre del "derecho interno de la Casa de Borbón" (cuya existencia ignoro profundamente) y de una

---

<sup>12</sup> Así reza la portada de la Pragmática según la edición de la Novísima Recopilación mandada publicar por Carlos IV en 1805. Edición facsímil del Boletín Oficial del Estado en 1973. La Pragmática se presenta en la Novísima como Ley IX del Libro X del Título II.



Ley enteramente vigente, dicen, los matrimonios morganáticos; término que hasta una autoridad tan reconocida como el profesor Pabón atribuye a la Pragmática, donde no asoma por parte alguna.

El problema está en la Pragmática, la clave está en la Pragmática. Vamos ahora mismo a discutirla, porque el profesor Aguilera mantuvo en el debate la tesis de su estudio: la Constitución no deroga a la Pragmática porque sólo suprime las leyes que "se opongan a lo establecido en esta Constitución"; y según el reconocido especialista, la Pragmática no se opone a lo establecido en la Constitución, que implícitamente la acepta en virtud del art. 57, donde se declara a don Juan Carlos I "legítimo heredero de la dinastía histórica" en virtud de la "enmienda Satrústegui" que fue propuesta por el inolvidable Joaquín Satrústegui, senador en 1978 después de haber combatido heroicamente en el bando nacional desde el primer momento de la guerra civil en el frente de Somosierra, precisamente a donde se dirigía don Juan de Borbón en pleno verano de 1936 para unirse al grupo de monárquicos que defendían aquel paso. Luego se desencantó de Franco y se convirtió en líder del ala liberal y democrática del juanismo, contra la mayoría de los consejeros de don Juan que, como don Juan, habían hecho expresa confesión antiliberal y antidemocrática, entre ellos don Luis María Anson, por más que ahora parece haber olvidado esa interesante circunstancia.

Es decir que los caballos de batalla para nuestra discusión -la del debate en Telecinco y la de este libro- son la Pragmática de Carlos III y la "enmienda Satrústegui". Vamos inmediatamente a dar cuenta de ellas, por su orden, pero antes he de explicar por qué he llamado a la Pragmática "fementida". Según el segundo significado del término que apunta el Diccionario: "engañosa, falsa". Lo que es.



*Carlos ///, déspota ilustrado que fomentó la regeneración de España, expulsó a los jesuitas y dictó en 1776 la fementida Pragmática que acaba de morir en 1995 por tercera y última vez.*

Volveré sobre el asunto, pero el lector ya ha adivinado de qué hablo. La finalidad esencial de la Pragmática se reproduce, sin duda alguna, en el título que quiso darle Carlos III y que acabo de copiar: se trata de una ley para regular lo que debe hacerse con los hijos (los hijos de vecino, todos, sin mención principal a los hijos de los Reyes) cuando se comprometen en matrimonio sin el permiso de los padres o tutores. Nada más. La Pragmática se presenta, pues, como una disposición de Derecho privado, no como una ley sucesoria de Derecho público. Por eso es falsa y engañosa; porque luego el Rey cuele en ella, de matute, como quien no quiere la cosa, un precepto sucesorio que nada tiene que ver con la finalidad proclamada en las primera página de la ley. Si esto no es falacia y engaño, que venga Dios y lo vea.

Julián Lago, que es un moderador experto y templado, se ponía muy nervioso cada vez que yo tomaba la palabra para lanzar una andanada contra la Pragmática. Pero como es hombre justo y cabal me permitió decir lo esencial. Por motivos polémicos -aquello era un debate con millones de espectadores- me permití un recurso un tanto espectacular. Creo ser uno de los poquísimos españoles que se ha leído las innumerables y plúmbeas páginas de la Pragmática; lo hice en la Biblioteca Nacional, sección de raros, donde se conserva la edición facsímil. No me dio tiempo a fotocopiarla para exhibirla en el debate y por eso saqué ante las cámaras otra Pragmática muy próxima del mismo Rey, la de 1767 por la que expulsaba arbitraria y estúpidamente a los jesuitas de todos sus reinos, lo que contribuyó en gran medida a la pérdida de las Indias. Mi amigo Julio Guasch, que posee un exquisito humor británico, la fotocopió profusamente y la envió como felicitación de Navidad a todas sus amistades. Yo esgrimí la Pragmática de los jesuitas y pregunté si alguien sabía la fecha de la derogación. Puede que me equivoque pero me temo que nunca ha sido derogada;

pese a lo cual, afirmé, los jesuitas viven felizmente, aun entre ciertos problemillas con la Santa Sede desde 1965, en su casa de Maldonado 1 y las demás residencias y colegios de estos reinos. Es decir que la Pragmática de los jesuitas es hoy un puro anacronismo; lo mismo le sucede, en mi opinión, a la fementida Pragmática de la sucesión, que debería llamarse del permiso paterno para los hijos de vecino. Desde el bando adversario -que no enemigo- se reconoció el anacronismo de la pragmática que yo exhibía; pero se mantuvo la vigencia de la otra. Porque sí.

Jaime Peñafiel, el arrebatador periodista dinástico, que sabe además muchísima Historia y rebosa de sentido común, intervino agudamente en el programa para decantar su experiencia de mil y una bodas reales. Me reconfortó que se mostrase muy favorable a las tesis de la libertad; que además aplicó al príncipe Felipe, por cuyo matrimonio siente urgencias muy explicables, como les sucede a muchos españoles.

Terminó el debate y Julián Lago convocó a nueva votación. En hora y media de acerbos y educadas discusiones los defensores de la libertad de la Infanta logramos aumentar un diez por ciento de votos entre los universitarios presentes; que ahora nos dieron el setenta por ciento, casi lo mismo que la abrumadora votación popular inmediatamente publicada. La opinión popular no se había formado con criterios legislativos y formales pero repetía más o menos la votación constitucional en el referendum de 1978. La Infanta Elena había ganado el referendum de Telecinco.

Pero faltaría a la verdad si no expresara aquí una pregunta que me hice aquella noche, y muchas veces antes y después, al comprobar el tesón y hasta la indignación con que los defensores de la Pragmática trataban de forzar la renun-



cia de la Infanta Elena y de coartar la libertad de elección del Príncipe Felipe. ¿Qué puede haber detrás de tanta tenacidad, de tan infundada y anacrónica exigencia, que según parece bebe en muy altas fuentes?

Me consta que el Príncipe Felipe (lo reveló con pelos y señales Fernando Gracia, aunque el hecho contradecía a su tesis) se ha pronunciado públicamente a favor de la Constitución como única norma sucesoria vigente; es decir, a favor de la libertad. Me consta que algunos altos consejeros del Rey, como Sabino Fernández Campo, piensan exactamente igual. Me enteré por fuente segura de que la familia real presenció con interés nuestro debate y no se mostró disgustada por el éxito popular que obtuvo la tesis constitucional. Los resultados están a la vista. No hubo renuncia de la Infanta en los días que faltaban para la boda. El príncipe se casará cuando quiera, y con quien le dé la real gana. Si la elegida es, encima, princesa católica, europea, conecedora de España y bellísima como ilustración de un cuento de hadas el entusiasmo popular llegará el delirio. Por más que será muy difícil superar el delirio sevillano que rodeó a la boda "desigual" -y un cuerno- de la Infanta Elena, en cuyo larguísimo manto nupcial se enredaron los restos de la Pragmática para desaparecer por una alcantarilla de la Historia.

### ENTRA EL INFANTE DON LUIS

Don Luis Antonio Jaime de Borbón y Farnesio es uno de los príncipes más atractivos, fastuosos y originales de la historia española; pero nadie podía imaginar en su tiempo que uno de sus gestos más rebeldes y célebres alcanzaría tanta repercusión en los siglos siguientes incluso en nues-



*Carlos III en atuendo de caza, inmortalizado por Goya. Quiso cazar al infante don Luis con la Pragmática de 1776.*

tros días, al borde del siglo XXI. Fue el décimo y penúltimo hijo de Felipe V, el primer Borbón de España, y sexto de su segunda esposa Isabel de Farnesio; don Felipe había tenido cuatro con su primera reina, María Gabriela de Saboya, cuyo primogénito fue otro Luis que reinó efímeramente como Luis I por abdicación de su padre en 1724; pero murió a los pocos meses y sus padres recuperaron el trono. Tuvo luego Felipe V con María Gabriela dos Felipes más que se malograron; y a Fernando VI, que reinó a la muerte de su padre pero no dejó sucesión de su matrimonio con la feísima y avarienta doña Bárbara de Braganza, de la que estaba profundamente enamorado. Los dos dejaron un feliz recuerdo por los años de paz y buen gobierno que dieron a España y a las Indias.

Felipe V había heredado de los Borbones de Francia una gran capacidad sexual, pero había adquirido sobre ella un notable dominio de raíz moral que le impedía toda expansión fuera del matrimonio. Por eso buscó, en su viudez, un nuevo matrimonio y lo contrajo con una princesa italiana, a quien pintaron como dechado de hermosura (con optimismo excesivo) y como presumiblemente fecunda, en lo que no se equivocaron los consejeros: Isabel de Farnesio, que dio siete hijos a Felipe V, de ellos cuatro varones, por quienes su ambiciosa madre luchó lo indecible para conseguirles un trono en Italia. El primero, Carlos, fue duque reinante de Parma, luego rey de Nápoles y por fin rey de España en 1759, a la muerte de su medio hermano Fernando VI. El segundo, Francisco, murió a los treinta y seis días de nacer. El tercero, Felipe, reinó en los ducados de Parma, Plasencia y Toscana. Y el cuarto fue nuestro don Luis Antonio, nacido en Madrid el 25 de julio de 1727 y que ya se mostró original desde su bautismo, que se celebró el mismo día del nacimiento en vez de retrasarse, como era habitual, unos días. Ya era difícil buscar para él otro trono italiano y ade-

más el infante mostraba tempranas aficiones por la lectura, la música y el ensimismamiento; entonces pensaron sus padres en entregarlo a la Iglesia donde haría brillantísima carrera. A los ocho años de edad se le nombró administrador del arzobispado de Sevilla en cuanto a las temporalidades, es decir que la renta, copiosísima, de aquella sede se cobraba en su nombre. Unos meses después, en diciembre del mismo año, 1735, se convirtió, a sus ocho años, en el cardenal más joven de la Iglesia católica, con el título de Santa María de la Escala; desde entonces se le conoció como el cardenal infante. No habían pasado dos meses cuando el 13 de febrero de 1736, todavía con ocho años, que no pudieron resultar más prósperos, obtuvo el nombramiento de arzobispo de Toledo y primado de España, aunque naturalmente no recibió órdenes sagradas pero sí cobraban sus administradores las rentas toledanas, que eran inmensas; conservaba además las de la sede sevillana, de la que fue nombrado arzobispo efectivo en 1741. Estábamos en pleno Antiguo Régimen, cuya principal característica era la identificación del Trono y el Altar.

De momento parecía que el cardenal-infante adolescente se preparaba bien para el desempeño de altas funciones en la Iglesia española. Consiguió que sus padres le dejaran vivir en el Real Sitio de San Ildefonso de La Granja, creado por Isabel de Farnesio como su retiro predilecto, donde el príncipe y doble arzobispo llevaba una vida ejemplar, dedicada a la meditación, al contacto con la Naturaleza y a las actividades culturales, lectura y música. Aborrecía el boato envarado de la vida cortesana; prefería ante todo la libertad.

Pero tampoco se inclinaba a hacer efectivo su estado eclesiástico mediante la ordenación sacerdotal y episcopal. Era un príncipe ilustrado y deseaba vivir como tal. Asistió con devoción filial a su padre cuando murió en 1746. Para Fernando



VI fue el hermano y consejero predilecto; los dos gozaban con los maravillosos conciertos que organizaba el mejor intérprete de Europa, Farinelli, en el palacio del Buen Retiro. Don Luis renunció a la sede de Sevilla en enero de 1754 y a la de Toledo en diciembre del mismo año. Cuando Fernando VI, privado de su esposa Bárbara de Braganza, que murió en Aranjuez en 1758, agonizaba, cada vez más sumido en la locura, al año siguiente en el macizo castillo de Villaviciosa de Odón, a pocas leguas de Madrid hacia Poniente, don Luis era la única persona que se podía acercar al pobre Rey sin riesgo de sufrir una agresión salvaje.

Murió Fernando VI en agosto de 1759 y su madre Isabel de Farnesio, que ejercía, ayudada por don Luis, la regencia provisional hasta la llegada de su hijo mayor, Carlos III, desde Nápoles, preparó con eficacia la aceptación y jura del nuevo monarca el cual, como había hecho su hermano y predecesor, se apoyó durante sus primeros años de reinado en los consejos de su hermano menor, convertido ya en brillante príncipe seglar e ilustrado. En 1761, con licencia del Rey, compró don Luis Antonio el extenso y rico condado de Chinchón que había recibido del emperador Carlos V don Francisco de Cabrera y Bobadilla en 1520; el condado pertenecía ahora al infante don Felipe, duque de Parma, que se lo cedió a su hermano Luis, ya riquísimo por los años en que había dispuesto de las rentas arzobispales de Sevilla y Toledo. El condado de Chinchón, con sus señoríos anejos, comprendía un extenso territorio en media luna al sur y suroeste de Madrid, con los municipios de Chinchón, Valdemoro y Navalcarnero hasta la aldea de Boadilla del Monte, pueblo de pastores rodeado por bosques centenarios de encinas y grandes pinares que hervían de caza mayor. Allí decidió construir un palacio, sencillo y majestuoso, con jardines de planta versallesca y una hermosa fuente de piedra cuyos planos se deben a Ventura Rodríguez. En él vivía

don Luis sus años más felices, que disfrutó también en otra residencia dentro del señorío, suyo también, de Arenas de San Pedro, en la vertiente sur de la sierra de Gredos y provincia de Avila. Decididamente a don Luis le gustaban los paisajes agrestes y velazqueños al occidente de Madrid, en las estribaciones de las sierras centrales. Hasta la llegada de don Manuel Azaña ningún personaje importante amó tanto aquellas vaguadas.

### DON LUIS SE ENAMORA DE UNA "DESIGUAL"

Caballero del Toisón de Oro desde su infancia, de las órdenes de la corona francesa en 1760, gran cruz de la máxima orden española, creada por su hermano Carlos III con su nombre, comendador de las cuatro órdenes militares de España, el infante don Luis, que jamás había dado un escándalo, se enamoró ardientemente en 1776, cuando iba a cumplir cincuenta años, de una damita noble aragonesa, pero no de sangre real, doña María Teresa de Vallabriga y Rozas, que tenía dieciocho, treinta y dos menos que él; y una belleza serena y profunda, además de grandes aficiones a la lectura, la pintura, la música y la vida retirada que la convertían en compañera ideal para el introvertido e ilustrado infante. Era hija de don José Ignacio de Vallabriga y Español, señor de la casa de Vallabriga en Aragón, capitán de Caballería y de doña Josefa de Rozas y Drummond, condesa de Torrescas, según la acreditada obra genealógica de van Kerrebrouck, ya citada.

Carlos III hizo lo imposible por disuadir de tal matrimonio a su hermano menor. No ciertamente por preocupación sucesoria; entre los trece hijos que le dio su esposa María

Ana de Sajonia, que murió todavía joven poco después de llegar a Madrid como reina de España, desde Nápoles, las cuatro primeras fueron infantas; el primer varón, Felipe, príncipe de Calabria, tuvo que ser incapacitado por locura a los dos años de edad (ladraba a la luna) pero en 1776 vivían el príncipe de Asturias don Carlos (que reinaría como Carlos IV) el infante don Fernando, que había heredado de su padre el reino de Nápoles, el infante don Gabriel, predilecto de su padre y el infante don Antonio Pascual, que tendría una actuación abyecta y desastrosa al comenzar la guerra de la Independencia. El príncipe de Asturias y el infante don Antonio eran notoriamente tontorrones y el sucesor, grandullón y con aficiones bestiales, pegaba, mordía y quebraba los brazos a los nobles de la Corte y sólo se encontraba a sus anchas entre criados de baja estofa, palafreneros y otra ralea, pero nadie pensó en incapacitarle. Don Gabriel era una maravilla de inteligencia y cultura. No era pues por carencias sucesorias, sino porque Carlos III creía indigno de la grandeza de España y de la familia real un matrimonio tan evidentemente desigual. Y tal vez porque el Rey, reprimido sexual como los anteriores Borbones de España (en contraste con el desenfreno de Luis XV y los anteriores Borbones de Francia) se moría de envidia ante la felicidad de su hermano menor por su novia desigual en edad y alcurnia. Y entonces tomó la decisión de llenar lo que creía un vacío legal y preparó con su junta de Ministros una disposición contra los matrimonios desiguales, pero no se atrevió a plantear de frente el problema, sino que lo encubrió artatamente dentro de una ley de derecho privado sobre la necesidad del consentimiento paterno para quienes quisieran matrimoniar en España.

Lo primero que conviene hacer antes de disertar sobre la Pragmática es leerla; me temo que algunos de sus comentaristas, incluso algún ilustre historiador, no la han leído



*Carlos IV hijo de Carlos III. rehabilitó a su tío don Luis por encima de la Pragmática. La derogó formalmente y luego la publicó como si tal cosa en la Novísima Recopilación.*



nunca. Hasta un especialista tan concienzudo como el profesor Jesús Pabón, en una de sus rarísimas insuficiencias, agobiado sin duda por las prisas de entregar, para el servicio de don Juan de Borbón, su ya citado libro *La otra legitimidad*, habla de la Pragmática a través de comentarios de segunda mano (un libro reciente del marqués de Villarreal de Alava sobre la Casa de las Dos Sicilias) y de matrimonios morganáticos en la Pragmática, término que como dije antes no aparece en ella.

## UNA LEY DE DERECHO CIVIL Y PRIVADO

Sin embargo aunque Carlos III pretendía encubiertamente castigar a su hermano don Luis por su proyectado matrimonio de amor, no inscribe la Pragmática de 1776 en el ámbito del Derecho Público (como la Ley de Partida de Alfonso X o el Auto Acordado de Felipe V) sino, con expresa claridad, en el ámbito del Derecho Privado. Y no establece una ley sucesoria, sino una ley general para todas las familias españolas, para todos los matrimonios, con una aplicación (traída por los pelos) a la familia real dentro del conjunto de la Grandeza. Deberían tomar nota de ello algunos audaces periodistas dinásticos y algunos especialistas que subrayan el carácter de la Pragmática de Carlos III como "derecho interno de la Casa de Borbón e incluso "ley fundamental de la monarquía española". Nada de nada, vayamos a la ley.

Ya vimos cómo este carácter privado y civil de la Pragmática se declaraba en el título-portada de la ley, donde se expresa su finalidad esencial. Dice la Pragmática en su apartado I: **Habiendo llegado a ser tan frecuente el abuso de contraer matrimonios desiguales los hijos de familia,**

sin esperar el consejo y consentimiento paterno... mandé examinar esta materia en junta de Ministros con encargo de que, dejando ilesa la autoridad eclesiástica y disposiciones canónicas en cuanto al sacramento del matrimonio, para su valor, subsistencia y efectos espirituales, me propusiese el remedio más conveniente, justo y conforme a mi autoridad real en orden al contrato civil y efectos temporales; tras oír el parecer del Consejo Pleno y conforme a él he tenido a bien expedir esta Carta y pragmática sanción con fuerza de ley que quiero tenga el mismo valor que si fuera promulgada en Cortes.

Por lo cual, y para la arreglada observancia de las leyes del Reino desde las del Fuero Juzgo que hablan en punto a los matrimonios de los hijos e hijas de familia menores de veinticinco años, mando que éstos deban, para celebrar el contrato de esponsales, pedir y obtener el consentimiento de su padre y en su defecto la madre y a falta de ellos el de sus abuelos por ambas líneas.

Queda , pues, claro que la Pragmática se dicta para el ámbito del derecho civil; que no es una ley sucesoria de la Corona sino una ley universal donde se exige el consentimiento paterno; y que los efectos temporales se refieren al incumplimiento de esta condición (el permiso) para el contrato civil. Sigue el apartado II de la Pragmática:

Esta obligación comprende desde las más altas clases del Estado, sin excepción alguna, hasta las más comunes del pueblo, porque en todas sin diferencia tiene lugar la indispensable y natural obligación del respeto a los padres y mayores que están en su lugar, por derecho natural y divino y por la gravedad de la elección de estado con persona conveniente, cuyo discernimiento no puede fiarse a los hijos de familia y menores, sin que intervenga la

**deliberación y consentimiento paterno para reflexionar las consecuencias y atajar con tiempo las resultas turbativas y perjudiciales al público y a las familias.**

Está clarísimo: se trata de una ley general, no de una ley sucesoria; no es una ley votada en Cortes -como sería más que conveniente para regular la sucesión regia, como hizo Felipe V- sino de una especie de decreto-ley, que diríamos hoy, nunca convalidado específicamente en Cortes; y afecta a todos los súbditos del Rey, no sola ni principalmente a la familia real. El apartado tercero señala los efectos civiles del incumplimiento:

**Si llega a celebrarse el matrimonio sin el debido consentimiento o consejo, por este mismo hecho así los que lo contrajesen como los hijos y descendientes que proviniere del tal matrimonio quedarán inhábiles y privados de todos los efectos civiles como son el derecho a pedir dote o legítima y de suceder como herederos forzosos y necesarios en los bienes libres que pudieran corresponderles por herencia de los padres o abuelos a cuyo respeto y obediencia faltaren...**

Continúa el apartado cuarto:

**Asimismo declaro que en cuanto a los vínculos, patronatos y demás derechos perpetuos de familia que poseyeren los contravenientes o que tuvieren derecho de suceder, que sean privados de ellos y así ellos como sus descendientes sean y se entiendan postergados en el orden de los llamamientos...**

Es decir, que siempre dentro del derecho civil, quienes contrajeran matrimonio sin permiso o consejo de sus mayores (según tuvieran menos o más de veinticinco años, como

después se explicara) quedan desheredados de todo derecho sucesorio, para sí y sus descendientes. Este es el punto fundamental. Porque, según el apartado quinto, "si el que contraviniese fuese el último de los descendientes, pasará la sucesión a los transversales".

Los cuatro apartados siguientes añaden algunas matizaciones a lo anterior. En el sexto se dice que "los mayores de veinticinco años cumplen con pedir el consejo paterno para colocarse en estado de matrimonio que en aquella edad no admite dilación...pero si contravinieren, dejando de pedir ese consejo, incurrirán en las mismas penas que quedan establecidas".

El apartado séptimo defiende la libertad de los aspirantes a matrimonio:

**Es preciso preservar al mismo tiempo el abuso y exceso en que puedan incurrir los padres y parientes en agravio y perjuicio del arbitrio y libertad que tienen los hijos para la elección de estado a que su vocación les llama y en caso de ser el de matrimonio, para que no se les obligue ni precise a casarse con persona determinada contra su voluntad.**

Muy importante esta disposición de la Pragmática, que deberían meditar quienes sólo exhiben la ley de Carlos III contra la libertad de elección que defiende, incluso para la familia real, la misma ley. Por tanto, y para evitar estas coacciones -apartado VIII- "decido y mando que los padres, abuelos, deudos, tutores... deberán precisamente prestar su consentimiento si no tuviesen justa y racional causa para negarlo." Pero en el caso de que los padres mantuviesen su oposición dice el apartado noveno que "debe admitirse libremente recurso sumario a la Justicia Real ordi-



naña, el cual se haya de terminar y resolver en el propio término de ocho días." Y para evitar daños a la buena fama, dice el apartado décimo que sólo se puede dar información del acto favorable o adverso, pero no de sus objeciones y excepciones que propusieren las partes para evitar difamaciones de personas y familias".

## LA APLICACION SUBREPTICIA A LA REALEZA

Hasta este punto la Pragmática es una ley general. En los tres apartados siguientes llegamos a lo más emocionante: la aplicación al caso de los matrimonios desiguales de la familia real pero aun entonces se considera el caso conjuntamente con la alta nobleza, la Grandeza y los títulos. No estamos, ni en esos apartados, en una ley sucesoria; y los efectos que van a causarse se inscriben también en el marco del derecho civil.

**XI. Mando asimismo que se conserve en los Infantes y Grandes la costumbre y obligación de darme cuenta, y a los Reyes mis sucesores, de los contratos matrimoniales que intenten celebrar ellos o sus hijos e inmediatos sucesores para obtener mi Real aprobación y si (lo que no es creíble) omitiese alguno el cumplimiento de esta necesaria obligación, casándose sin mi Real permiso, así los contravinientes como su descendencia por este mero hecho quedarán inhábiles para gozar los títulos, honores y bienes dimanados de la Corona y la Cámara no les despache a la Grandeza la cédula de sucesión sin que hagan constar al tiempo de pedirla en caso de estar casados los nuevos poseedores, habiéndolo-**

**se celebrado sus matrimonios precedido el consentimiento paterno y del Rey, sucesivamente.**

Y ahora viene el caso del infante don Luis que había manifestado a su hermano Carlos III la urgencia inaplazable que sentía por casarse con María Teresa Vallabriga; aunque Carlos III sigue enmarcando este caso excepcional (al que sólo falta poner nombre en la ley) dentro del ámbito de la Grandeza y con los efectos en el campo civil:

**XII. Pero como puede acaecer algún raro caso de tan graves circunstancias que no permitan que deje de contraerse el matrimonio, aunque sea con persona desigual, cuando esto suceda en los que están obligados a pedir al Rey permiso, ha de quedar reservado a mi Real Persona y a los Reyes mis sucesores el poderlo conceder, pero también en este caso queda subsistente e invariable lo dispuesto en esta Pragmática en cuanto a los efectos civiles, y en su virtud la mujer o el marido que cause la notable desigualdad quedará privado de los títulos, honores y prerrogativas que conceden las leyes de esos Reinos ni sucederán los descendientes de ese matrimonio en las tales dignidades, honores, vínculos o bienes dimanantes de la Corona, los que deben recaer en las personas a quienes en efecto corresponda la sucesión, ni podrán tampoco estos descendientes de dichos matrimonios desiguales usar de los apellidos y armas de la casa, de cuya sucesión quedarán privados pero tomarán precisamente el apellido y las armas de padre o madre que haya causado la notable desigualdad, concediéndoles que puedan suceder en los bienes libres y alimentos que deban corresponderles, lo que se prevendrá con claridad en el permiso y partida de casamiento.**

**Xm. Conviene también conservar en su esplendor las familias llamadas a suceder de la grandeza... y las de los**

**títulos, a quienes se exige para contraer matrimonio el permiso de la Corona tras el paterno.**

Es decir, para lo que hace al caso de la sucesión regia, que los cónyuges "desiguales" y descendientes de los matrimonios desiguales, aun contraídos con licencia del Rey, permanecen en su plano inferior, quedan privados de la sucesión en las dignidades y bienes dimanantes de la Corona y en primer término de la sucesión a la propia Corona. ¿Y las personas "superiores", en este caso los infantes que contraen con permiso este matrimonio desigual?. No se les priva de su condición y título de Infantes ni de sus bienes; pero sí les afecta lo antes dispuesto sobre efectos civiles para quienes contraigan matrimonio sin permiso; es decir, que según el apartado III quedan excluidos de la sucesión al trono, como sus descendientes. Pero esta exclusión se inscribe dentro de un apartado referido "a efectos civiles", recuérdese.

Por tanto la aplicación de la Pragmática, ley de derecho civil y privado, a la sucesión regia, es indirecta y subrepticia; si en tiempos de Carlos III hubiera existido algo parecido a un tribunal constitucional (cosa impensable en un régimen de despotismo ilustrado) esa aplicación hubiera naufragado inevitablemente. Por eso he llamado fementida a la Pragmática, por falsa, retorcida y engañosa.

## DESTIERRO Y REHABILITACION DE DON LUIS

La Pragmática de Carlos III fue promulgada, como hemos dicho, el 27 de marzo de 1776. El permiso del Rey para el matrimonio desigual de su hermano el infante don Luis se concedió cuando aún no se habían cumplido los dos meses de la ley, el 22 de mayo. Con las duras condiciones que imponía la Pragmática, su joven esposa no llevó las armas de Borbón y los hijos se llamaron con los apellidos de la madre, como si fuesen ilegítimos. El Infante y su familia, además, quedaban desterrados de la Corte de Madrid a perpetuidad y no podrían residir a menos de cuatro leguas de ella. Nada de esto importó lo mas mínimo al Infante, cuyo ancho señorío de Chinchón caía fuera de este límite; desde entonces vivió enteramente feliz con la joven condesa en los palacios de Arenas de San Pedro y Boadilla del Monte, rodeado por su maravilloso monte de caza cuyos linderos orientales coincidían con los límites del destierro. En este hermoso palacio organizó la condesa de Chinchón una pequeña y discreta corte cuyos personajes más relevantes eran Francisco de Goya, que pintó a la familia y el gran compositor italiano Luigi Boccherini, maestro de capilla de don Luis y admirado en toda Europa.

Don Luis Antonio de Borbón murió en Arenas de San Pedro el 7 de agosto de 1785 y su esposa le sobrevivió hasta 1820; los restos de él reposan en el panteón de Infantes de San Lorenzo del Escorial, los de ella en la basílica del Pilar de Zaragoza, la inicua Pragmática les separó después de la muerte. Pero por decreto de 4 de agosto de 1799 (un simple decreto) el rey Carlos IV rehabilitó al infante Luis Antonio, revocó la Pragmática al conceder a los hijos de doña María Teresa Vallabriga el uso del apellido Borbón antes del materno, con las armas de Borbón, les elevó a grandes de



España de primera clase y les reconoció como miembros de la familia real.<sup>13</sup> ¿A qué se debe tanta generosidad?. Es que la segunda hija del infante, doña María Teresa, se había casado dos años antes con don Manuel Godoy, antiguo guardia de corps y ahora Príncipe de la Paz y favorito de los Reyes, sobre todo de la reina María Luisa de Parma, que deseaba tener a su amante como miembro de la familia real. María Teresa recibió de su hermano mayor por cesión el título de condesa de Chinchón que llevó Godoy por matrimonio. Esta es la Triste Condesa de la leyenda goyesca, que fue enterrada en su amado palacio de Boadilla del Monte. La vida de Godoy, su segundo matrimonio con Pepita Tudó y su larga descendencia (que heredó de él el ducado de Sueca y posee actualmente el palacio de don Luis con algunas fincas del antiguo señorío) son apasionantes, pero no son objeto de este libro.

El hijo mayor del Infante don Luis fue también cardenal como su padre pero más en serio; don Luis María de Borbón, arzobispo de Toledo y de Sevilla, también como su padre, perseveró en la Iglesia, juró primero fidelidad al rey intruso José Bonaparte, luego le abandonó y fue presidente de la Regencia en Cádiz en 1809. (Después su primo Fernando VII le destituyó tras rechazar la Constitución que el cardenal de Borbón le presentaba). La tercera hija del Infante don Luis, María Luisa de Borbón y Vallabriga, enterrada también en el palacio de Boadilla, casó con el primer duque de San Fernando de Quiroga que allí le acompaña en el descanso eterno, entre los bosques más hermosos del mundo, que gracias a don Luis y a sus descendientes se conservan casi intactos hasta hoy. Bajo los mismos pinos y

---

<sup>15</sup> Datos sobre don Luis y su familia en P. van Kerrebrouck, op. cit. p. 527s.



*María Teresa de Borbón y Villabriga, la triste Condesa de la leyenda, esposa de Godoy e hija del infante don Luis.*

encinas varias veces centenarias que vieron los paseos a caballo de don Luis y su esposa, y rodeaban el palacio hasta el límite de las cuatro leguas de Madrid, impuesto por Carlos III a su hermano para su feliz destierro, se escriben, no sin emoción, estas líneas. Pero, aunque tarde para don Luis, su sobrino Carlos IV rehabilitó plenamente su matrimonio con lo que asestó un primer golpe de muerte a la Pragmática de su padre. No sería el último.

## LA PRAGMATICA Y LAS CONSTITUCIONES

Carlos IV, pues, dismanteló a la Pragmática de su padre al rehabilitar a la familia del infante don Luis mediante un simple decreto, contra los expresos mandatos de Carlos III. Curiosamente la Ley de Partida, vigente hasta el Auto Acordado de Felipe V en 1713, fue restablecida también por Carlos IV en la solemne reunión de las Cortes celebrada en 1789. No existía razón personal para ello; Carlos IV tenía cuatro hijos varones, Fernando (que sería VII), Carlos, el futuro pretendiente carlista; Felipe, que no moriría hasta tres años después y Francisco de Paula, futuro padre del rey consorte Francisco de Asís. Las Cortes aprobaron el restablecimiento de la Ley de Partida, pero Carlos IV les pidió secreto sobre esta decisión, que dejó sin promulgar y, como vimos, en la Novísima Recopilación de 1805 siguió incluyendo el Auto Acordado de Felipe V. Tan monstruosa incoherencia daría origen nada menos que a las guerras carlistas cuando Fernando VII, que no tendría más que dos hijas, decidió promulgar la Pragmática secreta de su padre en 1830.

La otra Pragmática, la de Carlos III, ha dejado huella en nuestras leyes civiles, incluso el Código Civil en sus suce-

sivas redacciones, pero huella, como vamos a ver, no significa vigencia. Sí se ha mantenido misteriosamente vigente en las costumbres sucesorias (el profesor Aguilera las llama, correctamente, "usos dinásticos") de la Casa española de Borbón y sus tres ramas legítima, paulina y carlista. Como recuerda el profesor Pabón, al eco de la Pragmática se debió la no celebración del matrimonio del pretendiente carlista conde de Montemolín con miss Horsey (y añadamos, a la decepción de miss Horsey que pretendía ser reina, aunque fuera en el exilio). Los descendientes de la Reina Gobernadora María Cristina, viuda de Fernando VII, en su matrimonio con el duque de Riánsares, Fernando Muñoz, hijo de la estanquera de Tarancón, quedaron sujetos a la Pragmática de Carlos III por Real Decreto de 12 de octubre de 1844. Por otro de 1847 se aplicó la Pragmática al matrimonio de la infanta Luisa Teresa de Borbón con el duque de Sessa. Por otros de 1848 y 1867 se excluyó de la sucesión a los descendientes del infante don Enrique, duque de Sevilla, casado con la dama valenciana doña Elena Castellví. Y el 25 de febrero de 1921 las Cortes rechazaron un proyecto de ley por el que se proponía la concesión del título de Alteza real a los hijos del infante don Enrique; la denegación se hizo en virtud de la Pragmática de Carlos III. Es verdad, por lo tanto, que la Pragmática se aplicó en varios casos de matrimonios morganáticos, después del golpe mortal que le asestó el decreto de Carlos IV para rehabilitar a don Luis. Pienso que la Casa Real española prefirió seguir la ley de Carlos III por tradición familiar, fuera de la normativa vigente que también a ella obligaba en virtud de la preeminencia del derecho constitucional, a partir de 1812, sobre los usos dinásticos. Supongo que la Casa Real obró así con el debido consejo jurídico. Lo que

---

M Cfr. Pabón. op. cit. p. 162s.

no me explico, con la Historia y el Derecho en la mano, es tal consejo.

Y es que las Constituciones de la Monarquía española han tratado, desde la primera en 1812, el problema de la sucesión dinástica. Por lo pronto la de 1812 aprobada en Cádiz restableció la Ley de Partida sin la menor mención al Auto Acordado de Felipe V (art. 174); exigió que el Rey fuese hijo legítimo; las Cortes excluirían a personas que sean incapaces o hayan hecho cosas que merezcan perder la Corona (art. 190); la sucesora o reina no podrá casarse sin consentimiento de las Cortes y si lo hace tendrá que abdicar (art. 183); el príncipe de Asturias, los infantes e infantas y sus hijos o descendientes que sean súbditos del Rey no podrán casarse sin el consentimiento del Rey y de las Cortes bajo pena de ser excluidos del llamamiento a la Corona (art. 208). Pero nada dice nuestra primera Constitución de los matrimonios desiguales como causa automática de exclusión. La de 1837 mantiene los mismos preceptos y además exige una ley especial para que el Rey contraiga matrimonio y permita que lo contraigan las personas que sean súbditos suyos y estén llamados por la Constitución a suceder en el trono (art. 48). Tampoco menciona la exclusión morganática de Carlos III. La Constitución de 1845 exige que el Rey antes de contraer matrimonio lo pondrá en conocimiento de las Cortes, que aprobarán por ley las estipulaciones y contratos matrimoniales regios; lo mismo se observará en el caso del inmediato sucesor a la Corona (art. 47). Y ni el Rey ni el inmediato sucesor podrán casarse con persona que esté excluida de la sucesión. Estas normas se mantienen en las Constituciones de 1869 y de 1876; en ningún texto constitucional español se introducen los efectos de la Pragmática de Carlos III, y en todos ellos se derogan las disposiciones contrarias, ente ellas las que se refieren a la sucesión regia, como el Auto Acordado de Felipe V, que



fue ley votada en Cortes; y por ende la Pragmática de Carlos 1H, que ni siquiera pasó por las Cortes.

Esto significa que entre las condiciones sucesorias impuestas por todas nuestras Constituciones hasta la de 1876 y los usos dinásticos restrictivos impuestos por la Pragmática se dio en el siglo XIX (y en el XX hasta la República de 1931) un paralelismo que más bien parece una contradicción. Pabón interpreta que desde Carlos III a Alfonso XIII se ha mantenido la vigencia de la Pragmática de Carlos ni según consta en los reales decretos por los que se excluye a determinadas personas reales de la sucesión de acuerdo con la Pragmática. El experto genealogista don Armando de Fluviá mantiene la tesis de Pabón en su importante artículo *Sobre matrimonios de reyes, príncipes y otros dinastas* publicado en el diario "El País" el 28 de agosto de 1992. En ese artículo cita, además de los que reseña Pabón, otros casos. Es decir que con excepción de Carlos IV, que anuló la Pragmática en favor de la familia de don Luis, los demás reyes sucesores de Carlos III han aplicado la Pragmática de Carlos III al margen de las sucesivas Constituciones de la Monarquía española. Este divorcio, en tema tan importante, de la Corona y la Constitución puede señalarse como símbolo de que nuestros reyes se han saltado la Constitución a la torera cuando les ha venido en gana, lo cual les ha costado la corona en más de un caso, y muy señaladamente a don Alfonso XIII. El primer monarca que ha actuado en el orden sucesorio, desde el matrimonio de su hija mayor, con la Constitución (de 1978) como única referencia, ha sido don Juan Carlos I.

La Pragmática de Carlos III, derogada por Carlos IV, ha podido sobrevivir misteriosamente hasta don Juan Carlos I por lo que sólo puedo interpretar, con la Historia en la mano, como un error de la Casa Real al margen de las suce-

sivas Constituciones vigentes. Pero hay además otra razón de fondo que brota de la propia entraña jurídica de la Pragmática.

Hemos leído a fondo, con el lector, la Pragmática de Carlos III en 1776. Toda ella se inscribe no en el Derecho Público sucesorio, no en la "legislación interna de la casa de Borbón" que a mi modo de ver no existe, ni en el fantasmagórico "Derecho tradicional de la Monarquía" sino simplemente en el Derecho privado, en el Derecho civil. Muy concretamente la exclusión sucesoria del príncipe que contrajera matrimonio desigual con permiso del Rey se hace depender de los efectos civiles anteriormente citados en el apartado III de la Pragmática.

Pues bien, esos efectos civiles vigentes en 1776 no existen hoy. Nuestro Código Civil los tiene anulados desde el 6 de octubre de 1888 en que se dio orden de publicar el venerable texto del siglo XIX en la Gaceta de Madrid. Desde entonces la falta de consentimiento paterno no invalida la sucesión; ni priva al infractor de la legítima.

Desde entonces los menores se emancipan por matrimonio sin que exista otra condición alguna para esa emancipación. Y como todo el fundamento jurídico de la Pragmática de Carlos III consistía en los efectos del derecho civil, según se harta de repetir la propia Pragmática, el Código Civil dejó sin fundamento ni validez alguna a la Pragmática. Quienes la aplicaron después de la vigencia del Código Civil no recordaban esa clave jurídica; se fundamentaban en la rutina histórica, no en la esencia jurídica del documento de Carlos III.

No cabe pues, como hace el señor Balansó, exigir a la Corona que derogue la Pragmática o, como dice el señor

Fluviá, asombrarse si ahora el Rey se "salta a la torera" la ley de Carlos III cuando Alfonso XIII hizo lo contrario al invocar las "Leyes Antiguas". En su momento hablaré de las renunciaciones que, sin el más mínimo poder para ello, exigió Alfonso XIII a dos de sus hijos en 1933. La Pragmática de Carlos III ha dejado de existir hace mucho tiempo. Doña Elena de Borbón se ha casado en 1995 sin perder sus derechos de sucesión a la Corona. Doña Cristina y don Felipe pueden casarse sin más limitaciones de las que exige la Constitución de 1978. El infante don Luis Antonio de Borbón lo hizo con espíritu semejante en el mismo año en que se dictó la fementida Pragmática, 1776, con una estupenda demostración de modernidad, de anticipación y de amor.

## CAPITULO 3

# LA DEGRADACION DE LA CORONA EN EL SIGLO XIX: LA SANGRE REAL DE ALFONSO XII

## CAPITULO 5

# LA DEGRADACION DE LA CORONA EN EL SIGLO XIX: LA SANGRE REAL DE ALFONSO XII

## CAPITULO 5

# **LA DEGRADACION DE LA CORONA EN EL SIGLO XIX: LA SANGRE REAL DE ALFONSO XII**

### FERNANDO VII ¿DESEADO O INDESEABLE?

Por lo visto aquí no había más monárquicos en 1975 que don Luis María Anson y unos cuantos amigos; pero cuando el Rey don Juan Carlos sorteó los terribles obstáculos que se le oponían y afianzó la Corona en la naciente democracia española abundan de forma increíble quienes son más monárquicos que el Rey. A uno de ellos, con influencia suficiente como para decidir las efigies que aparecen en los sellos de Correos, se le ocurrió uno, que estuvo en circulación varios años, con el rostro felón y protervo de don Femando VIL Cada vez que me lo daban para una carta imité a los republicanos profesionales de 1930: lo pegaba cabeza abajo, pese a que, según me advirtió alguien, tan espontánea actitud está prohibida y penada por no sé qué disposición legal.

Una de las grandes desventuras de España en el trágico siglo XIX fue que dos tercios de ese siglo se vivieron bajo la corona abyecta de un rey y una reina que, por más inri, se llamaron Femando (VII) e Isabel. (II). He dedicado a Isabel II y su tiempo una trilogía histórica, pero novelada, que se publicó bajo el título de *El triángulo* (Ed. Planeta) y tengo el proyecto de estudiar documentalmente muy a fondo el reinado de Femando VIL No voy a anticipar aquí



este previsto estudio, sino que debo limitarme a apuntar algunos rasgos para dar cierta continuidad al relato en tomo a las cuestiones que nos ocupan en este libro.

Fernando de Borbón y de Parma, noveno hijo de Carlos IV y la reina María Luisa, nació en el Real Sitio de San Ildefonso de la Granja el 14 de octubre de 1784, reinando Carlos III. Sentía prisas acuciantes por reinar a cualquier precio una vez desaparecidos los hermanos varones que le precedían en la sucesión. Desde la adolescencia mostró un agudo sentido político, en el peor sentido de la palabra; no era ningún imbécil, simplemente malvado y sin escrúpulos. Durante el reinado de Carlos III los grandes políticos reformistas de la Ilustración española se habían impuesto a los reaccionarios; al principio de su reinado, Carlos IV había confiado sucesivamente en los grandes estadistas reformistas de su padre, los condes de Floridablanca y de Aranda, aunque pronto les despidió para entregarse en cuerpo y alma a su favorito, don Manuel Godoy. El reinado de Carlos IV comienza a fines del año 1788, cuando la Monarquía de los Borbones en Francia presentía ya las primeras ráfagas de la Gran Revolución. Todo el reinado de Carlos IV se vio mediatizado por la presencia y la amenaza de la Revolución francesa; no pudo encontrar la nueva Francia, y Napoleón Bonaparte que se hizo con los mandos de la Revolución, un enemigo más incapaz en España que el pobre hijo de Carlos III. Godoy no poseía la más mínima talla para enfrentarse a Napoleón pero no era, ni mucho menos, tan cretino como sus Reyes y a su modo trató de continuar, en tono menor, el talante reformista de los grandes políticos de Carlos III. Pues bien, aun este modesto reformismo para andar por casa que Godoy exhibía pareció al príncipe Fernando peligrosísima aventura; y se erigió, a medida que España se acercaba al año fatal de 1808, en jefe del partido ultra-reaccionario y por tanto mortal ene-



*Así retrató cruelmente Goya a Fernando Vil, verdadero indeseable, aunque se le llamó el deseado.*

migo de Godoy. En ese frente reaccionario formaban dos grandes poderes del reino, la Iglesia y la nobleza, temerosas de que el reformismo ilustrado de Godoy, pese a sus cortos vuelos, les arrebatase una sola brizna de sus privilegios que eran enormes. La nobleza y la Iglesia poseían la tierra; la Iglesia, además, disponía de un aparato fiscal propio -los diezmos- y del único sistema de comunicación pública que existía en España, la tupida red de pulpitos parroquiales y monacales que transmitían de manera oficiosa las noticias de la Corte y el gobierno; y las consignas temblorosas de la intransigencia político-religiosa, el horror a toda reforma y el apego anacrónico al que hoy llamamos Antiguo Régimen, que consistía en la simbiosis completa del Trono y el Altar. Por eso la Iglesia, que dominaba al pueblo y la nobleza, que formaba los cuadros de mando del Ejército y la Marina, cerraron filas tras el Príncipe de Asturias, y en contra del que creían, además de amante impúdico de la Reina, diabólico reformista, don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. (Se trataba de la paz de Basilea, tras la guerra perdida contra la Revolución francesa; ningún principado debería salir de aquella derrota, pero salió).

Después de su gran victoria contra el reino militar de Prusia en 1806 Napoleón decretó el bloqueo total de Europa contra Inglaterra, que acababa de perder las Trece Colonias de Norteamérica. Cerrarle ahora los puertos de Europa era ahogarla irremisiblemente. Las dos zonas marítimas de acceso para el comercio británico eran Portugal y el Báltico. Napoleón decidió apoderarse de Portugal y para ello necesitaba la colaboración de España. Godoy hubo de plegarse y permitió el paso de un gran ejército francés camino de Lisboa a mediados de octubre de 1807. Con ello la Corona de España iniciaba su proceso de degradación y abyección ante el amo de Europa continental.

Fernando VII, viudo de su primera esposa, suplica por carta repugnante a Napoleón que le elija una nueva entre las princesas de su imperial familia. Mientras tanto el príncipe de Asturias, apoyado en su "partido fernandino" trama en El Escorial, donde vegetaba la Corte, un complot para arrebatar el trono a sus padres y acabar con Godoy. El propio Fernando prepara una campaña de propaganda con carteles "espontáneos" en que llamaba prostituta a su madre. Carlos IV, avisado por un cortesano fiel, ordena la detención de su hijo y el registro de sus aposentos, donde se encontraron las pruebas. El complot se desbarata, Fernando denuncia a sus cómplices para salvarse, pide perdón a sus padres y se dedica a preparar la siguiente intentona.

Al comprobar las vergüenzas de la repulsiva familia real de España Napoleón decide expulsarla y hacerse con el reino y con las Indias para su propia dinastía. Se asegura la posesión de varias plazas fronterizas ; envía un cuerpo expedicionario hacia Madrid a las órdenes del mariscal Murat, gran duque de Berg. La Corte española se retira a Aranjuez desde donde Godoy prepara la huida de los Reyes a América, como acababa de hacer con gran éxito la familia real portuguesa. Entonces, el 19 de marzo de 1808, Fernando con su partido desencadena el Motín de Aranjuez, esperpento familiar y político, primer pronunciamiento militar de la historia contemporánea española.

Fernando dirige personalmente la nueva conjura, con el apoyo incondicional del partido fernandino en que se juntan políticos ultras, nobles y militares enemigos de Godoy e influencias masónicas; se cuenta también con la benevolencia de la Iglesia. El motín alcanza sus objetivos previstos. Fernando echa a sus padres del trono y captura a Godoy, a quien carga de cadenas. Se proclama rey Fernando VII y entra en Madrid casi a la vez que el cuerpo francés de ocu-

pación. Este primer reinado de Fernando VII dura hasta el 2 de mayo de 1808.

Para entonces los reyes depuestos y su hijo traidor ya están en Bayona de Francia donde se han reunido con Napoleón. Mientras los madrileños mueren por Fernando VII en el heroico levantamiento del 2 de mayo, Fernando VII y sus padres traicionan a España y en un festival de vergüenzas entregan la Corona de España a Bonaparte, que la transfiere a su hermano José, hasta entonces rey de Nápoles. Unas semanas después el Ejército, la Marina y el pueblo de España se sublevan contra los invasores franceses y contra las autoridades españolas que se han entregado a ellos. Los españoles resisten y al fin vencen al ejército más poderoso del mundo gracias al apoyo de Inglaterra y a la fuerza de un auténtico levantamiento nacional. Las Cortes de Cádiz dan a España su primera Constitución, en la que se restablece plenamente la Ley de Partida.

El prisionero Fernando engaña al propio Napoleón y regresa a España por Cataluña a fines de marzo de 1814. Va penetrando hacia Valencia en una complicada marcha durante la cual recibe nutridísimas adhesiones de la Iglesia, el Ejército y el pueblo, por lo que trama la recuperación del poder absoluto. Cuando le sale al camino el cardenal don Luis de Borbón y Vallabriga, regente del Reino y enviado de las Cortes para ofrecerle la Constitución, Fernando le rechaza, le humilla y al poco tiempo dicta sus decretos del 4 de mayo por los que se anula toda la labor de las Cortes y se restablece, en toda su plenitud, el Antiguo Régimen. Hasta 1820 Fernando gobierna con su camarilla tras descafezar a liberales y constitucionales mediante una selecta represión y con el pleno acuerdo de la Iglesia, la nobleza y los altos mandos militares.



La América española había iniciado su marcha hacia la independencia en 1810, cuando tras la pérdida de Sevilla, capital de las Indias, los españoles de América creían que Napoleón era ya irreversiblemente el dueño de la metrópoli. En 1815 Fernando VII había enviado un gran ejército a Venezuela que gracias a una oleada de apoyo popular restableció la soberanía española en casi toda América del Sur, mientras el gran virreinato de la Nueva España, México, se mantenía fiel a la Corona. Pero la nunca ahogada rebelión de Buenos Aires y la tenacidad de Bolívar reavivaron la rebelión y los virreinos de Sudamérica parecían a punto de perderse cuando Fernando VII preparó una segunda expedición en 1819. La masonería americana y española, al servicio de los intereses imperiales británicos, y combinada con la espantosa corrupción de Fernando y su camarilla terminó con el intento después de la sublevación liberal de Riego en Cabezas de San Juan cuando empezaba el año 1820. Se impuso por fin el pronunciamiento de Riego y quedó instaurado en España de nuevo el régimen constitucional que degeneró en el caos liberal de 1820 a 1823. Fernando se sumó cínicamente a la nueva situación y en cuanto pudo invocó la solidaridad de los reyes europeos y apuñaló al régimen liberal por la espalda. En 1823, gracias a la invasión de un ejército europeo -"los cien mil hijos de San Luis"- Fernando VII recuperó el trono, reprimió de nuevo a los liberales y restauró el Antiguo Régimen durante la "década ominosa" hasta su muerte en 1833.

Casado en cuartas nupcias con su cuarta esposa y sobrina, María Cristina de Borbón, princesa de las Dos Sicilias, Fernando VII seguía sin sucesión en 1830. Su segundo matrimonio con la infanta de Portugal, María Isabel Francisca de Braganza y Borbón, le había dado dos hijas que no sobrevivieron. La Ley de Partida, restablecida por la Constitución en 1812 y recuperada en 1820, se había hun-

dido con la propia Constitución en el nuevo viraje absolutista de 1823. Si Fernando hubiera mantenido la Constitución de Cádiz las guerras carlistas no hubieran estallado nunca pero había declarado a aquella sabia Constitución "fuera del tiempo", derogada, aniquilada. Regía aún el Auto Acordado de Felipe V y la Pragmática de Carlos III, aun maltratada por Carlos IV cuando rehabilitó al infante don Luis. Pero Carlos IV, que había suprimido la ley borbónica de sucesión, el Auto Acordado de Felipe V, en las Cortes de 1789, a las que había asistido el príncipe de Asturias Fernando, mantuvo en secreto la decisión y no la publicó.

Fernando VII tenía hermanos varones; el primero en el orden sucesorio borbónico, Carlos María Isidro, ardía en deseos de ceñirse la Corona con el pleno apoyo de la Iglesia y los sectores más reaccionarios del Ejército y la nación; era el paladín del Antiguo Régimen, y consideraba a los derrotados liberales como encarnación diabólica. En la primavera de 1830 se confirmó el embarazo de la Reina Cristina. Fernando VII se acordó de la sesión de Cortes de 1789, a la que había asistido como Príncipe de Asturias y el 29 de marzo de 1830 publicó la Pragmática que su padre, Carlos IV, había mantenido en secreto. El 10 de octubre siguiente nació la princesa Isabel, primera hija de María Cristina. La previsión de Fernando VII se vio recompensada; su hija podría reinar (y reinó) como Isabel II en virtud de la misma Ley de Partida que llevó al trono a Isabel la Católica.

Pero el partido absolutista, que ya se llamaba carlista, no se conformó. Sus fuertes apoyos en la Corte aterrizaron a la Reina María Cristina, que invocó a la madre bíblica ante Salomón: "El amor que tengo a esta nación y el deseo de verla tranquila y feliz fue lo que me hizo tomar el ejemplo de la mujer cuyo hijo quería Salomón partir y que ella gritó: No partirle, no matarle, más vale dárselo a la otra



*Por primera vez la realidad superaba al retrato cortesano. María Cristina de Nápoles, cuarta esposa de Fernando VII, era todavía más bella que su retrato.*

entero". De tal actitud surgió el "Codicilo" dado el 18 de septiembre de 1832, firmado por Femando VII enfermo y falto de riego sanguíneo en San Ildefonso de la Granja; el Codicilo, explica magistralmente el profesor Pabón, "en realidad es un Real Decreto que derogaba o anulaba la Pragmática publicada en 1830." Quedaba restablecida la ley semisálica de Felipe V; las hembras debían dejar el paso a los varones. Isabel se quedaba sin trono, Carlos María Isidro accedía a la sucesión.

Desde el 30 de enero de 1832 Femando VII tenía otra hija: Luisa Fernanda. Ahora es el bando anticarlista quien toma la iniciativa; en el fondo la reina y su hermana la poderosa princesa Luisa Carlota se inclinaban a un liberalismo templado por oposición a las ideas absolutistas de don Carlos María Isidro. Y la infanta Carlota corrió desalada desde Madrid a la Granja, ordenó a su cochero que se lanzase a tumba abierta por las Siete Revueltas, se presentó en Palacio, topó con el ministro reaccionario Calomarde, le propinó una de las bofetadas decisivas de la historia de España, le arrancó el Codicilo y lo destrozó como sintiéndose precursora del actual ministerio de Justicia e Interior. Diez días después de la forzada firma del Codicilo la decidida infanta convenció a su hermana para que el Rey ratificase urgentemente la bofetada y así lo hizo por decreto de 1 de octubre del mismo año 1832. El decreto decía sobre el Codicilo: "Es nulo y sin ningún valor, siendo opuesto a las leyes fundamentales de la Monarquía y a las obligaciones que como Rey y como padre debo a mi augusta descendencia". La ley semisálica se hundía de nuevo; don Carlos volvía a quedarse sin trono; la princesa niña doña Isabel, que naturalmente no se enteraba de nada, recuperaba la sucesión.

Don Carlos María Isidro escapó de Madrid camino de Portugal el 16 de marzo de 1833. Ya en seguro protestó

solemnemente por el último vaivén de su hermano y reclamó sus derechos al trono. El Rey doliente se agravó. Ya no modificó sus disposiciones sucesorias. En el Palacio Real de Madrid reinaba la angustia pero también la decisión de mantener a todo trance los derechos de la princesa Isabel. Los médicos obligaron a Fernando VII a recorrer las mal adoquinadas calles de Madrid, atado a un asiento de su carruaje, para ver si se reanimaba con el traqueteo. Naturalmente la prueba aceleró su muerte, que se produjo el 29 de septiembre de 1833. La noticia corrió como la pólvora por toda España. El Deseado indeseable había mantenido hasta el final su trono, aun con pérdida de las Indias, por encima de los regímenes, las ideas y los juramentos. Presentía sin duda que tras él se desencadenaría el diluvio. Cuando el administrador de Correos de Talavera de la Reina supo la noticia del fallecimiento del Rey -ni un minuto antes- proclamó al infante Carlos María Isidro como Rey de España y provocó con ello una guerra civil intermitente que arruinó a la nación y se prolongó, bajo diversas formas virulentas o latentes, hasta el 1 de abril de 1939. Un siglo largo.<sup>15</sup>

## LOS DISPARATES DE ISABEL II

La traumática decisión final de Fernando VII había terminado para siempre con la ley semisálica de Felipe V y las Constituciones del siglo XIX dejaban arrinconada a la Pragmática de Carlos III. La Casa Real de España obedeció en lo sucesivo a Fernando VII en cuanto al restablecimiento

---

<sup>15</sup> Los problemas de la sucesión bajo Fernando VII están explicados luminosamente por J. Pabón, op. cit. p. 40s.



de la Ley de Partida pero hizo caso omiso de las Constituciones vigentes en cuanto al problema de los matrimonios desiguales, hasta que don Juan Carlos I y su familia real han reconocido, en la práctica, la vigencia de la Constitución de 1978 como única norma sucesoria. Sin embargo como la Constitución de 1978 se identifica con la Ley de Partida y con todas las demás Constituciones desde la de 1812 hasta la actual, está claro que la Corona ha escogido por fin el buen camino. No sucedió lo mismo, como ya hemos indicado, con los anteriores titulares de la Corona desde Isabel II a Alfonso XIII, que consideraron, equivocadamente, como vigente a la Pragmática de Carlos III. Con ello me parece que los monarcas posteriores a Fernando VII pretendían resaltar, implícitamente, la preeminencia de la Corona sobre la Constitución, en continuidad con las presunciones de la monarquía absoluta y el despotismo ilustrado e incluso el "derecho divino de los reyes".

Me parece que nadie ha señalado una nefasta consecuencia de esta actitud que don Juan Carlos parece haber interrumpido y cancelado, afortunadamente. Preocupados por no perder, para sus cónyuges desiguales y sus descendientes, los privilegios de la familia real, varios miembros de la familia real española buscaron a sus esposos y esposas entre los propios Borbones; esto sucedió a partir del cuarto matrimonio de Fernando VII (con una sobrina suya, doña María Cristina de las Dos Sicilias) y continuó a través de un auténtico frenesí de endogamias fatales hasta el matrimonio de don Alfonso XII con su prima hermana la infanta Mercedes de Orleans y Borbón. Parece como si la Casa de Borbón, que recuperó en el siglo XIX el trono de Francia con Luis XVIII para perderle con Carlos X; que perdió el trono de España con Fernando VII en 1808 para recuperarle en 1814, volverle a perder con Isabel II en 1868 para volverle a recuperar con Alfonso XII en 1874, se replegaba sobre sí misma,

cerraba las filas familiares para no aceptar a extraños y con ello degradaba biológicamente su sangre hasta envenenarla de forma suicida. Claro que los conocimientos del siglo XIX sobre genética eran muy rudimentarios pero los Borbones de ese siglo deberían haber hecho más caso de las cautelas impuestas a la endogamia por el sentido común y por la normativa de la Iglesia católica. Isabel II ya se llamó de Borbón y Borbón, como su padre Fernando VII, como su madre María Cristina, hija de un Borbón de Nápoles y de una Borbón de España; y encima se casó con su doble primo hermano don Francisco de Asís, hijo del infante don Francisco de Paula (hermano de Fernando VII) y de la infanta Luisa Carlota de Borbón y Borbón, hermana de la reina María Cristina. Puede calcular el lector la cantidad de veces que aparece el apellido Borbón en la genealogía de don Alfonso XII, aunque sólo en teoría; porque el padre "biológico", como se dice ahora, de don Alfonso XII no era un Borbón.

Pero Alfonso XII, hijo de primos hermanos, se casó con su prima hermana Mercedes, hija de don Antonio de Orleans y de una hermana de Isabel II, doña Luisa Fernanda; el envenenamiento genético de la sangre Borbón española se agudizaba. Menos mal que los hijos de Alfonso XII renovaron la sangre del tronco borbónico con la aportación de doña María Cristina de Austria, segunda esposa de don Alfonso. Cuyo hijo Alfonso XIII trató de salir, en su matrimonio, de la degradación borbónica y cayó en una sima más profunda; la sangre aún más envenenada de los Battenberg, como veremos. Su hijo don Juan de Borbón, conde de Barcelona, volvió a casarse con una pariente borbónica, doña María de las Mercedes de Borbón y Orleans; cuyo hijo don Juan Carlos ha buscado también la renovación de su sangre en su matrimonio con una princesa de Grecia cuya estirpe está relativamente, aunque no totalmente alejada de contaminaciones genéticas.

La degradación genética de los Borbones españoles fue

lamentablemente imitada por otras ramas de la Casa de Borbón, especialmente la de las Dos Sicilias; pero me contento con esta evocación genérica, sin descender a detalles que harían interminable esta consideración. Tampoco mencionaré con detalle los matrimonios de la rama carlista en los siglos XIX y XX; nos llevaría muy lejos y después de la Constitución de 1978 tal estudio sólo puede ofrecer un interés teórico.

Isabel II, la hija y heredera de Fernando VII, pudo mantener su trono infantil, bajo la regencia de su madre, la Reina Gobernadora, viuda de Fernando VII desde 1833. Como ha estudiado muy de cerca el profesor Pabón los vaivenes de Fernando VII con sus disposiciones contradictorias en torno a su propia sucesión provocaron una guerra civil -la guerra carlista- y una polémica jurídico-sucesoria que dista hoy de haberse solucionado en el plano teórico, aunque la Constitución de 1978 la ha relegado a la categoría de las disputas bizantinas. Pero en su hasta hoy insuperada biografía de Fernando VII en su época (ed. Espasa Calpe) el profesor Artola, desde una documentada perspectiva liberal, ha establecido sólidamente que la disputa dinástica entre liberales y carlistas es casi enteramente accesorio; porque lo que realmente se debatía en el campo de batalla a partir de 1833 no era una cuestión dinástica sino una divergencia política entre los partidarios del absolutismo (los carlistas) y los que preferían para España un régimen constitucional fundado en formas templadas de liberalismo, que son las promovidas por los llamados cristinos, isabelinos y, en definitiva, liberales. Luego las cosas se complicaron mucho más. Los carlistas evolucionaron a veces hacia el liberalismo, tanto que los partidarios del absolutismo tuvieron que inventarse una nueva legitimidad (la "legitimidad de ejercicio") para evitar los "excesos" de alguno de sus monarcas convertido al liberalismo;



*Isabel II niña y reina; en su primera juventud era bella y llena de vida. La malcasaron y se entregó al más escandaloso desenfreno.*

más adelante el carlismo se ha desintegrado, se ha dividido entre quienes desean mantener íntegramente la Tradición y los que han sacado a luz otro invento, el carlismo autogestionario de izquierdas, es decir el carlismo absolutamente anticarlista, que es el postulado en su última andadura política por el príncipe don Carlos Hugo de Borbón Parma.

También evolucionaron los liberales, divididos entre liberales-radicales o progresistas y liberales moderados o conservadores, pero unidos todos en el respeto a la legitimidad de las decisiones y la sucesión de don Fernando VII.

He tratado a Isabel II, en mis obras anteriores, con inevitable comprensión de biógrafo pero con implacable rigor de profesional de la Historia. A la pobre niña la separaron de su madre, la desfloraron sus propios cuidadores tras educarla pésimamente, la malcasaron, cuando estaba llena de vida y deseos de amar, con su indefinido primo don Francisco de Asís, exquisito personaje completamente inepto para satisfacer a su esposa. El resultado de todas estas aberraciones fue el desenfreno espantoso en que cayó la infeliz Isabel, cuyos alumbramientos logrados, malogrados y abortos hay que seguirlos ante la lista detallada de sus amantes. En mis libros de la trilogía *El triángulo* y en la investigación histórica *La otra vida de Alfonso XII* (Fénix 1994) creo haber establecido con pruebas la lista de esos amantes y la procedencia de los hijos logrados de la Reina. Aun en su tiempo mucha gente llamaba a la primogénita lograda, la Infanta Isabel, *La Araneja*, por su padre putativo, el apuesto militar Ruiz de Arana, futuro duque de Baena; y los bien informados creían saber que las tres infantas Pilar, Paz y Eulalia, eran hijas del secretario de la Reina, el notable político don Miguel Tenorio de Castilla. Por otra parte la documenta-



ción que se conserva en los archivos vaticano y claretiano de Roma sugiere, y más que sugiere, que el padre auténtico del príncipe heredero don Alfonso, que reinó como Alfonso XII desde fines de 1874, era el capitán de ingenieros don Enrique Puigmoltó, de noble familia valenciana.

A mi modo de ver estas paternidades auténticas no tienen el menor efecto jurídico ya que la legislación civil española, inspirada en el Código Napoleón, dictamina tajantemente que "todos los hijos habidos en el matrimonio tienen por padre al marido"; tal precepto es divertidísimo pero sus efectos son inapelables. No existe, por tanto, un problema de legitimidad jurídica en don Alfonso XII ni en sus sucesores. Pero estos hechos biológicos, que considero históricamente demostrados, sí que iluminan de forma definitiva el mito de la sangre real.

Por lo pronto recordemos, por si fuera necesario, que la sangre real es una forma de exclusión; una pretensión de desigualdad; una reclamación que trata de preservar, con base en antiguas tradiciones y creencias, un privilegio para un linaje, una familia. Ya en nuestro tiempo, y para un momento histórico dado, este acotamiento exclusivo -lo que se llama una dinastía- puede resultar útil y conveniente; así lo entendió el general Franco, las Fuerzas Armadas y la mayoría del pueblo español cuando decidieron restaurar la Monarquía en España en 1947, en 1966, en 1969, en 1975 y en 1978. (Lo siento por mi distinguido amigo el señor Anson y su interesante y reduccionista libro *Don Juan*, pero don Juan de Borbón no sólo no intervino positivamente en esa restauración monárquica sino que estuvo varias veces a punto de cargársela). El mantenimiento de la idea y la forma monárquica en el siglo XX no debe confundirse con la idolatría de la sangre real, que es una simple metáfora; y que cuando se la examina a la luz de la verdad

histórica, como estamos haciendo, se convierte en un terrible sarcasmo. ¿Para qué tantas exigencias de pureza genealógica si cuando la sangre de una familia real se reconcentra en sí misma, como sucedió con los Borbones del siglo XIX, se deteriora y se envenena inevitablemente?. ¿Cómo puede agitarse ante nosotros el fantasma de la Pragmática, el culto a la familia borbónica por sí misma, cuando los hijos de doña Isabel II sólo llevan, en casos concretos, la sangre de su padre oficial porque era doble primo hermano de su madre auténtica?. "Lo que tienes de Borbón -le soltó un día de especial enfado doña Isabel II a su hijo Alfonso XII- lo tienes por mí".

Por lo demás Isabel II no tuvo, en su reinado, problemas sucesorios. Alfonso XII, su heredero, educado en la adversidad y el exilio, formó con el liberal-conservador Antonio Cánovas y luego con el liberal-progresista Práxedes Mateo Sagasta un equipo restaurador insuperable. Se ha dicho que de sus dos matrimonios el primero, con su prima hermana doña Mercedes de Orleans y Borbón, fue por amor; y el segundo, con la archiduquesa María Cristina de Austria, por razón de Estado. Es la tesis de una distinguida historiadora, doña María Teresa Puga, cuyos libros sobre esta época me parecen muy interesantes pero no estoy completamente de acuerdo. La boda con la infanta Mercedes fue de amor por parte de Mercedes; don Alfonso la quería, desde luego, pero ni antes, ni durante ni después de su matrimonio le fue ni siquiera mínimamente fiel. Y además este matrimonio fue también de Estado; don Alfonso y Cánovas quisieron anular con él la peligrosa sombra del padre de la novia y tío del novio, don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, que había practicado el juego más sucio de todo nuestro siglo XIX para llegar a convertirse en rey Antonio I, había matado en duelo estúpido a un infante de España, don Enrique, fue principal inductor del asesinato

de Prim, había sobornado a más de media Prensa y a los enemigos de Isabel II para que la derrocasen, quiso subir al trono cabalgando sobre la Revolución de 1868 y no sé cuántos desmanes más. Por su parte el matrimonio de Alfonso XII y doña María Cristina fue, por parte de ella, de amor volcánico y profundo, que no hizo erupción hasta que el Rey murió; y eso que el Rey había distinguido a su segunda esposa con la misma infidelidad que a la primera, aunque se notó más porque duró más tiempo.

Después de Isabel II cualquier mención al dogma de la sangre real, debo confesarlo, me suena a tomadura de pelo y me provoca una hilaridad irreprimible.

## CAPITULO 6

# EL MATRIMONIO MORGANATICO DE ALFONSO XIII

## LA BODA DE LAS HERMANAS Y LAS HERMANAS

## CAPITULO 6

# EL MATRIMONIO MORGANATICO DE ALFONSO XIII

## **CAPITULO 6**

# **EL MATRIMONIO MORGANATICO DE ALFONSO XIII**

### **LAS BODAS DE LAS HERMANAS Y LAS HIJAS DE ALFONSO XII**

Antes de escribir una sola línea más quiero pedir perdón a mis amigos los monárquicos profesionales -lo de amigos no es un tropo, son gente estupenda- por el respingo que les habré obligado a dar al leer el título de este capítulo. Por otra parte esa subespecie, muy respetable y aun admirable, de monárquicos me conocen y saben que si me arriesgo a considerar como morganático el matrimonio de don Alfonso XIII es porque dispongo para ello de argumentos importantes. Así es, y muy pronto los voy a exponer.

Pero antes conviene presentar un apunte sobre las bodas de las Infantas hermanas e hijas de don Alfonso XII. Junto con las hijas de don Alfonso XIII, que citaré luego, y las de don Juan de Borbón constituyen el antecedente próximo e inmediato a la boda de la Infanta Elena.

La hermana mayor de Alfonso XII, la infanta Isabel, nació el 20 de diciembre de 1851, fue dos veces princesa de Asturias; desde su nacimiento hasta el de su hermano Alfonso, y desde la Restauración hasta que la sucedió la infanta Mercedes. Era "extremadamente fea" según el descarnado despacho de un embajador que asistió a la presentación de la recién nacida; muy enérgica y popularísima en Madrid.



Adoraba a su hermano menor, de quien fue primera dama en Palacio tras las Restauración, porque Cánovas retrasó todo lo posible el regreso de Isabel II. En el archivo del Vaticano están las fundadas sospechas sobre su legitimidad "biológica"; su padre putativo, el rey Francisco, nunca le hizo el menor caso, igual que a sus demás hijos presuntos. Quisieron casarla con distintos príncipes, incluido don Amadeo de Saboya, futuro rey atípico de España; y al final la colocaron con su primo napolitano, Cayetano de Borbón, príncipe de las Dos Sicilias, conde de Girgenti y creado, para la ocasión, infante de España. No tuvieron hijos. Alguien podrá pensar que hablar de gafes en un libro de Historia parece poco serio; pero el pobre Girgenti fue el primer gafe de España hasta la llegada de don Amadeo de Saboya, que le superó aunque por poco.

No tengo empacho alguno en detectar la *jettatura* en príncipes y personajes famosos; porque sin tenerla en cuenta queda dañada la objetividad histórica. Valeroso y brillante jefe de Caballería, el conde de Girgenti se lanzó al frente de su escuadrón contra las tropas revolucionarias del general Serrano en el puente de Alcolea; cuando Isabel II supo que le daban el mando de la vanguardia borbónica ordenó preparar activamente las maletas para el exilio. Su suegra le conocía bien. Pese al arrojo de Girgenti el ejército revolucionario venció en aquella batalla decisiva. El conde de Girgenti, cada vez más dado a la melancolía depresiva, se suicidó luego en un hotel de Suiza. Cuando, ya durante la Restauración, llevaron su espada a Isabel II que descansaba en el Alcázar de Sevilla, ordenó entregarla inmediatamente a la Real Armería donde a poco se declaró un devastador incendio. La infanta Isabel dedicó el resto de su vida a obras de caridad y se convirtió en el ídolo del pueblo madrileño. Tanto que el gobierno republicano constituido el 14 de abril de 1931 le permitió quedarse cuanto gustase en Madrid por-



*Alfonso XII en los momentos de la Restauración. Su sangre real "biológica" sólo tiene que ver la mitad con la sangre "oficial".*

que estaba enferma. Se negó la Infanta, salió de Madrid tras el resto de la familia real con una dama de compañía y trescientas pesetas por todo capital. No pudo soportar la pena del destierro y murió en París al noveno día de la República.

La infantita Cristina murió de pocos días y la infanta Conchita, ya menor que Alfonso XII, antes de cumplir los dos años. Tras una descendencia tan enferma y desvalida Isabel II dio a luz sucesivamente tres infantas muy parecidas entre sí y completamente diferentes al resto de sus hermanos: Pilar, Paz y Eulalia, cuya paternidad he revelado en mi trilogía isabelina y he repasado en *La otra vida de Alfonso XII*. Las tres eran muy bellas, inteligentes, animosas y cultas, con demostradas aficiones a la literatura y el periodismo; Pilar no tuvo tiempo por su temprana muerte pero Paz y Eulalia escribieron una copiosa correspondencia (que pienso estudiar algún día como se merece) hablaban varios idiomas, poseían un celebrado don de gentes y altas dotes políticas y se convirtieron en asiduas colaboradoras de ABC, entonces orientado de otra forma; porque si el ABC de las Infantas fuese el actual, sus colaboradores hubieran sido Pablo Iglesias y Fernando de los Ríos.

La infanta Pilar nació en 1861, durante la privanza del secretario de la Reina, don Miguel Tenorio de Castilla, y después de una romántica y frustrada historia de amor murió en el balneario guipuzcoano de Escoriaza poco después de cumplir los dieciocho años. Doña Paz de Borbón (que casi nunca firmaba con el apellido) nació en 1862, también durante la privanza de Tenorio y se casó en 1883 con el príncipe Luis Fernando de Baviera, doctor en medicina, general de Caballería.

De esta segunda línea de Baviera, que se inicia con el

padre del príncipe Luis Fernando, el príncipe Adalberto, casado con la infanta española María Amalia, hermana del Rey Francisco de Asís, se origina la familia de los Baviera españoles, por quienes es difícil no sentir una simpatía bien fundada; en contraste con la inquina absurda que les demuestra un conocido cronista dinástico, por razones jamás explicadas. Porque son unos príncipes sencillos, trabajadores, empresarios, sin que les duelan prendas aunque pertenezcan a la primerísima nobleza y provengan de la realeza europea, con la que están emparentados. De don Fernando y la infanta Paz -un matrimonio de amor que ya presagiaba los nuevos tiempos- nacieron don Fernando, infante de España que se casó con la siguiente hermana de Alfonso XII, infanta María Teresa, el 12 de enero de 1902; al morir, sin hijos, doña María Teresa en 1912 don Fernando contrajo matrimonio con doña María Luisa de Silva y Fernández de Henestrosa, hija de los condes de Pie de Concha y dama preferida de la Reina Cristina, por cuya influencia fue creada duquesa de Talavera e infanta de España, extraordinario ascenso que resulta verdaderamente excepcional. Tuvieron cuatro hijos; el infante Luis Alfonso, el infante José Eugenio, doña Mercedes y doña Pilar, que llevaron el apellido Baviera. Tercera hija del infante José Eugenio es la célebre dama de la alta sociedad española y acreditada empresaria internacional de moda Teresa (Tessa) de Baviera, una de las personas más interesantes de la familia de los Reyes de España. ¿Disminuye en algo el mérito y la categoría de la presente generación de la Casa de Baviera en España el hecho de que sus miembros se hayan casado con personas de la nobleza o del mundo empresarial y que pertenezcan a la aristocracia del trabajo tanto como a la de la sangre?. Hemos comprobado varias veces en este libro las aberraciones y hasta los crímenes en que está mezclada la sangre real. Vamos a volverlo a comprobar ahora mismo.

Los monárquicos profesionales se hubieran sentido felices con el matrimonio de la tercera infanta excepcional, hija de Isabel II, doña Eulalia de Borbón, nacida en 1864, también durante la privanza de don Miguel Tenorio de Castilla. Su hermano Alfonso XII se empeñó en casarla con su primo Antonio de Orleans y Borbón, hijo de la hermana de Isabel II, infanta Luisa Fernanda, y el duque de Montpensier; los novios eran, por tanto, primos hermanos y su sangre borbónica se entrecruzaba de forma inextricable. Eulalia, a quien repugnaba este matrimonio, tuvo que contraerlo el 6 de marzo de 1886, por razón de Estado y la Corte sumida en el luto por el fallecimiento reciente de Alfonso XII. Fue precisamente la sombra de su hermano la que obligó a doña Eulalia a casarse con el degenerado infante de Orleans, duque de Galliera. ¿Por qué se obstinaba Alfonso XII en esta imposición, que permaneció vigente después de su muerte?. ¿Qué misterios encerraba todavía la siniestra figura de Montpensier?.

Este matrimonio que los puristas de la Pragmática hubieran juzgado perfecto registró uno de los más espantosos fracasos en la historia de la Casa real de España. Lo he contado en mi libro anterior *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre*<sup>16</sup> y no voy a repetirlo aquí. La infanta Eulalia ha sido una de las mujeres más importantes del siglo XX y no sólo en España; inteligente, cultísima, diplomática relevante en misiones muy difíciles, bellísima, dominadora de media docena de idiomas, adelantada del feminismo, excelente escritora. El infante don Antonio era el reverso de la medalla: derrochador, amigo de orgías y escándalos, felón, promiscuo y degradado. La infanta Eulalia se fue a vivir con su madre Isabel II que residía casi siempre en París y consiguió

---

<sup>16</sup> Barcelona, Planeta, 1992.





*Retrato de Alfonso XII por Ojeda. Su enfermedad infantil escondida, reactivada por su vida desordenada, anticipó su muerte, (pie fue tragedia para España.*

- en 1900 el divorcio civil pero no la anulación que solicitó al Papa. Publicó un libro resonante con moderadas tesis feministas, se enfrentó a su sobrino Alfonso XIII cuando la amenazó con arrebatarle la dignidad de Infanta y mostró en todo momento una conducta ejemplar. Su hija menor,
- Robería, murió al nacer. El mayor, infante don Alfonso de Orleans, es otra gran personalidad, que merece, como su madre, una gran biografía. Casó con la princesa real de Inglaterra e Irlanda Beatriz de Sajonia-Coburgo, nieta de la Reina Victoria de Inglaterra y tuvo que defenderla de una escabrosa intentona en Palacio que le valió la degradación como Infante de España aunque tal barbaridad fue reparada no mucho después. Pionero de la aviación militar española abandonó la carrera por fidelidad al Rey en abril de 1931; uno de los poquísimos militares (dos docenas) que lo hizo. No se arredró. Pidió y obtuvo trabajo en una multinacional del automóvil donde se elevó a fuerza de valía y tesón hasta el primer nivel. Cuando estallo la guerra civil española abandonó sin vacilar su alto puesto de ejecutivo y vino a la zona nacional donde mandó la Brigada Aérea Hispana y se comportó como un héroe de guerra. Luego representó en el interior de España a don Juan de Borbón ante Franco; los dos se portaron cochinamente con él. Don Juan le despidió como a un lacayo y Franco le cerró el último ascenso.

El hijo intermedio de la infanta Eulalia, infante don Luis Fernando, es una de las figuras más repugnantes y patéticas de la familia real española en este siglo. Salió a su padre. Llevó en París una vida depravada con toda clase de excesos que da vergüenza hasta recordar. Arrastró su nombre y el de España por los antros más vitandos. Se comportó gallardamente frente a los ocupantes alemanes en la segunda guerra mundial y murió en 1945 en medio de la tragedia y el esperpento. ¿A este tipo de príncipes se refie-

ren los monárquicos profesionales cuando exigen a toda costa la sangre real en los matrimonios regios?. No cabe sangre más real que la de este infeliz y degradado infante don Luis. La sangre real no es condición ni necesaria ni suficiente, todo lo más un adorno -cada vez más anacrónico- de tales matrimonios.

### BODA TUMULTUOSA Y DOBLE PROGENIE DEL INFANTE CARLOS CASERTA

Ya hemos citado la segunda boda de una infanta española en el siglo XX, doña María Teresa. Un año justo antes, el 14 de febrero de 1901, se casaba su hermana mayor, la infanta María de las Mercedes, en medio de un fragor de escándalo, pero no de tipo personal sino de enfrentamiento político. En aquella época España, malherida por el Desastre de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, sentía en carne viva los ramalazos de la ofensiva anticlerical en Francia, una virulenta campaña del jacobinismo y la Masonería que fue secundada por los liberales-progresistas y los republicanos en España. Dos semanas antes de que se casara la infanta Mercedes Benito Pérez Galdós, que ya se encontraba al borde del republicanismo, estrenó su dramón *Electro* que concentró todos los entusiasmos demoledores del progresismo andante.<sup>17</sup> El multitudinario estreno de *Electro*, al que asistió, junto a Galdós, don Marcelino Menéndez y Pelayo

---

n Lo he contado en el vol. III de mi trilogía isabelina (*La dama de Montmartre*) Planeta, 1991, p. 442. Ha estudiado la boda d doña mercedes la historiadora María Teresa Puga en *Matrimonios de la Casa real española* Barcelona, Eds. intcmacs. univ., 1995 p. 81.

- (que luego fue crucificado por los ultras) se montó contra dos acontecimientos; el fallo previsible del Supremo en el caso de la señorita Ubao, que según los liberales estaba secuestrada por su madre por inspiración de los jesuitas (una falsedad completa); y la boda de la princesa de Asturias con un príncipe cuyo padre había luchado en el ejército carlista. El prometedor joven político José Canalejas (que tenía en su casa oratorio privado) acababa de declarar la guerra al clericalismo, a lo que le respondió el padre Montaña, erudito historiador y confesor de la Reina Regente, con un trallazo en la prensa cuyo título era el de un libro de Sardá y Salvany: *El liberalismo es pecado*. En el fondo se trataba del choque de la Masonería contra la Iglesia. Era verdad que el padre de don Carlos de Borbón, conde de Caserta, había participado en la última guerra civil como alto mando del ejército carlista. Pero su hijo, don Carlos de Borbón, que llevaba el mismo título, había obtenido la nacionalidad española, nunca había combatido en favor del carlismo sino en favor de España, era, como su hermano, militar profesional y tenía todo el derecho del mundo a casarse con la princesa de Asturias. Pero como tantas otras veces los liberales se mostraron en España tenaces enemigos de la libertad y no se avenían a que las Cortes aceptasen, como exigía la Constitución, el matrimonio de la Infanta. La manifestación tras el estreno de *Electro* inundó Madrid; Galdós fue llevado a hombros hasta su casa por más que el dramón era horrendo. Tres grandes nombres de lo que se llamaría generación del 98, Maeztu (entonces rojísimo) Baroja (futuro colaborador de Franco) y Azorín (futuro subsecretario de mi abuelo Juan de la Cierva) gritaban como energúmenos. *El Imparcial*, portavoz del liberalismo, antecesor preciso del actual diario masónico, exaltó la flojísima obra de Galdós, a la que *La Epoca*, predecesora de la actual revista del mismo nombre, denominó certeramente "dramón jacobino".



*Leí infanta Eulalia, hermana de Alfonso XII y una de las mujeres más interesantes del siglo XX. Adelantada del feminismo, gran diplomática y notable escritora.*



Pero la Reina Regente no se dejó amilanar. Hizo infante a don Carlos Casería, que se casó con la princesa de Asturias con uniforme de comandante de Estado Mayor y sus medallas de la guerra cubana. El Supremo falló a favor de la madre de la señorita Ubao.

El infante don Carlos, Príncipe de Asturias consorte, fue persona queridísima en España y singularmente en Sevilla, donde desempeñó el cargo de capitán general de Andalucía. Luego lo fue de Cataluña, después de haber mandado, entre otras unidades, el famoso regimiento de Húsares de la Princesa. Se negó a prestar juramento a la República y salió para Francia, de donde volvió para sumarse al Alzamiento nacional de 1936.

Casado con doña Mercedes, princesa de Asturias, el 14 de febrero de 1901 en medio del escandalazo galdosiano, don Carlos Casería fue, hasta su muerte en Sevilla el año 1949, un auténtico pilar de la Monarquía española. Durante la primera juventud de Alfonso XIII el infante don Carlos era la referencia obligada para todos los grandes problemas de España, aunque su figura hoy resulte poco menos que desconocida. Tuvo con la princesa de Asturias un hijo, don Alfonso, nacido en Madrid exactamente a los nueve meses del matrimonio de sus padres y "serenísimo señor infante heredero" al trono de España hasta el nacimiento del primogénito de Alfonso XIII en 1907; pero don Alfonso, que luego fue también conde de Casería, nunca fue declarado Príncipe de Asturias, como le había sucedido a su madre la infanta Mercedes, a la cual le concedió el título Sagasta contra la anterior decisión de Cánovas. Cuando ya no era infante heredero, se hizo militar profesional en España, se negó a jurar fidelidad a la República, salió para el exilio y regresó para sumarse al Alzamiento nacional. Desde 1960 se declaró jefe de la Casa real de las

Dos Sicilias; casado con doña Alicia, princesa de Parma, su hijo mayor y heredero es don Carlos, actual duque de Calabria, casado con la princesa Ana de Orleans, hija del conde de París; el rey don Juan Carlos ha designado recientemente a don Carlos Calabria infante de España. Juan Balansó se muestra admirador y partidario de este príncipe de las Dos Sicilias, hoy infante nuestro; y en este caso me siento completamente de acuerdo con él, y con la consideración de "familia real de reserva" que otorga a don Carlos y doña Ana, un matrimonio perfecto de príncipes sencillos y ejemplares que viven de su trabajo y honran sus altas tradiciones.

El infante don Carlos y la princesa de Asturias doña Mercedes tuvieron dos hijos más. Don Fernando murió a poco de cumplir dos años. Doña Isabel Alfonsa, infanta de España, nació en Madrid en octubre de 1904, y se casó en 1929 con Jan de Kanty, conde Saryusz von Zamosc-Zamoiski, (1900-1961) . La infanta Isabel Alfonsa murió en Madrid en 1985. Su madre, la princesa de Asturias doña Mercedes, murió de parto al día siguiente de nacer su última hija.

Si del primer matrimonio del infante don Carlos nació la nueva prole de las Dos Sicilias, del segundo, celebrado en Inglaterra el 16 de noviembre de 1907 con la princesa Luisa de Orleans, hija del conde de París y la infanta Isabel de Borbón y Orleans, ha nacido la rama materna del rey don Juan Carlos I. Don Carlos y doña Luisa, adorados por el pueblo sevillano, están enterrados en la iglesia del Salvador, a donde acudió su bisnieta la infanta Elena en el día de su boda; para ofrecerles su ramo de novia y emocionarse hasta las lágrimas con la Salve rociera que entonó un asombroso coro popular. El primogénito de este segundo matrimonio del infante don Carlos,

don Carlos María, acudió, como otros Borbones de su generación, la anterior y la siguiente, a combatir en el bando nacional de la guerra civil española, donde murió heroicamente frente a Eibar el 27 de septiembre de 1936. Le siguió doña María de los Dolores, casada primeramente con el príncipe Augusto Czartoryski (1937) y ya viuda, con don Carlos Chías y Osorio(en 1950): Tercera hija del infante don Carlos es doña María de las Mercedes Cristina, Januaria, Isabel Luisa Carolina Victoria de Borbón y Orleans, nacida en Madrid el 23 de diciembre de 1910, esposa de don Juan de Borbón, conde de Barcelona y madre del Rey don Juan Carlos I. (van Kerrebrouck). Su hermana menor María de la Esperanza, nacida en 1914, casó en Sevilla en 1944 con don Pedro de Orleans y Braganza y asistió también a la boda de la infanta Elena.



*Victoria Eugenia de España no era de pura sangre real. Su tercer apellido auténtico, el de su abuela, era Hauke; pero su abuela (paterna) dio origen al linaje legítimo, y desigual, de los Battenberg.*

## EL MATRIMONIO DESIGUAL DE ALFONSO XIII

Don Alfonso de Borbón y Austria, Alfonso XIII, nació Rey el 17 de mayo de 1886 y juró la Constitución de 1876 en el Palacio de las Cortes el 17 de mayo de 1902, al cumplir los dieciséis años. Ese día terminó teóricamente, aunque no prácticamente, la Regencia de su madre doña María Cristina de Austria, que la desempeñó, entre gravísimos peligros y amenazas, admirablemente desde la muerte de don Alfonso XII. Me he referido varias veces al reinado de Alfonso XIII y sus principales episodios pero mantengo el proyecto próximo de publicar un estudio más completo, tal vez con el título de *Alfonso y Victoria* porque he conseguido reunir, después de mis libros anteriores sobre el reinado (y especialmente después de mi apunte biográfico de 1992 *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre* (Ed. Planeta) mucha documentación interesantísima sobre ese período, en el que restan, históricamente, muchos cabos por atar. He esperado más de la cuenta para poder consultar la obra magna del profesor Seco Serrano sobre Alfonso XIII aunque me dicen que va a publicarla en colaboración con un historiador atrapado por la política, lo que no es precisamente una garantía seria, por más que la sabiduría y profesionalidad del profesor Seco sí que me parecen una garantía relevante. Veremos.

t

»

¡Cuando Alfonso XIII se acercaba a los veinte años, tras haber superado algunas graves dolencias que le tuvieron al borde de la muerte, la reina madre y toda la nación empezaron a preocuparse seriamente por su matrimonio; mi amigo Jaime Peñafiel, que ahora promueve con justificada urgencia la boda del Príncipe de Asturias, que ya va para los treinta, tuvo entonces numerosos predecesores. Circulaban por la prensa listas de princesas candidatas, se organizaban



votaciones populares y se iluminó una gran esperanza cuando el joven Rey emprendió varios viajes por Europa, para buscar novia, a partir de la primavera de 1905.

En *Victoria Eugenia* he contado, después de recorrer detenidamente lugares y archivos, las circunstancias del encuentro de don Alfonso y la princesa Ena de Battenberg, que en España se llamó, tras su innecesario e injusto bautismo católico, Victoria Eugenia. Después de ese libro he reunido más documentos y he averiguado muchas cosas importantes que reservo para el previsto estudio. Ahora voy a ocuparme brevemente de la genealogía de Alfonso y Victoria.

La ascendencia de don Alfonso XIII, aguas arriba, no presentaba problemas, digamos, heráldicos, hasta el año 1600, fecha del segundo matrimonio de Enrique IV de Borbón, Rey de Francia; y por la ascendencia de la Casa de España-Austria, de la que también provenía, hasta los antecesores de los Reyes Católicos, de quienes ya hemos hablado. Es decir, don Alfonso XIII nacía de tres o cuatro siglos de sangre real impecable, desde el punto de vista de los monárquicos profesionales y los "pragmatistas". Desde el punto de vista de la realidad objetiva, histórica y biológica, las cosas no estaban tan claras; su padre don Alfonso XII era hijo, con toda probabilidad, no del rey consorte de España sino de un apuesto capitán de Ingenieros pero ya dijimos que según la legislación vigente el padre, a efectos sucesorios, era don Francisco de Asís, aunque la madre, doña Isabel II, había afirmado por escrito que no y las pruebas se conservan en el archivo del Vaticano. Por tanto, aunque por parte de don Alfonso XIII su matrimonio era biológicamente morganático, dígame con todo respeto a la dinastía y a la verdad, legalmente se podía considerar como un matrimonio regio en toda regla. He aquí una de las innume-

rabies discordancias entre la Realidad -es decir, la Historia- y el Derecho que tantas veces, pese a mi propia genealogía jurídica de varias generaciones, me suele suscitar tantas reticencias sobre la propia esencia, teoría y práctica del Derecho y la Jurisprudencia.

Por parte de doña Victoria Eugenia el asunto está, incluso jurídicamente, mucho menos claro. Cuando surge el problema en algunos debates radiofónicos o programas de televisión suelo preguntar a mis contradictores quién era la abuela de nuestra reina Victoria Eugenia. Me contestan bastante indignados que la reina Victoria de Inglaterra, no faltaba más. Pero entonces insisto: ¿Y la otra abuela?. Tengo la impresión de que casi nadie lo sabe.

Tampoco sabe nadie dónde está Battenberg, el pueblo que da nombre al linaje de Victoria Eugenia, que nunca estuvo allí, según creo. Battenberg es un pueblecito perdido en las montañas al norte del antiguo gran ducado de Hesse, donde se alza un hermoso pabellón de caza, el Neuburg, construido en 1732, muy frecuentado por el joven y ardoroso príncipe Alejandro de Hesse para sus cacerías. El príncipe, que era abuelo de doña Victoria Eugenia, tercer hijo del gran duque Luis y la princesa Guillermina de Badén, acompañó en su viaje nupcial a San Petersburgo a su hermana María de Hesse, que se casaba con el zarevich Alejandro y reinaría con él en el trono imperial de todas las Rusias. Pero el príncipe Alejandro, destinado a la gran duquesa Olga, se enamoró de una bellísima dama de la zarina, llamada Julia Hauke, (según otros dama de la princesa María de Hesse), plebeya de origen polaco y oscuro; hija de un funcionario y nieta del maestro Hauke, de probable ascendencia judía y casado con la hija de un pastor protestante de Baviera. Un notable investigador, Thorwald, muy fiable en casi todo lo que se refiere a la ascendencia de Victoria Eugenia, cree que

el hijo del maestro Hauke y la hija del clérigo fue el militar del ejército ruso Mauricio Hauke, casado con María Lafontaine y padre de Julia, a quien acogió la familia imperial como educanda cuando quedó huérfana.<sup>18</sup> En resumidas cuentas, Julia Hauke, la abuela de nuestra Reina, era polaca, bellísima y plebeya, aunque su padre adquirió carta de nobleza por su brillante carrera militar.

Alejandro de Hesse prefirió el matrimonio por amor con Julia a ingresar en la familia imperial por su frustrada boda con la gran duquesa. Casó con su amada en Breslau en 1851. La corte de Darmstadt y la de San Petersburgo acordaron el ennoblecimiento de Julia que fue agraciada con el condado de Hauke, y poco después con el condado -y el apellido- de Battenberg para ella y sus descendientes del matrimonio desigual, con el tratamiento de Excelencia. En 1854 el título fue elevado a principado de Battenberg. La descendencia morganática de los príncipes de Battenberg entroncó con varias casas reales de Europa. Los más conocidos son los Battenberg de Inglaterra; nos afectan además a los españoles los de España y los de Grecia.

El hijo mayor de Julia y Alejandro, Luis de Battenberg, obtuvo la nacionalidad británica, hizo brillante carrera en la Marina y llegó a primer lord del Mar hasta la guerra de 1914 donde por su origen alemán hubo de cesar en el cargo. En 1917, con permiso de la corte inglesa, tradujo como Mountbatten su apellido Battenberg. Casado con la princesa Victoria de Hesse, su hija Alicia se casó con el príncipe Andrés de Grecia; son los padres del príncipe Felipe de Grecia que al adquirir la nacionalidad británica tomó el ape-

---

i» Bibliografía sobre la ascendencia de Victoria Eugenia en mi citado libro p. 42.

llido Mountbatten y recibió el título ducal y real de Edimburgo con motivo de su boda con la princesa Isabel, la actual reina de Inglaterra Isabel II. Mis amigos ingleses me insisten en que el príncipe Carlos desea cambiar nuevamente el actual apellido de la familia Windsor por el de Mountbatten, como hizo la reina Victoria de Inglaterra al atribuir a su familia el apellido de su amado príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo para sus hijos; transformado en Windsor por culpa de la confrontación bélica con Alemania. Ya tenemos pues a los morganáticos Battenberg junto a los tronos de Inglaterra y de Grecia; vamos a ver cómo llegaron al de España.

El segundo Battenberg de la primera generación que llevó el apellido después de su madre Julia Hauke fue Alejandro, destinado al trono de Bulgaria por el zar y luego, al fracasar el proyecto, conde de Hartenau por gracia del gran duque de Hesse.

El tercer Battenberg fue el príncipe Enrique, apuesto militar de quien se enamoró la última hija de la reina Victoria, la princesa Beatriz de Sajonia-Coburgo; son los padres de la princesa Ena, futura reina de España.

Ena de Battenberg no era en 1905, cuando Alfonso XIII se enamoró de ella, princesa real de Inglaterra e Irlanda, título equivalente al de nuestras Infantas. Su rango era simplemente el de princesa; su apellido era claramente morganático. Su tío el rey Eduardo VII de Inglaterra la elevó al rango supremo para su boda con el Rey de España. ¿Hasta cuántos apellidos reales debe poseer un príncipe para que su sangre se considere como real?. No he visto fijado ese límite en parte alguna pero no parece exagerado exigir, en pureza "pragmática" al menos ocho, como las grandes Ordenes militares para permitir el acceso a sus candidatos; o un míni-

mo absoluto de cuatro, si queremos ser generosos y permisivos. Pero el primer apellido de Ena era el morganático Battenberg; y su abuela paterna, que la sostuvo en el bautizo anglicano celebrado en Balmoral, ostentaba los apellidos plebeyos de Hauke , Lafontaine y Schweppenhauser. La princesa Ena no era princesa real; su sangre no podía considerarse como sangre real. El matrimonio de Alfonso XIII, aun si pasamos por alto al abuelo paterno biológico de Alfonso XIII, era morganático. Lo que sucede es que el poder de Inglaterra en 1905 y la belleza de la princesa Ena eran tan deslumbrantes que todo el mundo, incluidos los genealogistas y los monárquicos profesionales de la época, que me parecen mucho más inteligentes que los actuales, decidieron olvidar las minucias y acogerse al mito, ya que no a la realidad de la sangre real. El contraste era muy claro con la prima hermana de Ena, la princesa Beatriz de Sajonia Coburgo, enamorada también de Alfonso XIII aunque se casó luego con el infante don Alfonso de Orleans, hijo de la infanta Eulalia. Beatriz, hija de los entonces duques de Edimburgo, era princesa real en toda regla; el infante Alfonso hizo mejor boda que el Rey Alfonso XIII.

## UNA PISTA FALSA SOBRE LA HEMOFILIA

En *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre* creo haber desvelado definitivamente, para la Historia, el misterio de la hemofilia. Todo el mundo sabe que esta terrible enfermedad de la sangre, a la que objetivamente llamo veneno y no por simple metáfora, afectó de forma irreparable a la familia real española nacida tras el matrimonio de Alfonso y Victoria. Pero sobre este problema trágico de la hemofilia se habían prodigado, y aunque ya con menos intensidad



se siguen prodigando, datos y apreciaciones rutinarias y erróneas. Por ejemplo muchos historiadores y cronistas insisten en que la enfermedad provenía de la casa de Hesse y la denominan "enfermedad de Hesse". La confusión es explicable aunque el tronco de Hesse nada tenía que ver con la hemofilia, si bien algunos de sus príncipes contaminaron con ella a su progenie tras sus enlaces con la casa real de Inglaterra. Porque el origen de la hemofilia -como se sospechaba ya en el siglo XIX y se ha comprobado en el XX- era precisamente la familia real de Inglaterra y mas concretamente la propia reina Victoria, cuyas células embrionarias dieron origen a una mutación fortuita en el mismo momento de su concepción.

En el siglo XIX la enfermedad se conocía vagamente e incluso tenía el mismo nombre que hoy pero no estaba tipificada. Cuando la reina Victoria se enteró de los rumores los cortó secamente: "Eso no es de nuestra familia". Su palabra era ley; se descartaron las sospechas hasta que aparecieron, ya después de morir ella, nuevas sospechas que pronto se convirtieron en certezas.

Se han vertido ríos de tinta para "demostrar" que Alfonso XIII conocía la enfermedad latente en la princesa Ena; y que la Reina madre y el gobierno español le avisaron a tiempo sin que él, profundamente enamorado, hiciera el menor caso. Otros acusan al rey Eduardo VII de Inglaterra y al gobierno británico de no haber avisado a don Alfonso. Otros, todavía más audaces, describen con todo lujo de detalles, apoyándose en un presunto testimonio "de un miembro de la familia real" al que no citan, que la enfermedad se descubrió en el primogénito recién nacido de Alfonso XIII, don Alfonso, príncipe de Asturias, cuando a poco de nacer se le practicó la circuncisión y a punto estuvo de desangrarse... Todo son fantasías morunas o mejor



*Alfonso XIII y su hijo hemofilia), Alfonso, Príncipe de Asturias. Una de las figuras más patéticas en la historia trágica de la casa de Borbón.*

judaicas, porque el rito de la circuncisión en la familia real se remomtaba, dicen los audaces, a la tradición regia de la Edad Media, iniciada por médicos judíos de la Corte castellana. Pues no.

La hemofilia -hoy lo sabemos- es una enfermedad de la sangre definida (1989) como "afección hemorrágica hereditaria debida a la disminución o ausencia de un factor de coagulación llamado antihemofilico". Se conocen dos de estos factores, el A y el B, que dan origen a dos tipos de hemofilia. Estos factores no se conocieron suficientemente hasta 1954. Cuando analicé los datos disponibles para mi biografía de Victoria Eugenia consulté a los dos especialistas españoles más relevantes en Hematología -catedráticos de la asignatura- y a las fuentes más acreditadas. Llegué a la conclusión de que sólo hasta 1911 se establecieron los criterios principales para la detección de la enfermedad. Fecha que curiosamente coincide con la llegada a Europa occidental de algunos eminentes médicos rusos que habían tratado al zarevich Alexis, hijo de los zares Nicolás y Alejandra, ella nieta de la reina Victoria de Inglaterra y prima hermana de la reina Victoria Eugenia de España. Los médicos rusos habían intentado en vano curar al pobre heredero del trono, hasta que les expulsó el aventurero y curandero Rasputín que, según su testimonio, conseguía por medios mágicos o parapsicológicos aliviar e incluso curar temporalmente la enfermedad del príncipe. El testimonio de estos médicos fue capital para la tipificación de la enfermedad. Pero el príncipe de Asturias don Alfonso había nacido en 1907, cuando incluso la comunidad médica desconocía las claves de la hemofilia. El archivo de Palacio, en Madrid, es sumamente minucioso y no se encuentran en él vestigios de la fantasmagórica circuncisión. Las primeras referencias a estudios serios sobre la enfermedad de don Alfonso llevan fecha más tardía, 1917;

los primeros análisis de sangre en busca de la enfermedad son de los años veinte. Ni Alfonso XIU, ni la princesa Ena, ni las Cortes ni los gobiernos de Inglaterra y España sabían una palabra sobre la enfermedad de la princesa Ena, porque esa enfermedad estaba aún por tipificar. Así lo declaré en la BBC la semana anterior a la boda de la infante Elena, ante el asombro de mi gentil interlocutora, Judith Bunting, que me citaba el "testimonio" del embajador de España, marqués de Villaurrutia, como presunto conocedor e informante de la enfermedad que afectaba a la princesa Ena. No hay uno solo documento en los legajos de la embajada de España en Londres, que revisé minuciosamente, en prueba de esa presunción. El buen embajador Villaurrutia estaba convencido de que el rey de Inglaterra Eduardo VII se empeñaba en retenerle en Londres por sus relevantes dotes diplomáticas pero la verdad es que el libertino monarca estaba prendado de la hermosa marquesa de Villaurrutia y por eso se resistía a perder al embajador. Sólo consintió en el relevo cuando comprobó que ella no se dejaba.

Sabido es que los varones padecen la hemofilia pero no la transmiten; las mujeres no la padecen pero la transmiten. Por supuesto que el factor hemofílico puede presentarse como dominante (y provoca así la enfermedad declarada, con diversos grados de gravedad) y recesivo, y entonces queda enmascarado. Los especialistas a quienes consulté, y que estaban además muy preocupados por los problemas históricos de la enfermedad, me indicaron que la hemofilia puede causar, además, otros efectos muy peligrosos aparte de la dolencia principal, es decir la dificultad de coagulación en la sangre, que puede convertir en derrames internos o externos, incluso mortales, lo que para una persona normal serían sencillas heridas o hematomas.

Entre los hijos e hijas de don Alfonso y doña Victoria padecieron la hemofilia el mayor, don Alfonso y el menor, don Gonzalo. El segundo, don Jaime, no era hemofílico ni sordomudo de nacimiento, como se ha dicho; la sordomudez le vino de una terrible trepanación que hubo de experimentar con los medios de entonces, mucho más rudimentarios que los actuales. El infante don Juan de Borbón, gracias a Dios, no padecía la hemofilia y por tanto no la pudo transmitir a sus hijos ni a la actual familia real española.

La plaga de la hemofilia deterioró las relaciones, pésimas desde los pocos meses de matrimonio, entre don Alfonso y doña Victoria. La hermosísima princesa de Inglaterra fue recibida por los españoles con una bomba que a poco la mata en la calle Mayor al volver a Palacio desde la boda en los Jerónimos. En las crecientes desavenencias del matrimonio la culpa mayor corresponde, según testigos directos de quienes me fío totalmente, al comportamiento, verdaderamente inicuo, del Rey de España; sobre esto no me queda duda alguna. Este desvío no debe atribuirse primariamente a la hemofilia, de la cual nada se supo en la familia real hasta varios años después del nacimiento del príncipe Alfonso; parece que se la detectó un ilustre médico y miembro de la familia real, el príncipe don Luis Fernando de Baviera, que le atendió después de un golpe contra una puerta, que le produjo un hematoma con grave derrame interior. Insisto en que lo de la circuncisión es una filfa.

La sangre de los Reyes -aunque en este caso no fuera propiamente sangre real- puede por tanto, en casos extremos como éste, degradarse, contaminarse o envenenarse. Y hablo de la sangre auténtica, no de la metafórica. Por eso me aterra la obsesión de muchos puristas y "pragmatistas" del linaje cuando considero los efectos letales de esa sangre, o de la sangre degradada de los Hannover anteriores a



la reina Victoria de Inglaterra, que sufrieron una espantosa mortandad infantil en su progenie, o de la sangre endogámica de los Borbones de España en los siglos XIX y XX.

En mi biografía de Victoria Eugenia he relatado el triste y en algunos casos - los infantes don Alfonso, don Jaime y don Gonzalo- trágico destino de los hijos e hijas de Alfonso XIII, cuya vida matrimonial fue un desastre, del que él buscaba refugio en una intensa actividad amorosa extramatrimonial. Una de sus amantes más famosas fue la actriz Carmen Ruiz Moragas, que parecía hermana gemela de la Reina Victoria Eugenia y vivía en un hotel al final de la avenida de la Moncloa. La Reina madre se acercaba a veces a mirar a sus otros nietos desde la verja del jardín y no podía reprimir una exclamación: "Están sanísimos, la enfermedad no es nuestra". Como un eco, ahora verdadero, de la negativa de la reina Victoria de Inglaterra cuando alguien le manifestaba sospechas sobre la entonces desconocida hemofilia.

Estas consideraciones me impulsan todavía más para mi proyecto del libro *Alfonso y Victoria*. En él aprovecharé, entre otras nuevas fuentes apasionantes, una auténtica joya histórica y bibliográfica que se debe a la investigación y cuidado de Marino Gómez Santos, notable escritor y primer biógrafo serio de doña Victoria Eugenia. Se trata de la reproducción en perfecto facsímil, realizada por Correos, de las postales enviadas por la princesa Ena al Rey desde que se conocieron hasta que se casaron. En esas cartas Ena se enamoró de Alfonso y muestra perfiles muy profundos y sugestivos de su personalidad, por ejemplo sus preocupaciones religiosas a propósito de su conversión del anglicanismo al catolicismo. La llegada de Ena al trono de España fue una desgracia por el veneno que infundió, sin culpa ni conocimiento suyo, en la familia real española. Pero el

patriota y frívolo Alfonso XIII no se merecía una mujer como ella.

Ahora nos queda analizar el final del reinado de don Alfonso, que se relaciona con los problemas de la sucesión al trono. Vamos a intentarlo en el capítulo siguiente.

## CAPITULO 7

### DON JUAN DE BORBON Y BATTENBERG: REINAR DESPUES DE MORIR

ALFONSO XIII Y LA REINA VICTORIA EMILIA

## CAPITULO 7

### DON JUAN DE BORBON Y BATTENBERG: REINAR DESPUES DE MORIR

## CAPITULO 7

### **DON JUAN DE BORDON Y BATTENBERG: REINAR DESPUES DE MORIR**

#### ALFONSO XIII ABANDONA EL TRONO DE ESPAÑA

El 12 de abril de 1931 se celebraron en España elecciones municipales, que dieron una clara victoria a los monárquicos; se trataba de elegir concejales en los Ayuntamientos de toda la nación, y nada más. Muy sospechosamente la República que salió por sorpresa y truco de aquellas urnas no publicó nunca oficialmente los resultados electorales; el resultado favorable a la Monarquía lo conocemos gracias a la profesionalidad de los funcionarios encargados del siguiente Anuario Estadístico, que publicaron al año siguiente los datos contrastados. Me he referido a las elecciones de 1931 y a la mitología republicana que las envuelve en mi primer libro de esta Editorial, *Los años mentidos*, publicado en noviembre de 1993 y que ya va por la quinta edición.

La madre de don Alfonso XIII, doña María Cristina de Austria, había fallecido en 1929. Abrumado por sus trágicos problemas matrimoniales y por la todavía más trágica situación de sus dos hijos mayores, el Rey vivió tras la muerte de su madre, en quien se había apoyado desde la primera infancia, sumido en cada vez más honda depresión. Su hijo mayor don Alfonso, Príncipe de Asturias, gustaba de rumiar en soledad -la Quinta del Pardo, donde se le instalo una granja- la ruina de su salud, que le afectaba de manera insufrible. El segundo hijo, don Jaime, tra-

taba valerosamente de superar la sordomudez pero estaba claramente disminuido en sus facultades. El hijo menor, infante don Gonzalo, parecía normal, muy inteligente y estudioso, pero, aunque no se supo hasta cuando ya era tarde, escondía también la amenaza de la hemofilia en su sangre juvenil. Sólo don Juan- que estudiaba en la Escuela Naval Militar- y sus hermanas mantenían la esperanza de sus padres.

Alfonso XIII había aceptado el pronunciamiento militar en septiembre de 1923 porque compartía con las Fuerzas Armadas el hartazgo por la absoluta inoperancia de los políticos para resolver los problemas de España. Casi todos los intelectuales, encabezados por el dictador cultural de la época, José Ortega y Gasset, aplaudieron el golpe de Estado militar, y casi toda la opinión pública, incluso el sector popular del Partido Socialista, con Largo Caballero y los sindicalistas de Asturias y Valladolid al frente. Esta inmensa mayoría favorable a la Dictadura es un hecho histórico; sólo la clase política liberal, desahuciada por el pronunciamiento, se retiró recomida por el rencor y dispuesta a la venganza.

La Dictadura del general Primo de Rivera resolvió los principales problemas de España; la guerra de Marruecos, el restablecimiento del orden público degradado y la regeneración económica y social. Se hundió en 1929 por el cansancio del general, por las intrigas de los liberales y por una crisis monetaria más que económica derivada de la gran crisis económica mundial de 1929; la ligerísima depreciación de la peseta que entonces se dio como causa para la caída de la Dictadura nos parecería hoy, con la pobre peseta hundiéndose ante el marco, poco menos que risible.





Don Juan de Borbón (con su hijo el príncipe Juan Carlos en la foto) ni fue jamás rey de hecho ni de derecho pero el más exagerado de sus fieles desea hacerle reinar después de morir. NU. d'lor, r' N'le de JTM

La Dictadura cayó a fines de enero de 1930. El Rey trató de corregir sus efectos volviéndose a la causa; el resentimiento liberal regresó en triunfo, los grandes partidos de la Restauración acabaron de vaciarse y tanto los intelectuales que aplaudieron a la Dictadura como los liberales a quienes echó la Dictadura concentraron sobre el Rey, una vez muerto poco después el dictador, las culpas del fracaso del régimen militar, que no había sido tal fracaso. A lo largo del año 1930 la campaña de difamaciones y el acoso personal al Rey fue in crescendo; las acusaciones más difundidas y creídas eran las de corrupción, que como luego se demostraría resultaron completamente falsas. También se llamaba habitualmente borracho al general Primo de Rivera, que no bebía.

Los grupos republicanos, muy minoritarios, concertaron en el verano de 1930 el llamado Pacto de San Sebastián, del que surgió un Comité revolucionario que sería en abril de 1931 gobierno provisional de la República; el cual organizó un pronunciamiento para mediados de diciembre que abortó en un fracaso total tanto en Madrid como en la guarnición pirenaica de Jaca. Pero la Monarquía vivía sin pulso y hasta ese fracaso la dejó a la deriva.

Había sustituido al general Primo de Rivera el general liberal don Dámaso Berenguer, que trató de "retornar a la normalidad" (la normalidad cuyo fracaso político provocó el golpe de 1923) apoyado en un Gobierno ineficaz, palatino y bancario que no supo defender al Rey. Berenguer pensó restablecer el juego electoral en tres tiempos; mediante la convocatoria de elecciones municipales, luego provinciales y por fin generales, que serían inevitablemente constituyentes. Pero los liberales monárquicos boicotearon el plan en un acto de irresponsabilidad política; y ya entrado el año 1931 se encargó del gobierno el almirante don Juan

Bautista Aznar, "que venía -se dijo- geográficamente de Cartagena y políticamente de la luna". Este gobierno fue el que presidió las elecciones municipales del 12 de abril de 1931.

Algunos colaboradores de otro Aznar, don José María, ante un posible descalabro socialista en las elecciones municipales que se van a celebrar pocos días después de la aparición de este libro, han recordado que en 1931, después de la derrota monárquica en unas simples elecciones municipales, la Monarquía abandonó y se marchó. Algunos esbirros informativos de don Felipe González, que desea la victoria municipal más por motivos de cautela personal que por razones políticas, insisten en que unas elecciones municipales son solamente eso, municipales. Unos y otros merecen suspenso en Historia. Las elecciones de 1931 no registraron una derrota, sino una clara victoria de los monárquicos; aquellas elecciones, en efecto, no se convocaron para cambiar el régimen, si ahora en 1995 perdiera el señor González no cambiará el régimen; con mucho menor motivo debió cambiar en 1931 cuando no se ventilaba el cambio o la permanencia del régimen sino la elección de unos concejales que resultaron en su mayoría monárquicos. Una comedia de errores, la de entonces y la de hoy. Aunque los partidarios del actual señor Aznar harían muy bien, si ganan, en reclamar no un cambio traumático de gobierno sino, como pretenden justamente, la convocatoria de unas elecciones generales. Los republicanos de 1931 tuvieron mucha más prisa, interpretaron su derrota como victoria y no reclamaron elecciones sino que, ante el abandono del Rey, tomaron por asalto el poder.

La mayor culpa la tuvieron los liberales monárquicos que, muy resentidos todavía por la aceptación del Rey a la Dictadura, le convencieron de que habían perdido las elec-

ciones después de haberlas ganado. Las perdieron en la mayoría de las capitales, pero las ganaron en la mayoría absoluta del electorado. Los republicanos contestaban que los votos del campo no valían, los de las ciudades sí. Hay quien repite esa barbaridad antidemocrática incluso hoy. Pero en 1933 el señor Azaña repitió las elecciones en los distritos que habían registrado una inequívoca victoria monárquica en 1931; y la victoria se repitió aunque España ya era una República.

Mi abuelo Juan de la Cierva y el conde de Bugallal fueron los únicos ministros de don Alfonso XIII que en aquella tarde del 14 de abril de 1931, cuando el Rey, deprimido por la muerte de su madre y engañado por los liberales, ya tenía decidido abandonar, le exigieron que defendiera el trono. Mi abuelo era entonces el primer jurista de España y conocía perfectamente la legislación constitucional y las tradiciones de la Casa de Borbón.

**Señor -dijo mi abuelo al Rey- si V.M. desea y puede formar otro gobierno es cosa que está dentro de sus facultades y únicamente corresponde a los demás reservar o exponer su juicio y acatar la resolución del Rey. Pero lo de ausentarse V.M. en la forma que ha expuesto, permítame que diga, con toda lealtad y franqueza, movido por el deber que con España y con V.M. tengo, que no lo puede ni lo debe hacer. Esa ausencia sería la renuncia a la Corona que no es de V.M. más que en un momento histórico, que es de su estirpe; y que por representar a la Institución secular de España, a ella en realidad pertenece. Como estoy seguro de que, si el Rey se va, España cae en el abismo y la Monarquía será barrida por las olas revolucionarias ya tan agitadas; y nuestra civilización se destruiría y se desmembraría la Patria, porque el conglomerado revolucionario se**

**impondría a toda idea de orden y de defensa de la sociedad, yo me atrevo a protestar de tal propósito, como español y como Ministro, me opongo a él, y pido al Rey que se mantenga fiel a la Patria y valerosamente afronte y venza las dificultades actuales.**

**El Rey , que ya manifestó disgusto cuando le hice la pregunta, porque tal vez quisiera ocultarnos en aquel momento su resolución, fue acentuándolo a medida que yo pronunciaba esas palabras que, estoy seguro, las consigo fielmente pero de todas suertes su contenido era ése, y dijo:**

**Lo que pasa es que hay en España algunos que en estas materias no ven mas allá de sus narices y no aprecian el problema de conjunto, no ven la lejanía, sólo ven el aspecto inmediato de la perspectiva. Yo no puedo consentir que, con actos de fuerza para defenderme, se derrame sangre y por eso me aparto de este país.**

**Señor, siento mucho molestarle pero estos momentos son históricos y he de hablar con firmeza y claridad. Lo peor no es que en España estemos algunos que no vemos más allá de nuestras narices; lo peor es que al nivel y junto a ellas la trágica realidad española nos diga que el Rey se equivoca si piensa que su alejamiento y pérdida de la Corona evitarán que se viertan lágrimas y sangre en España. Es lo contrario, Señor, y V.M. debe pensar en los que se sacrificaron para restaurar la Monarquía en nuestro país, después de las tragedias de 1873 en adelante. Los que las hemos visto de niños no podemos avenirnos a que se reproduzcan y se reproducirían si el Rey se marchara. Piense en el triunfo de otras revoluciones por no haberse defendido las**



## **Instituciones amenazadas y vuelva sobre su acuerdo, se lo ruego y suplico.<sup>19</sup>**

Don Alfonso no respondió y continuó sus despachos de despedida con los demás ministros. Mi abuelo llegó a casa desesperado; es uno de mis primeros recuerdos de infancia. El 18 de enero de 1980 los restos de don Alfonso XIII volaban en helicóptero desde Cartagena, por donde había salido de España en 1931, a la lonja de San Lorenzo del Escorial, para recibir su definitiva sepultura. Unas horas antes, muy de mañana, yo juraba ante el Rey como ministro. Don Juan Carlos había leído muy detenidamente todo cuanto se refería al final del reinado de su abuelo. En la breve conversación que mantuve con él tras el juramento evocó la escena que mi abuelo acaba de describir. Y me dijo sencillamente: "Ahora regresa mi abuelo a España. El 14 de abril fue tu abuelo quien tuvo razón, no el mío. A mí sólo me podrán sacar de esta casa con los pies por delante". Esas frases de los Reyes se graban profundamente en quienes las escuchan. Un año y pico más tarde don Juan Carlos no se dejó arrastrar por el golpe del 23 de febrero de 1981. No me extrañó nada.

El Rey habló en su comunicado al país, publicado el 15 de abril por ABC, de que suspendía la regia prerrogativa. Mi abuelo, con más hondura, le había advertido que su abandono equivalía a renunciar a la Corona, que no era suya, sino de su estirpe y de España. Desde que salió de Palacio don Alfonso XIII dejaba de ser Rey de España. No sólo de hecho, por el advenimiento de la República. También de derecho, por su propia renuncia y por el reconocimiento universal que consiguió inmediatamente la República, cuya legitimidad no discutieron ni las Fuerzas Armadas, cuyos miembros, excep-

---

<sup>19</sup> J. de la Cierva, *Notas de mi vida* Madrid, Reus. 1955, p. 369s.



*Ya el Rey de España a la muerte de Franco, don Juan Carlos pronun-  
cia, tras su juramento, su primer discurso. Su legitimidad era comple-  
ta desde entonces.*

to dos docenas, juraron fidelidad al nuevo régimen; ni la Iglesia, después que el Nuncio hubiera tomado parte activa en la conspiración previa a la República, como se queja amargamente mi abuelo en esas mismas memorias.

En aquella tarde del 14 de abril don Alfonso XIII dejaba de ser Rey de España. No quedó sucesor alguno para sustituirle. Este es un hecho histórico fundamental, que debemos recordar para comprender adecuadamente lo que sigue.

### LAS RENUNCIAS DE 1933

Alfonso XIII abandonó España porque, en medio de su depresión familiar, la traición o el desánimo, según los casos, de los monárquicos liberales le había arrojado fuera de la realidad. Los resentimientos personales, tremendos en personajes como don Niceto Alcalá Zamora, exministro de la Corona y primer presidente de la República; don Manuel Azaña, excandidato monárquico al Congreso y revelación de la República; don Angel Ossorio y Gallardo, exministro de la Corona y en 1930 "monárquico sin rey" y don Santiago Alba, exministro de la Corona y luego presidente del Congreso en la República, habían contribuido decisivamente al abandono del Rey, que cuando desembarcó en Marsella esperaba la llamada de España para que regresase. Pero nadie llamó.

La actuación de don Alfonso XIII durante los años del exilio merece un estudio profundo que pienso dedicarle en mi proyectado libro, *Alfonso y Victoria*. Por cierto que al verse libres de los compromisos y las apariencias impues-

tas por la Corona don Alfonso y doña Victoria se separaron, aunque nunca formal ni oficialmente; cada uno de los dos vivió su vida. La vida de don Alfonso en el exilio, fue como era de esperar, un capítulo de nobleza, patriotismo y sacrificio; minado por la tristeza y la amargura; y muchas veces enteramente alejado de la realidad. El Rey exiliado tuvo que apurar nuevos y espantosos desengaños cuando las Cortes de la República, no satisfechas con haberle expulsado, le declararon reo de alta traición y le privaron de la seguridad jurídica. Esto era un disparate y una aberración, además de una terrible injusticia pero también era una realidad que se enmarcaba en la nueva legalidad y la nueva legitimidad republicana. Alfonso XIII no solamente no era Rey de España sino que, por decisión del régimen legal de España, se convertía en un proscrito.

Privado de un contacto regular con sus consejeros más clarividentes, sometido a los impulsos de otros consejeros ocasionales, Alfonso XIII siguió, durante el exilio, una dirección política incoherente y errática. Recibía a sus fieles monárquicos pero también a los políticos católicos de la CEDA -Valiente, Gil Robles- que habían acatado, con reticencias, pero efectivamente, a la República. Aceptó la aproximación a los representantes de la rama carlista e incluso concluyó con ellos pactos dinásticos que al comenzar el año 1936 se habían convertido en agua de borrajas; en tales pactos, que ha estudiado detenida y lúcidamente el profesor Pabón en su obra citada, don Alfonso comprometía la continuidad de su propia dinastía. Pero en realidad no comprometía nada; ninguno de sus actos políticos en el exilio poseía el más mínimo valor. Ya no era Rey; había renunciado a la Corona el 14 de abril de 1931. Sus vaivenes y sus decisiones eran estrictamente personales. No podrían afectar al futuro de España. Este es un hecho fundamental que conviene tener muy en cuenta para las famosas renunciaciones de 1933.

Recluido para el tratamiento de sus enfermedades en un sanatorio de Suiza, el príncipe de Asturias -expríncipe, en rigor- don Alfonso de Borbón y Battenberg comunicó a sus padres su decisión de casarse con la señorita cubana Edemira Sampetro Ocejó. Buscaba en ella una evasión de su tragedia íntima, un amor, una esposa, una madre, una familia. Alfonso XIII exigió a su hijo mayor la renuncia a todo derecho al trono antes de darle su permiso para la boda desigual; se trataba de una estricta aplicación de la Pragmática de Carlos III pero con una salvedad que lo cambiaba todo: Carlos III se refería en su fementido documento a lo que deberían hacer "Los Reyes mis sucesores" y Alfonso XIII en 1933 no era Rey de España, no podía exigir a su hijo renuncia alguna a un trono que no existía porque él lo había abandonado en 1931. En la carta de renuncia -un documento personal y privado, sin refrendo alguno de las Cortes, naturalmente- el joven don Alfonso firmó lo que los consejeros de su padre le habían puesto delante: decía que su elección de esposa "se ha fijado en persona dotada de todas las cualidades para hacerme dichoso pero no perteneciente a aquella condición que las antiguas leyes españolas y las conveniencias de la causa monárquica que tanto importa para el bien de España requerirían a quien está llamado a compartir la sucesión en el trono si se restableciese por la voluntad nacional". Las leyes antiguas no son, desde luego, las de Partida que no establecen para el matrimonio del sucesor limitación alguna fuera de la legitimidad de ese matrimonio. La ley antigua es, sin duda, la Pragmática. Don Alfonso, que no estaba en condiciones de exigir nada a su hijo acerca de la sucesión a un trono perdido, no asistió a la boda de su primogénito, a quien acompañaron doña Victoria Eugenia y sus hermanas. Concedió a su hijo -también desde la fantasía- el uso del condado de Covadonga y le dejó partir para una vida de dolor, frustración y tragedia. El joven matri-



monio se divorció; don Alfonso contrajo luego matrimonio civil con una modelo cubana; trató de revocar su renuncia; volvió a divorciarse y buscaba el amor mientras huía de la soledad, como siempre había hecho desde que tuvo uso de razón, en otra etapa de su vida errante, ahora en los tugurios de Miami.

Una encantadora y comprensiva camarera le ofreció su apoyo pero no pudo evitar que el desgraciado ex-príncipe de Asturias se estrellara con su automóvil y se desangrara por el asalto final de la hemofilia . Era el 7 de septiembre de 1938, cuando las dos Españas enfrentadas en la guerra civil que su padre quiso evitar inútil y equivocadamente en 1931 luchaban a muerte en el gran recodo del Ebro.

El destino del hijo segundo de los Reyes, el infante don Jaime, no es muy diferente ni menos patético. Trataba de adaptarse a la vida en la escuela de sordomudos de París donde hizo notables progresos, cuando algunos consejeros de don Alfonso -con el exministro José Calvo Sotelo a la cabeza- que deseaban el nombramiento de don Juan de Borbón como sucesor acosaron a don Jaime y le pidieron que por motivos de patriotismo imitase a su hermano mayor en la renuncia. Motivo principal: no podía mantener una conversación por teléfono, algo imprescindible para un futuro Rey. Y le prometieron sacarle de sus apuros económicos, sin que nadie se acordara después de cumplir ese compromiso. También le colocaron ante un documento semejante al que había firmado su hermano. Don Jaime firmó su renuncia, por él y sus descendientes, el 21 de junio de 1933. La Pragmática de Carlos III conseguía en ese año su segunda victoria.

Por las mismas razones que acabo de exponer para el caso de don Alfonso, la renuncia de don Jaime no era ni

exigible ni válida. Un espléndido dictamen de jurista tan eximio como don Landelino Lavilla lo estableció así, abrumadoramente, cuando el hijo mayor de don Jaime, don Alfonso de Borbón Dampierre, optaba discretamente a la sucesión a un trono de España que había restaurado en 1947 el general Franco. (En 1933 no existía el trono de España; don Alfonso XIII no era Rey de España; no podía exigir nada; el primogénito de don Jaime era, evidentemente, de "estirpe regia" como exigía la ley de Sucesión que Franco dictó e hizo aprobar en referendum; la renuncia de don Jaime en 1933 no fue autorizada por las Cortes, no se produjo de acuerdo con legislación vigente alguna). Por supuesto que la nulidad de las renunciaciones de 1933 -esas renunciaciones que hoy exhiben como argumento capital los partidarios de la Pragmática- no amenaza en modo alguna la legitimidad de la Corona de don Juan Carlos de Borbón; don Juan Carlos, como veremos, era Rey legítimo desde su jura como tal a la muerte de Franco; y esa legitimidad fue plenamente confirmada por la Constitución de 1978. La famosa renuncia de su padre en 1977 había tenido un carácter de sacrificio y de simbolismo; pero ni era necesaria ni acrecentó un ápice la legitimidad del Rey, aunque a don Luis María Anson le dé un soponcio al leer esta afirmación.

Don Jaime de Borbón ha contado, por medio de un criado infiel, las desventuras de su vida. Alguien ha enmarcado esas desventuras certeramente bajo un título terrible: "La rama trágica de los Borbones". En diez siglos de historia, la casa de Borbón ha generado muchas ramas trágicas; pero la de don Jaime es, seguramente, la más trágica de todas. Hablé a fondo, pocos días antes de que saliera para su viaje fatal, con don Alfonso de Borbón Dampierre en su casa de la urbanización Alamos de Bularas y nunca olvidaré sus frustraciones y sus recuerdos.



*Luis María Ansón confirma la hipótesis del autor de este libro sobre el pacto dinástico entre don Juan y su hijo. Lo primero era la Dinastía; luego las personas.*

El matrimonio de don Jaime con Emmanuela Dampierre acabó también en fracaso. Su segundo intento con una cantante alemana, Carlota Thiedemann, se despeñó por un auténtico desastre, hasta un final espantoso que he contado en *Victoria Eugenia, el veneno en la sangre*. Tras una vida y un final tan patético la figura de don Jaime de Borbón, que no fue jamás culpable de sus desgracias, me asalta desde el fondo de la Historia con una simpatía irresistible. Descanse en la paz que nunca tuvo.

#### POR DIOS, QUE DEJEN TRANQUILO A DON JUAN

En mi libro de 1993 *Franco y don Juan, los reyes sin corona* y en mi último libro *No nos robarán la Historia* he estudiado con permanente respeto y documentación exhaustiva la figura de don Juan de Borbón, el hijo de Rey y padre de Rey que no fue Rey por culpa del resentimiento y la falta de sentido de la realidad de algunos consejeros. Uno de ellos, don Luis María Anson, ha escrito el año pasado un libro resonante, *Don Juan*, del que me he ocupado a fondo, en sus aspectos luminosos, que son muchos y en sus tesis fundamentales, que no se inscriben en la Historia sino en la ficción, en mi último libro citado. Pero desde la aparición de mi libro el señor Anson ha vuelto a la carga con nuevas arremetidas en defensa no de don Juan de Borbón, sino de la imagen que él se ha creado sobre el Conde de Barcelona. Por lo pronto, como ya he indicado, situó a don Juan como primer invitado de honor en la boda de la Infanta Elena, para estupefacción general. Llegó a calificar a don Juan a propósito de esa boda como "el gran Ausente", expresión que me recordaba los alardes de la propaganda de Franco sobre José

\* Antonio Primo de Rivera en la guerra civil. ABC ofreció una información espléndida sobre la boda de Sevilla pero la combinó con la reproducción a doble página del Manifiesto de Lausana, no sé qué rayos tenía que ver aquella gran metedura de pata de don Juan en 1945 (el propio don Juan la calificó más o menos así) con el faustísimo enlace de su nieta. Pero nada de esto bastaba al señor Anson, que organizó después una velada necrológica con motivo del segundo aniversario de la muerte de don Juan, en la que participaron dos distinguidos historiadores de la fundación Ortega y Gasset.

Al saberlo toqué con frenesí toda la madera disponible. ABC tiene encargada a la fundación Ortega y Gasset una parte importante de la sección cultural, que me parece, hoy por hoy, uno de los disparates semanales más destructivos del gran periódico. Los criterios con que el equipo de la Fundación Ortega escoge sus reseñas son sumamente discutibles y en algún caso reprobables, como explicaré con detalle en el estudio que estoy preparando sobre el suplemento cultural de ABC, que me parece más sectario y esotérico que la lamentable Babelia de "El País". Pero es que la opinión de los dos distinguidos historiadores de la Fundación Ortega sobre don Juan de Borbón y sobre el libro de Luis María Anson me parece, dada esa dependencia de ABC, todo menos objetiva.

Sin embargo no toqué madera por eso. Sabido es que la fundación Ortega y Gasset está hoy presidida por don L. C. S., el célebre político a quien llamó Jaime Campmany en perdurable endecasílabo "altivo pararrayos de desgracias" cuyo nombre sólo se puede pronunciar con un conjuro. En la fundación Ortega se ha encontrado con el gafe número dos de la política española actual, para el que busco ahora otro conjuro específico. Cuando lo supe, temí que un



aluvión de desgracias se iba a abatir sobre la incauta Fundación Ortega y Gasset.

Vinieron las desgracias a vuelta de correo. La Fundación Ortega andaba en pleitos sobre el uso del edificio que ocupa, sujeto a ciertas condiciones por parte de la propiedad. El pleito fue fallado en contra de la Fundación en varias instancias. La conjunción de *jettatores* a que me refiero se conoció cuando el Tribunal Constitucional iba a dictar la sentencia final e inapelable. La dictó. A favor de la propiedad de la sede y en contra de la Fundación Ortega y Gasset, según una fuente segura y bien informada próxima a la propia Fundación. Lo que pueda suceder al señor Anson y a su libro tras este contacto con la Fundación Ortega me llena de horror.

No así a don Luis María Anson, que sigue en sus trece, en sus catorce y en sus quince. Además de la velada "necrológica" que casi parece ya necrofilica, ha conmemorado el segundo aniversario del fallecimiento del Conde de Barcelona con una reiteración de todas las tesis de *Don Juan* a quien se obstina en llamar "Rey de derecho" y le vuelve a adornar con los "tres palotes" que había abandonado hace tiempo. No contento con eso, y en legítimo ejercicio del sentido reverencial del marketing, incluye en ABC un encarte precioso titulado "Palabra de Rey" con el anuncio de un "singular estuche" que contiene el video "palabra de Rey", el libro de Anson, una medalla conmemorativa una bandera española y "un original llavero con don Juan almirante". Todo por la módica suma de sólo 9.995 pesetas. Se le ha olvidado un complemento esencial; el maravilloso testamento de don Juan de Borbón dictado en sus últimos días al Diario de Navarra, con el exacto análisis sobre España: "Veo a España mal, su unidad en peligro". Claro que este testamento no se publicó en ABC; el señor Anson no adora a don Juan sino a su contrafigura de ficción.

Por Dios, que dejen tranquilo a don Juan. Un hombre tan inteligente como Luis María Anson ¿no advertirá que lo sublime, en su caso con don Juan, ha traspasado ya los límites de lo ridículo?. En su conmemoración del segundo aniversario, en la que no ha participado la familia real, casi toda de viaje en el extranjero, Anson ha reproducido de nuevo, como si de novedad se tratara, uno de sus capítulos de *Don Juan*.

A la vista de las reiteraciones ansonianas no tengo que añadir ni quitar una sola palabra al extenso capítulo que he dedicado al *Don Juan* de Anson en mi libro *No nos robarán la Historia*. Don Juan de Borbón no fue Rey de España jamás, ni de hecho ni de derecho. No fue Rey en virtud de la abdicación de su padre don Alfonso porque en 1941 don Alfonso no era Rey de España y nadie da lo que no tiene. ¿Quién le hizo Rey a don Juan?. ¿Cuándo?. ¿Cómo?. ¿En virtud de qué disposición legal?. Don Juan de Borbón no era un demócrata. Había firmado las Bases institucionales de la Monarquía española en 1946, un texto antiliberal, orgánico y antidemocrático que nunca derogó. Don Juan mostró con su firma -palabra de Rey, dice Anson- una completa y reiterada adhesión al Movimiento Nacional, por el que vino a combatir en España y lo volvió a intentar después; ese Movimiento al que se adhirió con entusiasmo total su padre don Alfonso XIII, fiel a Franco, a quien llamaba "el Jefe" hasta el día de su muerte. Don Juan se adhirió a los principios fundamentales del Movimiento con su firma, palabra de Rey. Su Consejo Privado se manifestó abiertamente en contra del liberalismo y la democracia, lo mismo que el señor Anson en su libro de 1958 *La hora de la Monarquía*. Los principales consejeros de don Juan -Pedro Sainz Rodríguez, José María Gil Robles, Eugenio Vegas Latapie, maestro del joven Anson- se mostraron durante años y años antidemó-

cratas fervientes. La conversión de Estoril a la democracia sobrevino hacia 1965 por obra y gracia de José María de Areilza que tampoco provenía de la democracia pero que era un político consumado y muy bien informado. La presunta estrategia de don Pedro Sainz Rodríguez con la que según Anson marcó el rumbo de la historia de España desde 1931 es un puro ejercicio de historia ficción. Todo esto ha quedado documentado y demostrado en mis citados libros sobre don Juan y Franco. Luis María Anson y su editorial han obtenido un enorme éxito con su libro y están en su pleno derecho de apurar la copiosísima edición, tal vez no del todo vendida. Hacen muy bien; pero por Dios, dejen tranquilo a don Juan.

## CAPITULO 8

# POR LA SENDA DE LA CONSTITUCION

## LA LIBERTAD DE LOS RUMORES

### CAPITULO 8

## POR LA SENDA DE LA CONSTITUCION

En los días de la última guerra civil, cuando el mundo estaba dividido en dos bloques, el nuestro y el del comunismo, se dio lugar a una gran libertad de los rumores. Se permitía a los ciudadanos expresar sus opiniones y sentimientos libremente, sin temor a represalias. Esta libertad era una de las características más importantes de nuestra sociedad en aquellos tiempos. Se valoraba la transparencia y la honestidad en la comunicación. Los rumores, en este contexto, se referían a las noticias y rumores que circulaban entre la población. Se permitía a los ciudadanos compartir lo que sabían, aunque a veces esto podía llevar a la difusión de rumores falsos. Sin embargo, se consideraba que era una parte necesaria de la libertad de expresión. La libertad de los rumores era una parte integral de la libertad de prensa y de la libertad de expresión. Se permitía a los ciudadanos expresar sus opiniones y sentimientos libremente, sin temor a represalias. Esta libertad era una de las características más importantes de nuestra sociedad en aquellos tiempos. Se valoraba la transparencia y la honestidad en la comunicación. Los rumores, en este contexto, se referían a las noticias y rumores que circulaban entre la población. Se permitía a los ciudadanos compartir lo que sabían, aunque a veces esto podía llevar a la difusión de rumores falsos. Sin embargo, se consideraba que era una parte necesaria de la libertad de expresión. La libertad de los rumores era una parte integral de la libertad de prensa y de la libertad de expresión.

No creo que haya muchas personas que se opongan a esta libertad. Creo que la mayoría de la gente quiere vivir en una sociedad libre y democrática. La libertad de los rumores es una parte importante de esta libertad. Se permite a los ciudadanos expresar sus opiniones y sentimientos libremente, sin temor a represalias. Esta libertad es una de las características más importantes de nuestra sociedad en aquellos tiempos. Se valoraba la transparencia y la honestidad en la comunicación. Los rumores, en este contexto, se referían a las noticias y rumores que circulaban entre la población. Se permitía a los ciudadanos compartir lo que sabían, aunque a veces esto podía llevar a la difusión de rumores falsos. Sin embargo, se consideraba que era una parte necesaria de la libertad de expresión. La libertad de los rumores era una parte integral de la libertad de prensa y de la libertad de expresión.

La libertad de los rumores es una parte importante de la libertad de expresión. Se permite a los ciudadanos expresar sus opiniones y sentimientos libremente, sin temor a represalias. Esta libertad es una de las características más importantes de nuestra sociedad en aquellos tiempos. Se valoraba la transparencia y la honestidad en la comunicación. Los rumores, en este contexto, se referían a las noticias y rumores que circulaban entre la población. Se permitía a los ciudadanos compartir lo que sabían, aunque a veces esto podía llevar a la difusión de rumores falsos. Sin embargo, se consideraba que era una parte necesaria de la libertad de expresión. La libertad de los rumores era una parte integral de la libertad de prensa y de la libertad de expresión.

## CAPITULO 8

### POR LA SENDA DE LA CONSTITUCION

#### LA LEGITIMIDAD DE DON JUAN CARLOS

Muchas de las afirmaciones de Luis María Anson sobre don Juan de Borbón -todas las que se refieren a su patriotismo y a su sacrificio- son conformes a la verdad. Otras, como las que niegan valor histórico a las cartas de don Juan con el pretexto de que se escribieron sólo para engañar a Franco- son falsedades inocentes y divertidas. Lo de los palotes de Juan III es gracioso y, en el fondo, irrelevante. Pero la afirmación, toda una tesis, de que don Juan fue Rey de derecho hasta la renuncia de 1977, poco antes de las primeras elecciones generales de la democracia, no me parece broma sino una peligrosísima enfermedad que atenta nada menos que a la legitimidad inicial del Rey de España, don Juan Carlos I. Y por supuesto se trata de un error y una falsedad.

No digo una mentira porque Anson no miente; lo más grave es que se cree casi todo lo que dice sobre don Juan, porque habla de un don Juan diferente del que existió.

Don Juan Carlos asumió en julio de 1969, según sus propias palabras, "la legitimidad del 18 de julio". No tengo la menor duda de que pronunció estas palabras sin mentir. La legitimidad del 18 de julio, es decir, de las Leyes Fundamentales del anterior régimen, era la única que estaba vigente en España para la gran mayoría de los españoles



y para la comunidad internacional que, salvo excepciones mínimas, reconocía al régimen de España. Algunos anti-franquistas dicen que aquello era una legalidad, no una legitimidad. Puede que así fuese para algunos, no para la mayoría de los españoles ni por supuesto para don Juan Carlos. Por lo demás quienes entonces aceptaban la legitimidad de don Juan de Borbón cabían en cinco taxis y sobraban varios. La mayoría de los monárquicos aceptaba la legitimidad del régimen de Franco. Entre ellos don Juan Carlos.

El Príncipe de España juró como Rey de España inmediatamente después de la muerte de Franco en 1975. En virtud de la legitimidad de las Leyes Fundamentales. Juró, no perjuró, como creen algunos franquistas muy respetables pero, en mi opinión, equivocados. Por supuesto que don Juan Carlos ya pensaba entonces, en 1975, e incluso desde varios años antes, conducir a España hacia un régimen democrático cuando fuese Rey. Lo había declarado privada y públicamente, dentro y fuera de España. Franco lo sabía y no le arrebató la sucesión, cuando podía hacerlo.

Don Juan Carlos no perjuró -ese es uno de mis grandes acuerdos con Anson- porque mantuvo las Leyes Fundamentales, que contenían el método para poderlas reformar. Dirigió, como "motor del cambio" -afortunadísima frase de Areilza- la transición a una democracia plena, según el método contenido en las Leyes Fundamentales : aprobación de una Ley de reforma en las Cortes, sometimiento posterior de la Ley al pueblo español en referendium. Todo ello se hizo en 1976. Ni sombra de perjurio.

En el Boletín Oficial del Estado del 29 de diciembre de 1978 se publicó la hoy vigente Constitución española. El Rey, que había jurado las Leyes Fundamentales, no juró la



*El Príncipe Felipe, que lleva ese nombre por Felipe 11 (según Franco) y por Felipe V, según los monárquicos. La Pragmática de Carlos 111 no le afecta. Puede casarse con quien desee.*

Constitución. Dos días antes de esa fecha la firmó y la sancionó, pero no la juró. Era Rey desde su juramento de 1975. Ahora, bajo su dirección, la legitimidad del 18 de julio se había transformado por Reforma, no por Ruptura, en la legitimidad de la Constitución. Don Juan Carlos fue Rey, sucesivamente, en virtud de las dos legitimidades. Así lo creyó la inmensa mayoría del pueblo español que le acató como Rey a fines de 1975 y ratificó el mismo acatamiento a fines de 1978. Con la Historia y la Constitución en la mano a mí no me cabe la menor duda.

Don Juan de Borbón, cuyo nombre completo era Juan Carlos Teresa Silverio Alfonso de Borbón y Battenberg, renunció sencilla y solemnemente el 14 de mayo de 1977, aprobada ya la Reforma política y un mes antes de que se celebrasen las primeras elecciones generales, a sus derechos históricos. No renunció a la Corona, porque no era Rey. En sus interesantísimas conversaciones con Sainz Rodríguez, don Juan dice que quería "abdicar" pero en la renuncia no pronunció esta palabra porque no era Rey. Dice don Juan en ese mismo lugar de sus conversaciones <sup>20</sup> que ofreció la renuncia desde principios del año 1976, cuando regían las Leyes Fundamentales. En mayo de 1977 regía la Ley de Reforma Política, que no hablaba de la Corona, pero no se habían celebrado las elecciones ni se había aprobado la Constitución. En el momento de la renuncia don Juan Carlos era Rey auténtico según la legitimidad de las Leyes Fundamentales. La renuncia no le añadió un adarme de legitimidad. Fue un acto de simbolismo y sacrificio, un

---

<sup>20</sup> Pedro Sainz Rodríguez, *í/n reinado en la sombra*. Primera edición (y única fiable) Barcelona, Planeta, octubre de 1981. p. 318.

La segunda edición es una reimpresión. La tercera nunca se publicó. La cuarta, publicada tras la muerte de don Pedro, ha sido salvajemente manipulada como expliqué en *Franco y don Juan*.

gesto personal emocionante. Ni necesario ni suficiente, aunque admirable. Decir que don Juan Carlos fue Rey legítimo sólo tras la renuncia de su padre -como tal vez creyeron los monárquicos profesionales de los cinco taxis- equivale a afirmar que don Juan Carlos, desde finales de 1975 hasta el 14 de mayo de 1977, fue un usurpador. Era más o menos lo que querían decir, en sus taxis, esos monárquicos cuando le llamaban "el joven Rey".

### LEGITIMO HEREDERO DE LA DINASTIA HISTORICA

Seguí muy de cerca el planteamiento y gestación del texto constitucional. Fui elegido vicepresidente de la Comisión Constitucional del Senado, que estudió y modificó de forma importante el título de la Corona. Junto con el senador real don Julián Marías -yo lo era por elección de Murcia- protesté a voz en grito contra una aberración tremenda: en el proyecto constitucional no figuraba el término "Nación española" que habían ostentado toda las Constituciones anteriores desde la de 1812. Logramos introducir ese término como primeras palabras de la Constitución y varias veces más en el texto. Por unos días el gobierno socialista se avino a ceder al chantaje catalanista y prescindió de esa palabra sagrada y constitucional.

En el artículo 57 de la Constitución se dice: "La Corona de España es hereditaria en los sucesores de S.M. Don Juan Carlos I de Borbón, legítimo heredero de la dinastía histórica". En la edición oficial que manejo, publicada por el Centro de Estudios Constitucionales en 1980, se dice en la misma página 33, en nota 54:

**Su Majestad don Juan Carlos de Borbón fue proclamado sucesor a título de Rey por Ley 62/1969, de 22 de julio, de acuerdo con lo previsto en la Ley de Sucesión en la jefatura del Estado, de 26 de julio de 1947 (texto refundido de 26 de abril de 1967) . Subió al trono el 22 de noviembre de 1975, fecha en que prestó juramento ante las Cortes Españolas y el Consejo del Reino convocados al acto por el Consejo de Regencia mediante Decreto 2938/1975, de 20 de noviembre.**

En prosa oficial tan sencilla se resume el tránsito por Reforma de la Corona legítima de 1975 a la Corona legítima de 1978. Por eso don Juan Carlos no juró, simplemente firmó y sancionó la Constitución. Era Rey legítimo de España desde la muerte de Franco.

La expresión constitucional "legítimo heredero de la dinastía histórica" es el clavo ardiendo a que se aferran los tenaces defensores de la Pragmática de Carlos III. Uno de ellos, el brillante profesor de la Universidad extremeña don Bruno Aguilera, lo expresaba así en el debate de Telecinco que mantuvimos en vísperas de la boda de la Infanta Elena. Citaba "la voluntad del legislador de 1978" que reconocía implícitamente la vigencia de la Pragmática a través de ese artículo de la Constitución.

Con enorme sorpresa suya le dije que el legislador era yo. Debí incluir a Gabriel Cisneros, ponente de la Constitución en el Congreso, que estaba allí de pleno acuerdo conmigo. Ni nosotros dos, ni los demás miembros de las Comisiones Constitucionales del Congreso y el Senado, que éramos los legisladores por representación del pueblo español, ni los Plenos del Congreso y el Senado que aprobaron ese artículo habíamos dedicado el menor pensamiento a la ajada Pragmática, puede estar seguro el profesor Aguilera.



La adición de esas palabras referidas a don Juan Carlos, "legítimo heredero de la dinastía histórica" fue aprobada en el Senado a propuesta del senador Joaquín Satrustegui, combatiente jovencísimo en el bando nacional desde julio de 1936, monárquico de siempre, luego enemistado con Franco y miembro entusiasta de la minoría liberal en la causa juanista. Siento un grandísimo respeto por la memoria de Satrustegui, que en el Senado constituyente formó parte del llamado grupo de Progresistas y Socialistas Independientes, aunque creo que no era ninguna de las dos cosas.

Al presentar su enmienda, Satrustegui no aludió para nada a la legitimidad de don Juan Carlos antes de la renuncia de su padre, ni a la condición regia de don Juan. Esto es lo que alegó:

**Se trata de que la Constitución refleje lo que es de suma importancia en cualquier monarquía: el hecho de que el Rey reinante ostenta la jefatura de la dinastía histórica.**

**Don Juan Carlos I la ostenta desde que su padre don Juan de Borbón, que la había recibido del suyo, don Alfonso XIII, renunció patrióticamente a ella el 14 de mayo de 1977 cuando -conforme a lo que él siempre quiso- el pueblo español iba a hacerse cargo de su propio destino mediante unas elecciones libres.**

**En las democracias coronadas los Parlamentos intervienen siempre en estas cuestiones (así lo pone también el número 5 del art. 52 del proyecto de Constitución que contemplamos) entre otras razones para cortar de raíz**

**cualquier apetencia política que pretendiera fundamentarse en una indeterminación legal.<sup>21</sup>**

Acabamos de ver en el propio testimonio de don Juan que ofreció la renuncia no en mayo de 1977 sino al principio de 1976. En la enmienda Satrústegui -que sin duda él concibió como homenaje a don Juan, lo cual casi todos aceptamos en el Senado- se pedía solamente el título simbólico de Jefe de la Casa Real (es decir, de la familia real) para el Rey don Juan Carlos, contra cuya legitimidad previa a la renuncia de su padre no se decía una palabra La enmienda fue un homenaje simbólico a una renuncia simbólica. Nada más.

En el debate de esa enmienda ante la Comisión Constitucional Joaquín Satrústegui la declaró aceptable para todos los monárquicos y abundó en los mismos argumentos que en su justificación anterior. Intervine personalmente en ese debate, a favor de la enmienda Satrústegui y en nombre del Grupo de UCD. La enmienda fue aprobada sin ningún voto en contra, por 18 a favor, (entre ellos el mío) y siete abstenciones.<sup>22</sup> Tengo, pues, alguna razón para identificarme con "el legislador".

## LA SUCESION EN LA CONSTITUCION VIGENTE

La Pragmática de Carlos III no proyectó ni por un momento su sombra siniestra sobre nuestra Constitución de 1978. En ningún instante pusimos en duda la plena legiti-

---

<sup>21</sup> Constitución española. Trabajos parlamentarios. Cortes Generales, 1980, vol. III p. (2270).

<sup>22</sup> Constitución española. Vol III p. (355 l)s.

midad de don Juan Carlos de Borbón como Rey de España desde su proclamación en noviembre de 1975.

Como se puso de relieve en los debates constitucionales, el texto fundamental de 1978 se atenía en cuanto a la sucesión regia a la Ley de Partida, ratificada por todas las Constituciones anteriores a partir de la de 1812. La única condición que fija la Constitución para el heredero de la Corona (y por tanto para el orden de sucesión a la Corona) es la del mismo art. 57, párrafo 4:

**Aquellas personas que teniendo derecho a la sucesión en el trono contrajeran matrimonio contra la expresa prohibición del Rey y de las Cortes Generales quedarán excluidas de la sucesión a la Corona por sí y sus descendientes.**

Nada más. No se pierde el derecho a la sucesión si se contrae matrimonio libremente, si no recae antes la prohibición del Rey y de las Cortes Generales. No existen ya en España en virtud de la Constitución, los matrimonios desiguales o morganáticos. Las Infantas y el Príncipe de Asturias pueden casarse con quien deseen. La fantasmal y cadavérica Pragmática de Carlos III, que convivía en un plano irreal, pero eficaz, con las Constituciones españolas, ha quedado ya definitivamente enterrada en su nicho de la Historia. La disposición final de la Constitución termina con ella de forma clarísima.

En 1823, para no perder el trono, don Fernando VII, el rey absoluto, se sumó a la inicua rebelión de Riego con esta frase famosa y cínica. "Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda de la Constitución". Tres años después faltó nuevamente a su palabra y anuló la Constitución con la ayuda de un ejército extranjero, al que sirvió de van-

guardia el ejército de la Iglesia reaccionaria, el llamado Ejército de la Fe.

A partir de 1978 don Juan Carlos I sí que marchó francamente, y él en cabeza, por la senda de la Constitución. Aunque desgraciadamente comprendemos ahora que la Constitución - o mejor, su mal uso- nos conduce por el borde de dos abismos, el de las Autonomías desmandadas y el de la Corrupción generalizada. ¿No será ya hora de recordar que, como sucedió con la Leyes Fundamentales, también nuestra Constitución contiene las vías legales para su reforma profunda?. La exageración autonómica nos ha llevado a la práctica anulación del artículo 2: "La Constitución se fundamenta en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles". El artículo 56 nos dice que "El Rey es el Jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia". No estoy reclamando una ruptura de la Constitución, a pesar de la trágica situación actual de España. Pero muchos españoles estarán de acuerdo en preparar la reforma de la Constitución si conseguimos sortear los dos abismos, la exageración autonómica y la corrupción generalizada. El Rey nos guió a la Constitución y ahora tal vez deba ejercer sus poderes constitucionales -más amplios de lo que se cree- para guiarnos más allá de los dos abismos. Como en 1975 casi toda España le seguiría, aunque tan colosal problema no es el objeto de este libro.

FIN

**Post scriptum.** Impreso ya el cuerpo de este libro he podido consultar dos relevantes aportaciones que confirman lo esencial de mis tesis. El profesor Manuel Jiménez de Parga, recién designado miembro del Tribunal Constitucional, explica en *Tiempo* (cfr. FIES marzo 1995) que "en España desde 1812 se exige la intervención de las Cortes, ahora bajo la forma de ley orgánica, en todas las renunciaciones y abdicaciones". Pero ha sido el notabilísimo investigador histórico y genealógico, don José Luis Sampedro Escolar, quien ha dado plenamente en la diana con su conferencia *La sucesión de la Corona de España según la Constitución de 1978*, pronunciada el 12 de marzo de 1995 en el Ministerio de Obras Públicas. Se trata de un trabajo documentadísimo y definitivo en que se descarta la Pragmática, se expresa con profunda verdad histórica la trayectoria de don Juan de Borbón (a quien no le compete el ordinal dinástico III), se anulan las pretensiones de ciertos cronistas dinásticos y se propone un orden de sucesión cabal de acuerdo con las leyes vigentes, no con las fantasmagorías de algunos autores desorientados.



## INDICE ONOMASTICO

- Abu Yusuf: 30.  
Adalberto de Baviera: 145.  
Aguilera, profesor Bruno: 87, 88, 111, 198.  
Alba, Santiago: 180.  
Alberto de Sajonia-Coburgo: 160.  
Alcalá Zamora, Niceto: 180.  
Alejandro de Hesse: 158, 159.  
Alfonso de Borbón Dampierre: 184.  
Alfonso de Borbón y Battenberg: 182, 196.  
Alfonso de la Cerda, infante: 31.  
Alfonso III de Portugal: 28, 29.  
Alfonso IV de Portugal: 40.  
    Alfonso X el Sabio: 1, 3, 7, 10, 12-14, 20-22, 26, 28-30, 32, 34, 37, 46, 48, 62, 100.  
Alfonso XI de Castilla: 22, 32, 34, 40, 41, 48, 50.  
Alfonso XII de España: 38, 72, 117, 119, 130, 131, 134-137, 141, 144-146, 156, 157.  
Alfonso XIII: 20, 47, 113, 115, 130, 131, 139, 141, 148, 152, 156, 157, 160-162, 165, 167, 168, 171, 172, 176, 178, 180-182, 184, 189, 199.  
Amadeo I de Saboya: 47, 142.  
Amigo, arzobispo Carlos: 7.  
Andrés de Grecia: 159.  
Anson, Luis M<sup>a</sup>: 3, 67, 88, 119, 135, 184, 186-190, 193, 194.  
Antonio de Orleans y Borbón, infante: 146.  
Antonio Pascual, infante: 98.  
Areilza, José María de: 190, 194.  
Artola, profesor Miguel: 132.  
Ayala y Córdoba. María de: 49.  
Azaña Díaz, Manuel: 12, 97, 176, 180.  
Aznar, José María: 175.

Aznar, almirante Juan B.: 175  
Azorín (José Martínez Ruiz): 150

Bárbara de Braganza, Reina de España: 94, 96.

Barchilón, Abraham el: 32.

Baroja, Pío: 150.

Beatriz de Sajonia-Coburgo: 148, 160, 161.

Beatriz de Suabia: 28.

Belloch, Juan Alberto: 6.

Beltraneja, Juana la: 52-54, 56, 57.

Berenguela, infanta: 28.

Berenguer, general Dámaso: 174.

Berry, duque de (hermano de Felipe V): 66.

Berry, duque de (hermano de Luis XI): 56

Blanca de Borbón: 30, 41, 42, 57

Blanca de Navarra: 48

Boccherini, Luigi: 107

Brunei, sultán de: 13

Bugallal, conde de: 176

Bustos, Clara Isabel de: 83

Cabrera y Bobadilla, Francisco de: 96

Calvo Sotelo, José: 183

Cambridge, duque de: 44

Campmany, Jaime: 187

Canalejas, José de: 150

Carlos de Austria: 65, 76

Carlos de Borbón, conde de Casería : 150

Carlos, duque de Borbón: 73

Carlos Hugo de Borbón Parma: 134

Carlos I Carlos V): 62, 64, 72, 96

Carlos II: 62, 64-66, 76

Carlos III: 10, 16-18, 26, 76, 77, 80, 81, 83, 87, 88, 90, 96-98,  
100, 103, 105-107, 110-115, 120, 126, 129, 130, 182, 183,  
198, 200, 201

Carlos IV: 77, 79, 80, 87, 107, 110, 111, 113, 120, 123, 126.  
Carlos María Isidro: 126, 128, 129.  
Carlos V de Valois: 42.  
Castellví, Elena de: 111.  
Catalina de Lancaster: 47.  
Catalina de Médicis: 74.  
Catalina de Rusia: 37.  
Cela, Camilo José: 4.  
Cervantes, Miguel de: 64.  
Chías, Carlos: 154.  
Cierva y Peñafiel, Juan de la: 150, 176, 178.  
Cisneros, cardenal: 62.  
Cisneros, Gabriel: 85, 86, 198.  
Colón, Cristóbal: 64.  
Chinchón, condesa de: 107, 108.  
Corominas. Joan: 16, 17.  
Cortés, Hernán: 64.  
Cristina de Noruega: 28.  
Cueva, Beltrán de la (d. deAlburquerque): 52. 53.  
Czartoryski, príncipe Augusto: 154.

Dampierre, Emmanuela: 186.

Eduardo VII: 160, 162, 165.  
Elena, Infanta: 3,4, 6-8, 10-13,20, 26, 34, 83, 86, 91,92, 115,  
141, 153, 154, 165, 186.  
Enrique II de Castilla: 44, 46, 47.49,72 74.  
Enrique III de Castilla: 47, 49.  
Enrique III de Valois: 72.  
Enrique IV de Borbón, rey de Francia: 72-74, 157.  
Enrique IV de Castilla: 50-54, 56, 57.  
Enrique VIII: 37, 64.  
Escalada, Natalia: 85.  
Eulalia de Borbón, infanta: 134, 144, 146, 148, 161.

Fadrique Enríquez: 49.  
 Farah Diba, emperatriz.: 20  
 Felipe de Borbón, Príncipe de Asturias: 8, 11, 1691, 92, 201.  
 Felipe de Grecia: 159.  
 Felipe de Habsburgo (el Hermoso): 62  
 Felipe II: 61, 62, 64, 73.  
 Felipe III: 64.  
 Felipe IV el Hermoso de Francia: 31.  
 Felipe V: 66, 70, 76-79, 94, 100, 102, 110, 112, 113, 126, 128, 129.  
 Femando de Antequera, rey de Aragón: 49, 50.  
 Femando II de Aragón el Católico: 38, 44, 50, 54, 56, 57, 58.  
 Femando de la Cerda, infante: 30.  
 Femando III el Santo: 20, 28, 40.  
 Femando IV de Castilla: 32, 40.  
 Femando I de Portugal: 44.  
 Femando VI de España: 76, 94, 96.  
 Femando VII: 80, 110, 111, 119, 123-126, 128-132, 134, 201  
 Fluvíá, Armando de: 113, 115.  
 Francisco de Asís, rey consorte: 110, 131, 134, 145, 157.  
 Francisco de Paula, infante: 110, 131.  
 Franco, general Francisco: 8, 11, 18, 77, 88, 135, 150, 184, 186, 189, 190, 193, 194, 196, 198, 199.

Garzón, juez Baltasar: 6.  
 Gil Robles, José María: 181, 189.  
 Girgenti, conde de: 142.  
 Girón, don Pedro: 54.  
 Godoy, Manuel: 108, 120, 122, 123.  
 Gómez Santos, Marino: 167.  
 González, Felipe: 4, 12-14, 175.  
 Gonzalo de Borbón: 166, 167, 172.  
 Goya, Francisco de: 107.  
 Gracia, Femando: 83, 87, 92.  
 Guasch, Julio: 90.  
 Guillén de Guzmán, doña Mayor: 28.

Guillermina de Badén: 158.

Guiomar de Castro: 51.

Hauke, Julia: 158.

Hauke, Mauricio: 159.

Horse, miss: 111.

Iglesias, Pablo: 144.

Ignacio de Loyola, San: 64.

Infanta Isabel Alfonsa: 153.

Infanta Isabel de Borbón: 134, 141, 142.

Infanta María de Castilla: 62.

Infanta María Teresa de España: 145.

Infante don Enrique de Borbón: 111.

Infante don Felipe duque de Parma: 96.

Infante don Felipe hermano de Alfonso X: 30.

infante don Gabriel de Borbón: 98.

infante don Jaime de Borbón: 92, 183, 184, 186.

Infante don Luis: 16, 77, 92, 97, 105, 107, 108, 110, 115, 126, 148, 149.

Isabel de Borbón y Orleans, infanta: 153.

Isabel de Farnesio: 94-96.

Isabel de Valois: 41.

Isabel I: 32, 34, 38, 46, 48, 50, 54, 56, 57.

Isabel II: 8, 10, 72, 119, 126, 129-132, 134, 136, 137, 142, 144, 146, 157, 160.

Jaime I: 26, 28.

Jiménez Losarnos, Federico: 13, 83.

José Bonaparte, rey intruso: 108.

José Eugenio de Baviera, infante: 145.

José Fernando de Baviera: 65.

Juana I de Castilla: 38.

Juana Enríquez, reina de Aragón: 48, 49, 52.

Juan Carlos I: 3, 10-12, 47, 88, 113, 119, 130, 131, 153, 154, 178, 184, 193, 194, 196-202.



Juan de Borbón: 3, 4, 66, 67, 88, 100, 131, 135, 141, 143  
154, 166, 183, 186-189, 193, 194, 196, 199  
Juan de Gante, duque de Lancaster: 44, 46  
Juan I rey de Castilla: 46, 47, 49  
Juan II de Castilla: 48-52  
Juan II de Aragón: 48-50  
Juan Manuel, infante: 40

Kanty, Jan de: 153  
Kerrebrouck. P. van: 42, 67, 70, 97, 108, 154

Lafontaine, María: 159, 161  
Lago, Julián: 83, 85, 87, 90, 91  
Lara, Nuño de: 30  
Largo Caballero, Francisco: 172  
Lavilla, Landelimo: 184  
Leonor de Alburquerque: 50  
Leonor de Aragón: 46  
Leonor de Guzmán: 40, 41, 44, 50  
Leonor de Sicilia: 46  
Lerroux, Aejandro: 6  
Luis Alfonso de Borbón: 145  
Luis de Battenberg: 159  
Luisa de Orlenas: 153  
Luisa Fernanda, infanta: 128, 131, 146  
Luis Femando de Baviera: 144, 166  
Luis I, rey de España: 76, 94  
Luis María de Borbón cardenal: 108  
Luis XI. rey de Francia: 54, 56  
Luis XIV, rey de Francia: 64-66, 76, 79  
Luis XVI. rey de Francia: 68, 74  
Luis XVIII. rey de Francia: 67, 130

Maeztu, Ramiro de: 150  
Marañón, doctor Gregorio: 53

Margarita de Habsburgo: 61.  
Margarita de Valois, reina de Francia: 74.  
Mariana de Neoburgo, reina de España: 65.  
Marías. Jualián: 197.  
María Amalia: 145.  
María Ana de Sajonia: 98.  
María Cristina de Austria: 131, 136, 156, 171.  
María Cristina de Borbón: 8, 111, 125, 126, 130, 131.  
María de Hesse: 158.  
María de las Mercedes de Borbón: 131.  
María de la Esperanza de Borbón: 154.  
María de los Dolores de Borbón: 154.  
María de Molina, reina de Castilla: 31, 34, 40, 56.  
María de Portugal: 41.  
María Gabriela de Saboya, reina de España: 76, 94.  
María Luisa de Parma. reina de España: 108.  
María Tudor: 64.  
Marichalar, Jaime de: 3, 7, 26, 83.  
Marx, Carlos: 8.  
Maximiliano, emperador: 61, 62.  
Mena, José María de: 13, 14.  
Mendoza: 57.  
Menéndez y Pelayo; Marcelino: 149.  
Mercedes de Orleans y Borbón, reina de España: 130, 136.  
Mercero, Antonio: 83.  
Miró, Pilar: 3.  
Montemolín, conde de (pretendiente "Carlos VI"): 111.  
Montpensier, duque de: 136, 146.  
Muñoz, Fernando, duque de Riánsares: 111.  
Murat, mariscal, duque de Berg: 123.  
  
Napoleón Bonaparte: 68, 120, 122-125, 135.  
Narváez. general Ramón: 8.  
Nicolás II, zar de Rusia: 164

Oneto, José: 83.

Ortega y Gasset, José: 172, 187, 188.

Ossorio y Gallardo, Angel: 180.

Pabón, Jesús: 66-68,78,79,88,100,111,113,128,129,132,181.

Padilla, María de: 42-44, 47, 48.

Palencia, Alonso de: 53.

Paz, infanta: 134, 144 .

Pedro I, rey de Castilla: 42, 46, 48.

Pedro III: 31.

Pedro IV: 46.

Peñafiel, Jaime: 91, 156.

Pérez Galdós, Benito: 149.

Pizarro, Francisco: 64.

Polanco. Jesús: 6.

Portocarrero, cardenal: 65, 66.

Primo de Rivera, José Antonio: 187.

Primo de Rivera, general Miguel: 172,174.

Puga, María Teresa: 136, 149.

Puigmoltó, Enrique: 135.

Pujol, Jorge: 13, 14.

Rasputín: 164.

Reza Pahlevi, Sha del Irán: 20.

Riego, Rafael del: 125, 128, 201.

Rodolfo de Habsburgo: 29.

Rodríguez, Ventura: 96.

Roger de Flor. 14.

Romero, Carmen: 4.

Ruiz de Arana,, duque de Baena: 134.

Saint-Simon: 67, 70.

Sainz Rodríguez; Pedro: 189,196.

Salazar, Jaime de: 87.

Sampedro, Edelmira: 182.

212  
Sanchez Albornoz, Claudio: 14.

Sancho IV, rey de Castilla: 31, 32, 40, 48.

Sanz, Elena: 38.

San Carlos, duque de: 87.

Sardá y Salvany: 150.

Sartorius, Isabel: 8, 10.

Sartorius, Luis José, conde de San Luis: 8, 10.

Satrústegui, Joaquín: 88, 199, 200.

Seco Serrano, Carlos: 67, 156.

■ Sessa, duques de: 111.

■ Silva, Luisa de, duquesa de Talavera: 145.

Sofía, Reina de España: 3, 10.

■ Suárez. profesor Luis: 50.

Talleyrand: 66-68.

Tenorio de Castilla, Miguel: 135, 144, 146.

Teresa de Jesús, Santa: 32, 64

Tessa de Baviera: 145.

Thiedemann, Carlota: 186.

Thorwald, Jürgen: 158.

Tomás de Aquino, Santo: 21.

Torres Fontes, profesor Juan: 23.

Tudó, Pepita: 108.

Ubao, señorita: 150, 152.

Vallabriga, María Teresa de: 97.

Vegas Latapie, Eugenio: 189.

Velázquez, Diego: 64.

Viana, príncipe de: 49, 51, 52, 57.

Vicent, Manuel: 6, 7.

Victoria de Hesse: 159.

Victoria, reina de Inglaterra: 148, 158, 160, 164, 167.

Victoria Eugenia de España: 20, 146, 156-159, 161, 164, 167,  
186

Villaurrutia, embajador marqués de: 165

Villena, marqués de: 53